

UN PAPEL CON TU NOMBRE



MÓNICA BENÍTEZ

UN PAPEL CON TU NOMBRE

MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2023 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2305034217812

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

Regan

—¿Te importa si me quedo a dormir? —pregunta asomando la cabeza por debajo de la sábana, con la barbilla apoyada sobre mi pubis.

Creo que se llama Nicky, pero no se lo pregunto y por toda respuesta me entra la risa.

—¿Consideras que soy de esas que traen a sus amantes al hotel y las echan cuando el polvo se termina? —pregunto divertida mientras me recupero de los últimos coletazos de placer.

—Bueno, no sé, a veces la fama os vuelve gilipollas.

Nicky reptaba por mi cuerpo y me besa antes de que pueda responder. Me mete la lengua en la boca y esparce el sabor de mi sexo por toda mi cavidad al mismo tiempo que, con exigencia, coge mi mano y la guía entre sus piernas. La masturbo y sus jadeos me calientan el oído hasta que su cuerpo se arquea y vuelve a mis labios, sorbiéndome el inferior hasta que noto el sabor de mi sangre cuando me muerde con el último espasmo.

—Lo siento —dice agotada, desplomándose a mi lado.

Giro la cabeza hacia ella y sonrío antes de usar la lengua para valorar la gravedad de la herida. Nada serio. Cojo uno de los mullidos cojines de la habitación y lo coloco bajo la almohada para adoptar una posición cómoda que me permita echarle un vistazo al móvil antes de dormir. Nicky se gira hacia mí y se acomoda abrazando uno de los cojines mientras me observa.

—¿Tienes previsión de volver por aquí? —pregunta y yo la miro encogiéndome de hombros.

La he conocido en el local donde me han contratado para pinchar música esta noche, y yo soy eso, una DJ bastante reconocida que se niega a trabajar en un lugar fijo, así que acepto los bolos que me convienen y el resto del tiempo lo dedico a descansar y disfrutar de

la vida. La mayoría de mis trabajos suelen ser en fiestas privadas organizadas por pijos de la alta sociedad que invitan a doscientas personas solo por las apariencias, porque en realidad, solo conocen a veinte y son amigos de tres.

—La verdad es que no creo que vuelva hasta dentro de una buena temporada —admito finalmente.

Miento si no digo que odio venir a Miami. Las discotecas están a reventar y en ocasiones me satura ver a tanta gente junta, pero pagan muy bien y de vez en cuando acepto pinchar en alguna.

—Bueno, yo en realidad soy de Malibú, solo he venido para verte pinchar, me gusta mucho tu rollo —dice sonriente.

—Yo también vivo en Malibú —confieso sorprendida y a Nicky se le arquean las cejas.

—¿De verdad? En ese caso te dejaré mi número apuntado antes de marcharme, por si algún día quieres que nos veamos.

—Será todo un placer —digo, y ella se ríe y pone los ojos en blanco.

Salta de la cama completamente desnuda y camina descalza hasta su bolso para buscar algo con lo que apuntar. Tras darle un buen repaso, vuelvo a coger mi móvil y voy a la bandeja de entrada del correo electrónico. Suspiro. Ahí está, y seguirá estando si no lo borro, el correo de invitación a la cena de antiguos alumnos del River Park High School, el colegio privado de Boston donde cursé la secundaria.

—¿Hablas con alguien?

Nicky se desploma a mi lado y se acerca con expresión traviesa en un intento de leer lo que pone en la pantalla. La aparto por puro instinto, pero lo interpreto todo como una broma y no me molesta su intento de indiscreción.

—No hablo, leo un correo.

—Debe ser muy importante para que lo abras a las seis de la mañana y te pongas tan seria para leerlo —dice, y percibo cierta preocupación en su mirada.

Quizá tenga razón y me lo tomo demasiado a pecho.

—No es importante, es solo una invitación.

—¿Puedo saber para qué?

Nicky se cubre con la sábana cuando la piel se le eriza por el frío.

—Es la invitación a una cena de antiguos alumnos a la que no me apetece asistir.

—¿Por qué no? —insiste intrigada.

—No guardo muy buenos recuerdos de aquella época, la verdad —admito y paso la pantalla a negro—, digamos que hubo alguien que me hizo mucho daño durante aquellos años.

—Y que estará en la cena... —añade ella ceñuda.

—Casi con toda probabilidad.

—Debes ir.

Ahora Nicky se destapa otra vez y tira de la sábana hacia atrás con tanta determinación que me destapa por completo. Se sienta sobre mí a horcajadas y vuelvo a excitarme a pesar de que estoy tan muerta de cansancio como de sueño.

—En una escala del uno al diez, ¿cuánto daño te hizo?

Su actitud me intriga tanto que no puedo hacer más que seguirle el juego.

—Quince —contesto y ella arquea una ceja.

—Vaya, eso es mucho daño y un motivo más que suficiente para que vayas. Venga, eres Regan Jensen —aclara al ver mi cara de desconcierto—, una de las DJ más cotizadas. Te has convertido en una mujer de éxito, eres lista, resuelta y joder, estás muy buena —añade al mismo tiempo que arquea las cejas para otorgar credibilidad a su comentario—. Demuéstrale que lo que sea que te hizo, no acabó contigo, sino que te hizo más fuerte.

—No sabes si soy lista o resuelta, no me conoces —contesto riendo.

—Claro que lo sé, me has escogido a mí entre todas esas buitres que te han tirado la caña esta noche, eso es un acto de pura inteligencia —alardea bromeando—. Ahora en serio, si no vas, ella habrá ganado, no deberías permitirlo.

—¿Cómo sabes que es ella? —cuestiono divertida.

Nicky me mira de arriba abajo y se ríe.

—Te gustan demasiado las mujeres como para sufrir tanto por un hombre.

—Pues sí que soy transparente...

—Ahora en serio. Deberías ir solo para que vea lo que se ha perdido.

Miro a Nicky sin pestañear, de repente esa idea me parece interesante. Siempre tuve claro que se arrepintió de inmediato de lo que había hecho, quizá estaría bien recordarle lo que podríamos haber tenido si no hubiese sido tan cobarde.

—Tienes razón, debería ir, al fin y al cabo, serán solo unas horas —decido convencida.

—Eso me gusta más, ahora ábrete de piernas.

Capítulo 2

Moira

Aunque quería llegar un poco antes para espiar desde el coche a todos mis excompañeros cuando llegasen y hacerme una idea de lo que me podía encontrar, no lo he conseguido. Como siempre y para no perder la costumbre, he apurado tanto los minutos antes de salir del hotel en el que me alojo, que he terminado por llegar diez minutos tarde.

Entro en el patio de mi antiguo colegio y de repente me siento realmente extraña. Miro a un lado y a otro y ni siquiera los buenos recuerdos que me vienen a la mente logran que me relaje. La sensación de fracaso planea sobre mí como una sombra y el temor de no estar a la altura de lo que todos esperan que haya conseguido a estas alturas de mi vida, me deja sin aire. Avanzo por el patio hasta el gimnasio donde el colegio permite celebrar este tipo de eventos todos los años y para el que se ha contratado un servicio de *catering* que hemos pagado entre todos.

Las luces están encendidas y un inmenso cartel cuelga sobre la puerta anunciando nuestra promoción. El corazón me palpita con fuerza cuando doy el primer paso hacia el interior. Como si fuese una espía o una ladrona esperando su oportunidad, me parapeto detrás de una amplia columna mientras observo la mesa situada en el centro de la pista. Empiezo a reconocer caras de inmediato a pesar de que no he vuelto a coincidir con ninguno de ellos desde hace más de diez años. La sensación de desasosiego se hace más patente cuando me doy cuenta de que hay una cara que no está o que no logro reconocer desde esta distancia; la de ella.

—¿Estás ensayando para hacer tu aparición triunfal y que todos te aplaudan?

Me llevo una mano al pecho y me giro hacia la voz a mis espaldas con la seguridad de que en cualquier momento puedo

escupir el corazón por la boca.

—¿Regan? —pregunto extrañamente sorprendida por lo poco que he tardado en reconocerla.

—Vaya —dice arqueando las cejas—, no esperaba que Moira Evans recordase mi nombre.

Meneo la cabeza y la observo de arriba abajo sintiendo que no ha cambiado nada y que a su vez ha cambiado en todo. Su pelo es igual de negro que siempre, solo que ahora lo lleva con un escalado corto que la favorece muchísimo. Y si a eso añadimos el contraste con sus ojos intensamente azules y la palidez mortecina de su piel que ya no recordaba, el resultado es un atractivo innato y natural que me resulta hasta molesto.

—¿No vas a entrar? —pregunta divertida por mi extraño comportamiento, mientras yo sigo con la espalda pegada a la columna como si fuese un adhesivo.

Me aclaro la voz y vuelvo a echar un vistazo rápido hacia la mesa, constatando lo que ya he visto antes.

—Todos han venido con sus parejas, ¿te has fijado? —pregunto muy agobiada por el asunto en cuestión.

Regan desploma el peso de su cuerpo hacia el lado derecho de la columna para asomarse y mira hacia la mesa sin ningún tipo de interés.

—¿Eso te preocupa? —pregunta curiosa centrando toda su atención en mí.

—Claro que me preocupa —digo conteniendo la voz—. Voy a ser el centro de atención, harán preguntas que no quiero responder y seré la apestada.

De repente me siento un ser horrible, debería estar contenta porque ella está aquí, pero verme envuelta en tantos recuerdos está dejando salir a esa Moira débil que ya no soy.

—No sabía que era obligatorio venir acompañada —dice Regan sin comprender mi agonía.

—No lo es, tú no lo entiendes —digo agitando las manos.

—Ah, ya... Esto va de lo que pensarán de ti, ¿no es así? La perfecta y maravillosa Moira Evans sigue en el mercado a sus veintinueve años.

—Yo tengo treinta —puntualizo irritada—. Y no estoy soltera.

—¿Ah, no? —pregunta realmente sorprendida.

Que insinúe que miento me molesta casi tanto como saber que tiene razón.

—No es asunto tuyo.

Carraspeo y me ahueco la camisa por debajo de la chaqueta, a pesar de estar empezando la época navideña, de repente siento un calor insoportable. No sé por qué estoy tan inquieta, quizá se deba a que contra todo pronóstico, ella ha venido y, a pesar de que lo deseaba, estoy tan nerviosa que no sé cómo debo comportarme.

—No te preocupes, en nuestra clase la que no encajaba era yo, ¿recuerdas? Y también he venido sola, así que centrarán su atención en observarme a mí como solían hacer y ni siquiera se fijarán en que nadie te acompaña.

Su comentario me hace recordar a la Moira Evans de aquella época y me hace revivir con nitidez ese episodio que tanto odio y que soy incapaz de borrar de mi mente, pero me consuelo pensando que era una adolescente con las hormonas revolucionadas y ganas de destacar. Lo normal, ¿no?

—Creo que me voy a marchar —digo tras volver a mirar hacia atrás.

—¿De verdad te preocupa tanto lo que opinen? —pregunta ella asombrada.

—Tú no lo entiendes —vuelvo a repetirle con la agonía atenazando mi garganta.

No son ellos los que me dan miedo, soy yo misma. Ver a Regan de nuevo y que me hable como si no hubiera pasado nada me tiene muy desconcertada.

—La verdad es que no —admite haciendo una mueca que indica que realmente le importa un bledo—. Te propongo algo —añade con una repentina sonrisa ladeada que le otorga un aspecto irresistiblemente atractivo.

—¿Qué? —pregunto intrigada.

—Finjamos que somos pareja —suelta y el destello de las luces que cuelgan en el techo se refleja en sus ojos azules.

—No hablas en serio —titubeo más desconcertada que antes.

—Claro que hablo en serio, será divertido ver sus caras.

Regan Jensen no ha cambiado tampoco en actitud, le sigue importando una mierda lo que los demás piensen o puedan decir de ella, y siento una envidia espantosa por ello. Creo que ya la sentía entonces.

—Estamos en el siglo XXI, Moira, no van a comerte. Además, Eric Tomas viene acompañado por un chico.

—¿En serio?

Saco la cabeza como un avestruz para comprobar que Regan no miente.

—Ah, espera, que tú no soportabas a las bolleras —dispara a bocajarro.

La miro y frunzo los labios cuando más recuerdos horribles sobre mi comportamiento pasan por mi mente a toda velocidad. Otra vez.

—He cambiado —digo en mi defensa y ella arquea una ceja.

—Demuéstralo —me provoca.

En un primer momento, me parece una locura y la peor de las opciones, sin embargo, enseguida recuerdo el motivo real que me ha traído aquí. Hacer esto es un disparate, pero los nervios no me dejan actuar como debería y necesito ganar tiempo, y por qué no reconocerlo, pensar en volver a besarla es algo que me genera una repentina necesidad que me costó mucho olvidar. Además, ellos recuerdan a esa Moira que vivía de las apariencias, y Regan es famosa. He visto su cara en algunas revistas y la inmensa cantidad de seguidores que tiene en las redes sociales. He seguido sus pasos desde que escuché su nombre en la radio por primera vez cuando anunciaron que haría una sesión en uno de los clubes más selectos de la ciudad. Puede que en su día fuese la rarita, pero ahora Regan Jensen se ha convertido en una mujer de éxito, y el éxito es lo único que valoran en esa mesa. No creo que a ninguno le sorprenda que haya acabado con alguien como ella y, al fin y al cabo, tampoco importa, solo serán dos o tres horas a lo sumo. Después ya no volveré a verlos nunca más, al menos, eso espero.

—En cuanto acabe la cena me marchó —aclaró fingiendo estar en desacuerdo, y ella se muerde el labio antes de arquear una ceja.

—¿Entonces aceptas? —pregunta aguantándose la risa, está claro que no se lo esperaba.

—Sí.

—Vaya, menuda desesperación la tuya.

Regan me ofrece la mano con determinación, y yo, aunque en un primer momento dudo, finalmente, acepto y se la cojo. El contacto me provoca un extraño hormigueo que achaco al nerviosismo que siento.

La DJ tira de mí y salimos del escondite para dirigirnos a la mesa. Tyler Martins está de frente y me reconoce de inmediato. Suelta un silbido de sorpresa y el resto de los ocupantes de la mesa mira en nuestra dirección. Una repostera de éxito y una DJ que todas las discotecas de moda se rifan. Desde luego es una combinación extraña, pero mejor esto que dejar que descubran que mi vida sentimental es un desastre, ¿no? Así no tendré que dar explicaciones.

Capítulo 3

Regan

No voy a negar que no estoy incómoda ni tensa, sin embargo, siempre se me ha dado bien disimular ese tipo de cosas y lo último que quiero es que Moira Evans y los demás se den cuenta de que me sigo sintiendo fuera de lugar cuando los tengo cerca.

Nos miran atónitos conforme nos acercamos a la mesa acompañadas por una horrible música de fondo que suena por los altavoces del gimnasio. Todos se levantan, abrazan a Moira con efusividad y después se acercan a mí, atónitos, al comprender que la chica más popular de nuestra promoción tiene una relación con la que siempre iba acompañada por un par de amigos que para ellos eran los raritos.

Tengo que contener la risa en varias ocasiones, alucinada porque nuestra farsa esté colando, y divertida porque Moira está al borde del infarto.

Tras los saludos iniciales y las presentaciones de las respectivas parejas de todos los asistentes, finalmente nos sentamos y me masajeo la mano después de que mi novia falsa por poco me rompa todos los dedos de tanto apretar.

Frente a nosotras está sentado Tyler Martins, mirándonos todavía desconcertado, pero sin perder esa sonrisa de lascivia que le producen los pensamientos guarros que debe estar teniendo.

—¿Desde cuándo estáis juntas? No sabía que habías mantenido el contacto con...

Tyler se detiene y hace el característico gesto de un DJ moviendo los platos cuando me señala a mí con la cabeza. Me entran ganas de preguntarle si es gilipollas, pero me contengo y observo con expectación a Moira para ver cómo sale de esta. Al final tendré que llamar a Nicky para darle las gracias por animarme a venir, tengo la impresión de que me lo voy a pasar muy bien.

—Bueno, nos encontramos por casualidad hace tiempo —titubea Moira—, y ya sabes...

—¿Saltaron las chispas? —continúa él riendo ante la mirada de desaprobación de su novia.

—Es curioso, siempre pensé que la odiabas —interviene sin cortarse Olivia Robins, la que era amiga inseparable de Moira en aquella época.

Nunca me cayó bien. Era algo cruel y de las que se creía superior a los demás, sobre todo con una chica que apenas estuvo unos meses estudiando con nosotros antes de que sus padres la cambiasen de instituto.

—¿Me odiabas? —le pregunto a Moira para provocarla y sus mejillas arden de estupor.

—No te odiaba, yo solo... ¿Podemos dejar de hablar de eso? ¿O nos vamos a pasar la cena comentando algo tan aburrido como el inicio de nuestras relaciones? —pregunta sofocada.

—Tienes razón —concede Tyler—, antes de que llegaseis estábamos hablando sobre nuestras ocupaciones actuales. ¿Tú a qué te dedicas?

La cara de Moira es un poema. Se nota que le ha molestado la pregunta, pero, sobre todo, el hecho de que sepa a qué me dedico yo y no a qué se dedica ella.

—¿No lo sabes? —pregunta Eric Tomas desde la otra punta de la mesa, haciendo que Moira suspire de alivio.

Tyler se encoge de hombros y mi antiguo compañero le explica lo que yo ya sé desde hace tiempo, que Moira es una de las reposteras con más renombre del país. Que su pastelería hace las tartas más espectaculares y deliciosas que nunca he probado y que desde hace un par de años graba un programa de recetas para televisión que alguna vez he visto.

—¿De verdad? —pregunta Tyler arqueando las cejas exageradamente—. Qué fuerte, ahora entiendo que seas bollera, ¿lo pillas?

Es el único de toda la mesa que se ríe de su estúpida ocurrencia. Había olvidado lo imbécil que era en ocasiones, y también que Moira salió con él unos cuantos meses antes de acabar el último curso.

—Entonces en el instituto ya estabais... —empieza a decir pensativo, ubicándose probablemente en un hecho que le ha dado que pensar.

—No —niega tajante Moira y me mira de soslayo con incomodidad.

—Quizá te gustaba y por eso la odiabas —apunta aplastante Olivia Robins—, eso explicaría que le dejases de hablar de manera tan repentina.

—Entonces os gustaba a todos, ¿no? —se enerva Moira con la vena del cuello a punto de explotarle—, porque os recuerdo que vosotros también pasasteis de...

Me mira y no termina la frase porque quizá piensa que me siento incómoda al recordar todo aquello, sin embargo, estoy deseando que siga porque, por primera vez, los incómodos son todos ellos.

—No sé qué os pasa, pero esta cena se supone que es para que os reencontréis y recordéis cosas buenas —interviene la novia de Tyler.

Moira expulsa el aire por la nariz y carraspea más incómoda que antes, sobre todo cuando me acerco a ella, le paso un brazo por encima de los hombros y le doy un beso en la mejilla que hago resonar con fuerza a propósito.

—Genial —aplaude la novia de Tyler dando por concluido el momento de tensión.

—Esto no es necesario —sisea Moira con una sonrisa fingida.

—Claro que sí, ¿quieres que piensen que, además de seguir en el mercado a tu edad, eres también una mentirosa? —le susurro provocadora.

—Estás disfrutando con todo este paripé, ¿verdad?

Me mira echando chispas por los ojos, pero no pierde la sonrisa ni un momento y me pregunto cuánto tiempo será capaz de mantener esta farsa sin que le dé un ataque al corazón o acabe colapsando.

—Pues sí, no te lo voy a negar —reconozco recostándome en la silla.

—¿Es una venganza?

—¿Por qué iba yo a vengarme? —pregunto retadora.

—Ya lo sabes, no me porté muy bien contigo en el pasado.

Se pone tan roja que temo que vaya a explotarle la cabeza. Moira me mira tan solo un segundo a los ojos antes de dirigir los suyos, verdes como los de un campo de fútbol, hacia el suelo porque la vergüenza no le permite mantenérmela. Entonces comprendo que no habla de manera genérica, sino de un hecho concreto que yo nunca he olvidado, y parece que ella tampoco.

—En realidad te comportaste como una hija de perra —puntualizo para que le quede claro—. Deja el pasado en el pasado esta noche, Moira —le aconsejo y respondo a las preguntas que la novia de Tyler comienza a hacerme sobre mi trabajo.

Durante los siguientes minutos Moira parece relajarse y logra integrarse con los que pertenecían a su antiguo grupo de amistades como si hubiésemos vuelto atrás en el tiempo. Yo no encajaba con ninguno de ellos y sigo sin hacerlo, sin embargo, la novia de Tyler me cae bien y cuando la cena termina y llega la hora de las copas, la chica se levanta y se sienta a mi lado para seguir conversando.

Resulta que Rebeca es oftalmóloga, además de una chica culta, lista y con una conversación de lo más interesante que me hace mordermela la lengua en varias ocasiones para no preguntarle qué demonios hace con un tío como el gilipollas de Tyler, que no ve más allá de su nariz.

—Vamos a bailar.

Tyler aparece de repente y se lleva a Rebeca hacia el centro de la pista. Aprovecho el momento para acercarme a la barra libre y servirme una copa, y al cabo de unos segundos aparece Moira y se queda quieta a mi lado como si formase parte de la decoración.

La miro con extrañeza y doy un sorbo a mi copa esperando a que se explique.

—Si somos pareja lo lógico es que pasemos rato juntas, de lo contrario pensarán que estamos mal.

—Aaah, olvidaba que todo en tu mundo se reduce a las apariencias.

—Deja de decir eso, no me conoces de nada —se molesta y aun así, se acerca hasta que nuestros brazos se rozan.

—Conozco a la Moira de hace años, y tengo la impresión de que sigues estancada en aquella chica reprimida que no vive la vida como debería por miedo a que cuando se muestre tal y como es, los demás la desaprueben.

—Piensa lo que quieras —dice amargamente.

—¡Hora de las fotos! —grita una chica a la que recuerdo y, sin embargo, no consigo ponerle nombre.

Todos se dirigen entusiasmados hacia un arco decorado con flores y una cinta en la parte superior con el nombre del instituto y el año de nuestra promoción. Todo me parece una pantomima cutre y ridícula que solo sirve para que una pandilla que se creyó superior al resto en su momento, lo siga haciendo.

Pareja por pareja, todas van posando debajo con sonrisas espléndidas que muestran lo encantados que están de estar aquí. Cuando llega nuestro turno, es la propia Moira la que pasa su mano por detrás de mi cintura y me acerca a ella. Le devuelvo el gesto y sonrío para la foto mientras me pregunto qué hubiera pasado entre nosotras si ella hubiese logrado aceptar aquella parte de sí misma que siempre se aseguró de que permaneciese oculta.

—Ahora un beso —dice la fotógrafa y Moira se queda paralizada.

Me giro hacia ella sin darle opción a protestar ni de pensar en una excusa y, tras colocar mi mano en su mejilla, junto nuestros labios y los entreabro ligeramente para rozarla con la lengua, llevándome la sorpresa de que enseguida reacciona y no solo me devuelve el beso, sino que me sigue el juego y su lengua ejerce una presión excitante sobre la mía.

—¡Siguiente! —grita la chica cuando deshacemos el beso.

Nos apartamos y vamos hacia la pantalla donde se van exponiendo todas las fotos para quien las quiera comprar. Ella, rígida como un palo, con la mirada fija, yo, desconcertada porque no esperaba que me excitase así con un beso.

—Dame las dos —le dice Moira al chico que acompaña a la fotógrafa.

—No sabía que querías immortalizar semejante momento —me burlo a su lado para provocarla.

—Cállate. Si no la compramos pensarán que no tenemos interés en recordar los momentos que pasamos juntas.

—¿Te ha gustado el beso? Si quieres lo repetimos —le vacilo divertida y ella me arrasa con la mirada mientras extiende su tarjeta para pagar una barbaridad por las fotos.

—No vamos a repetir nada —zanja tirando de mí hacia la mesa, donde Tyler, sentado junto a Rebeca, le hace aspavientos para que nos acerquemos.

—Yo creía que sí, te has puesto tan intensa que por un momento he pensado que me ibas a desnudar delante de todos.

Moira Evans se detiene en seco y se gira hacia mí horrorizada.

—Yo no me he puesto intensa.

—Claro que sí, has aprovechado el momento para meter lengua.

—¡¿Yo?! —pregunta escandalizada y yo hago esfuerzos titánicos para no reírme.

—Sí, no lo niegues. Estabas deseando comerme la boca y has aprovechado la oportunidad.

—Eres insoportable, suerte que en breve se acabará esta farsa y no volveré a verte.

—Te daré mi número por si acaso —suelto haciendo que Moira resople como un toro a punto de embestir.

Llegamos a la mesa donde Rebeca ha dispuesto cuatro sillas en corrillo y nos sentamos junto a ellos.

—Tenemos algo que proponeros —anuncia Tyler.

Moira se pone tan rígida en la silla que por un momento temo que se haya clavado algo en el culo.

Capítulo 4

Moir

—¿De qué se trata? —pregunto mirando a Tyler, aunque no es él el que responde.

Los dos se miran y se sonríen como si no supiesen por dónde comenzar, y por primera vez no veo en los ojos de Tyler esa mirada de superioridad que siempre tiene para todo el mundo, ahora es simplemente un hombre enamorado y rendido a los encantos de Rebeca.

—Nos casamos —anuncia ella mostrando un anillo de compromiso en el que no me había fijado antes.

Tyler la besa y Regan y yo nos miramos sin comprender muy bien por qué nos están contando esto.

—Enhorabuena —dice Regan dirigiéndose solo a ella.

Rebeca le da las gracias y cambia de posición en la silla para mirar a su futuro marido, esperando claramente a que sea él el que tome la palabra a partir de ahora.

—Bueno, hemos pensado que, ya que eres la mejor repostera del país, te podrías hacer cargo del pastel y de los postres para todo el evento.

—Y Regan podría ocuparse de la música —añade Rebeca con cierta euforia.

—Nos encantaría, pero yo...

—Vamos —me interrumpe Tyler haciendo que me entren ganas de matarlo con mis propias manos—, a Rebeca le hace mucha ilusión y solo será una semana.

—¿Una semana? —repito escandalizada y Regan suelta un silbido de asombro.

—Vaya, ¿qué clase de boda dura una semana? —pregunta muerta de curiosidad.

Ahora también tengo ganas de matarla a ella. No nos interesa su boda ni el tiempo que va a durar, lo que debería estar haciendo es exponer una buena excusa para decir que no puede hacerlo.

—Mi familia es muy tradicional —explica Rebeca—, y desde siempre hemos celebrado las bodas por todo lo alto en la villa de la playa.

—Vais a flipar —la interrumpe Tyler—. Sus padres tienen una finca impresionante, con pista de pádel, de tenis, caballos, en fin, cualquier cosa que podáis imaginar está allí, pero sin duda, lo más importante es que tienen una playa privada con embarcadero incluido.

—En la víspera de la boda invitamos a todos los asistentes a que pasen la semana allí con nosotros, tenemos una casa de invitados con doce habitaciones.

—Obviamente, no todos los invitados de la boda asisten a este evento, si no tendríamos que alquilar tres hoteles para alojarlos —bromea él al mismo tiempo que alardea de todo lo que tienen.

—Ya lo tenemos prácticamente todo listo, pero la tarta... —dice Rebeca—, eso tiene que ser algo memorable y tú haces las mejores. Cuando te he visto entrar me he quedado de piedra, Tyler nunca me dijo que tú y él os conocíais, de lo contrario, te habría contratado mucho antes. Puedes hacer una tarta diferente cada día y así decidimos cuál es la que queremos el día de la boda —propone entusiasmada.

—Veréis, me halaga mucho vuestra oferta, de verdad, pero voy hasta arriba de trabajo y una semana sería invertir demasiado tiempo.

Miro a Regan de reojo buscando su ayuda, pero ella mira a la pareja como si estuviera viendo una telenovela, expectante por saber cuál será su siguiente intento para convencerme.

—Mi padre te pagará el sueldo de un mes por esa semana, seguro que puedes hacer un arreglo —expone Rebeca, probablemente acostumbrada a conseguir todo lo que quiere con el talonario de su progenitor.

—¿Todo un mes? —pregunta Regan con las cejas alzadas.

—Sí, y para ti lo mismo, claro. No sé cuánto cobras por evento o por sesión, pero no importa, pon un precio y mañana mismo recibiréis un ingreso en vuestra cuenta.

—Por no hablar de que disfrutaréis de toda una semana en la villa, no todo el mundo puede decir eso —apunta Tyler.

—Las habitaciones son impresionantes, estoy segura de que no habéis estado en ninguna igual ni en el mejor de los hoteles. Tienen terraza privada con vistas al mar y jacuzzi incluido. Por la noche es increíble pasar las horas ahí, está climatizado, por supuesto —relata Rebeca como si fuera una agente inmobiliaria tratando de vender una casa.

—¿Cuándo es la boda? —pregunta Regan.

—Dentro de diez días, a Rebeca le hace mucha ilusión casarse el último día del año —responde Tyler con rapidez.

—Qué mejor forma de comenzar el año que casada con el hombre de mi vida.

Miro de reojo a Regan, que es incapaz de disimular el espanto que le produce semejante comentario, lo que me hace contener la risa por primera vez.

—Vamos, decidnos que sí —suplica Rebeca con las manos juntas—, entiendo que son unas fechas señaladas que querréis pasar en familia, le diré a mi padre que añada un extra por ello. Os lo prometo.

—Además, será una oportunidad para conocer a gente muy influyente —añade Tyler—, seguro que de allí salís con nuevos clientes.

Me quedo en silencio con el corazón desbocado y esas vocecillas en mi cabeza. Una diciendo que acepte, que con lo que me pagarán puedo terminar la reforma del nuevo local que tengo intención de abrir en el otro extremo de la ciudad. La otra voz me recuerda que si acepto, debo seguir fingiendo que Regan y yo estamos juntas, compartir la habitación con ella y lo más inquietante, también la cama porque no puedo pedirles que nos metan una cama supletoria en la habitación sin levantar sospechas.

—Lo siento de veras, pero tengo un mes muy complicado y Regan también tiene mucho lío...

—Que va, este mes no he cerrado los eventos todavía —suelta ella haciendo que me entre un escalofrío.

—Pero...

—Piénsalo, cariño —dice cogiéndome la mano entre las suyas, y yo la miro aterrorizada por cómo me remueven por dentro sus palabras y su gesto—. Siempre decimos que necesitamos un descanso, esta es la oportunidad perfecta. Una villa con todos los lujos y la oportunidad de tener más tiempo para nosotras.

Tengo ganas de llorar ahora mismo. No puedo pasar tiempo con ella bajo ningún concepto, si lo hago, corro el riesgo de que todos aquellos sentimientos que tanto me costó enterrar, vuelvan a florecer como un huracán y lo arrasen todo a su paso.

—Es una locura, Regan. Ya sabes lo liada que estoy con la apertura del nuevo local. No puedo dejarlo todo a medias ahora.

—Venga ya, sabes que los obreros no trabajarán en Navidad. Ya sé que no te gusta dejar las cosas a medias —dice y finge conocerme como si realmente llevásemos años juntas—, pero solo serán unos días.

Se le da bien mentir, ¿por qué no hace eso mismo para encontrar una excusa que nos libre de esto? ¿Es que quiere torturarme? Supongo que, en el fondo, lo merezco por lo mezquina que fui con ella.

—No serán días de descanso, yo tendré que preparar tartas cada día y tú ocuparte de elegir la música, montar el equipo... —argumento segura de que contra esto no encontrará ninguna excusa.

—Ya tenemos escogidas las canciones de la lista —dice Rebeca por si eso nos ayuda a decidirnos—, y el primo de Tyler es técnico de sonido, él se encargará de montarlo todo y de las luces, tiene un equipo profesional impresionante, por lo que Regan solo tiene que ocuparse de que las canciones suenen en el momento oportuno y después en la celebración.

Ahora mismo le hundiría la cara en una de las tartas para que se asfixiase con ella.

—¿Lo ves? —dice Regan—. Yo solo tengo que preparar el equipo, después puedo ayudarte con las tartas. ¿Qué nos llevará? ¿Un par

de horas diarias? El resto del tiempo lo tendremos para disfrutar de la estancia.

—Exacto —insiste Rebeca, se nota que ninguna de las dos ha hecho una tarta en su vida—, tu gran día de trabajo será el anterior a la boda, cuando tengas que hacer suficientes tartas para todos los asistentes.

Empiezo a odiarla, ¿qué sabrá ella sobre el trabajo que lleva hacerlo?

—Piensa en lo bien que te vendrá el dinero para ese local —dice Regan arqueando una ceja porque no sabe si está metiendo la pata o no. Aun así, es tan descarada que lo intenta.

—Está bien —me rindo sabiendo que Regan rebatirá cualquier excusa que me invente.

—¡Genial! —celebra Rebeca entusiasmada abrazando a Tyler.

Regan apunta su número en una servilleta y me pide también el mío antes de entregársela a Rebeca y que ambos se marchen hacia el centro de la pista para celebrarlo.

—¿De qué vas? —le pregunto a Regan cabreada.

—Es una oportunidad —se defiende encogiendo los hombros.

—Oportunidad para joderme, supongo.

—Y de ganar una pasta en pocos días.

Me río soltando el aire por la nariz mientras niego con la cabeza.

—Tú no necesitas su dinero, Regan, y mucho menos sus contactos, ¿me equivoco?

Me mira sin contestarme, y siento como su intensidad me atraviesa hasta dejarme sin respiración. Mataría por saber lo que piensa ahora mismo.

—Muy bien, tú has ganado. Iremos allí, y cuando acabe ese evento no volveremos a vernos nunca.

Se pone en pie, se acerca a mi silla y se inclina sobre mí para hablarme al oído.

—Me parece bien, pero mientras estemos allí, serás mi novia, me besarás en público y dormirás conmigo cada noche. Así serás consciente de lo que perdiste por ser una cobarde —me susurra, y me da un beso en la mejilla antes de coger mi mano y arrastrarme hacia el centro de la pista como si fuésemos una pareja más.

Capítulo 5

Moira

—No puedo hacerlo —exhalo y dejo caer la cabeza hacia delante cuando apoyo las manos en la encimera de la cocina del Maisy, mi centro de repostería.

Ya han pasado tres días desde la maldita cena de antiguos alumnos y todavía me pregunto cómo fui capaz de aceptar fingir que Regan y yo éramos pareja. Ahora solo me va a traer problemas. Kevin, un armario empotrado de dos metros y mi segundo en la cocina, resopla y dibuja una mueca de incertidumbre con los labios.

—Es solo una semana, yo no veo dónde está el problema. Solo tenéis que fingir en público, ¿qué serán? ¿Algunos besos? Tu marido era mucho más feo —bromea tratando de arrancarme una sonrisa.

Yo cabeceo. Kevin arquea una ceja y encoge los hombros. Para él me quejo sin motivo, lo ve todo fácil porque no es capaz de comprender que no se trata de darle un beso a cualquiera, es Regan Jensen, la mujer que marcó mi adolescencia y que me hizo vivir un infierno interior sin saberlo.

—Se trata de fingir una vida que no existe, Kevin, durante toda una semana con una mujer que es como una bomba de relojería.

—Una semana en la que conseguirás el dinero que necesitas para terminar todos los arreglos del nuevo local. Ya no hará falta que pidas un crédito, piensa en eso.

Lo hago constantemente, tratando de que eso ayude a que se me pase la ansiedad que me produce la idea de compartir habitación con Regan toda una semana. Saco una bandeja de hojaldres del horno y se la entrego a Kevin, que los coloca con exquisito cuidado repartidos entre tres bandejas más pequeñas y los saca a la tienda para que los clientes puedan comérselos sentados en una de las quince mesas de las que dispone este local.

Salgo tras él y me quedo bajo el quicio de la puerta observando la cola que hay en el mostrador. Sharon y su madre Teresa, corren de un lado a otro como auténticas locomotoras, la más joven sirviendo las mesas, y su progenitora preparando los pedidos. A pesar del invierno, la calefacción del interior y el sol entrando a raudales por los amplios ventanales de dos de las paredes, hacen del Maisy un lugar tremendamente acogedor del que me siento muy orgullosa.

No es hasta última hora de la tarde cuando llego a mi apartamento. Dejo el bolso sobre la mesa y voy directa hacia la ducha. Hoy me apetecería encender algunas velas, poner música relajante y quedarme en la bañera hasta que el agua se quedase fría, pero tengo que hacer algo mucho peor, ir a casa de mis padres y explicarles que estas navidades no voy a pasar tanto tiempo con ellos.

—¿Toda la semana? —exclama mi madre horrorizada, abriendo sus enormes ojos hasta que veo toda la redonda de su iris verdoso como el mío.

—Sí, mamá. Lo siento.

—Pero es Navidad, Moira —se lamenta disgustada—. ¿No puedes dejarlo para otra semana?

—Te aseguro que me gustaría, pero yo no he decidido la fecha de la boda, y esa gente está acostumbrada a celebrar las cosas por todo lo alto.

—No te sientas mal —dice mi hermana Tania sentándose a mi lado en la cocina—. Si yo tuviese la oportunidad de pasar una semana en una villa como esa, ni me lo pensaría.

Tania tiene dos años menos que yo y envidio sanamente su capacidad para enfrentarse a la vida siempre con una sonrisa. En cierto modo me recuerda un poco a Regan, ella vive los días como si fuese a terminarse el mundo al día siguiente. Es espontánea, decidida y atrevida, y ese es justo el motivo por el que ella disfruta de todo y yo soy una amargada.

—Serán las primeras navidades que no pasamos juntos —protesta mi madre.

—Y sobreviviremos —contesta Tania—, existe una cosa que se llama videollamada, podremos felicitarla.

—Ya pero...

—Deja de ver solo el lado malo, mamá —prosigue mi hermana dejándome con la boca abierta—, es una oportunidad para Moira, le pagarán una pasta y hará contactos nuevos que pueden venirle muy bien a su negocio.

—Tienes razón, hija.

Mi madre se acerca y nos funde a las dos en un abrazo. Después nos besa la cabeza y se mantiene a mi lado unos segundos más.

—No escuches mis lamentos que ya sabes que yo siempre hago lo mismo. Desde que no está tu padre me cuesta mucho llenar su vacío y me aterroriza que algún día vosotras tampoco estéis. Estoy muy orgullosa de ti, de las dos —puntualiza mirando también a Tania, a quien le va muy bien en la peluquería que montó hace dos años.

—Y nosotras de ti, mamá —digo y le doy un beso en la mejilla antes de que vuelva al guiso que tiene en el horno.

—También puedes aprovechar y conocer a alguien para otras cosas —suelta Tania en voz baja—. Desde que tú y Jackson os divorciasteis, no has estado con nadie, y ya van a hacer dos años.

—¿Cómo sabes tú que no he estado con nadie? —pregunto tratando de que suene a vacilación, pero mi tono lo único que hace es confirmárselo.

—La verdad es que nunca entendí por qué lo dejasteis, aunque lo haría si me explicases qué demonios fue lo que pasó entre vosotros para que no tuviera arreglo.

—Nos dejamos de querer, ya está —contesto tratando de que la conversación se acabe aquí.

—Eso es lo que dices siempre, aunque yo no me lo trago. Si el amor se acaba es porque hay un motivo, da igual el que sea, pero lo hay.

—Tania, deja a tu hermana de una vez —intercede mi madre, que no sé desde qué momento está escuchando la conversación—. Lo importante es que ella esté bien, y si lo está sin Jackson, que así sea.

Miro a Tania y sonrío aliviada de que mi madre me haya echado un cable.

—Yo también quiero que esté bien, solo digo que ya ha pasado mucho tiempo y que no estaría de más que comenzase a abrirse un poco, eso es todo.

Mi hermana se levanta, me da un beso en la cabeza y da por concluida la conversación para empezar a poner la mesa.

Capítulo 6

Regan

Aprovecho mi última mañana para hacer surf en una de las playas de Malibú. He madrugado como siempre que tengo el día libre para aprovechar las primeras olas del día antes de que la playa se llene de gente. Me siento sobre la tabla dejándola entre mis piernas y dejo que la marea me meza mientras espero a que llegue una de las olas que me gustan. El neopreno me protege el cuerpo, pero mis pies comienzan a enfriarse de inmediato y, aun así, no me muevo, permanezco ahí, pensativa, volviendo la vista hacia la colina que preside mi casa y siento que no puedo pedir más.

—Hoy está demasiado calmado.

La voz es de Álvaro, un joven estudiante español al que llevo encontrándome varias mañanas. Es originario de Mundaka, una población del País Vasco en la que el surf también forma parte de sus días.

—Paciencia —le digo al ver su cara de decepción—, dale unos minutos, ya verás como llegan.

Álvaro sonríe, se tumba sobre su tabla y bracea para matar el tiempo. Yo vuelvo a mirar mi casa como si me estuviera despidiendo, porque esta es la última noche que paso aquí puesto que mañana por la mañana, Moira Evans y yo, tendremos que ir a casa de Tyler y Rebeca para pasar una semana entera allí. Pensarlo me hace sonreír, la cara de estreñimiento de Moira cuando vio que no le echaba un cable para dar una negativa no tuvo desperdicio. Tengo la intención de hacer que esa cara se repita cada día hasta que me marche.

—¡Regan!

De nuevo la voz de Álvaro me saca de mis cavilaciones. Me giro hacia él y lo veo señalar con una amplia sonrisa las olas que se están formando a lo lejos.

—Tenías razón —admite eufórico.

—Claro que la tengo —bromeo al mismo tiempo que me tumbo sobre la tabla y nado en busca de las olas.

—La primera siempre es para el mejor, y en este caso no soy yo —admite y me hace una seña para que pase por delante de él.

En realidad, se refiere a la segunda, porque siempre llegan en rachas de tres olas y la primera se ignora.

Le guiño un ojo al pasar por su lado, me preparo y me subo en la tabla en el momento preciso para un par de segundos después, encontrarme avanzando a toda velocidad mientras el arco de la ola me envuelve hasta dejarme dentro de ese tubo donde consigo desconectarme de todo por completo.

Media hora después, estoy subida en mi Jeep para dirigirme a mi casa. Llego mirando el reloj y resoplando. He quedado con Nicky para desayunar y se me ha echado el tiempo encima. Todavía no he terminado de secarme el pelo después de la ducha cuando esa amante a la que conocí hace unos días, llama al timbre.

—¿También haces surf? —pregunta a modo de saludo, señalando la tabla que no he tenido tiempo de quitar de la parte trasera de mi Jeep.

Afirmo con la cabeza y me hago a un lado para dejarla entrar.

—A mí también me gusta cabalgar olas —dice y se detiene frente a mí.

Se crea un momento incómodo cuando ninguna de las dos sabemos cómo debemos saludarnos. No acostumbro a quedar con ninguna de mis amantes y mucho menos en mi casa, sin embargo, Nicky me inspiró cierta confianza, y antes de marcharme del hotel, le prometí que le contaría cómo había terminado la cosa en la cena de antiguos alumnos.

—Seamos claras y así evitamos tonterías y situaciones incómodas como esta —dice al mismo tiempo que deja la bolsa con el desayuno sobre el mueble de la entrada.

—¿Y qué tenemos que aclarar? —pregunto con algo de soberbia, mientras me peino el pelo con los dedos en un intento de que no parezca que me he electrocutado.

—No he venido solo para que hablemos y las dos lo sabemos —susurra y tira del cuello de mi camiseta hacia abajo con gesto seductor.

—Cierto, también hemos quedado para desayunar —suelto y ella sonríe divertida.

—Y para follar, que no se te olvide —añade y me da un leve empujón con la mano que tiene entre mis pechos para después coger la bolsa y mirar en todas direcciones.

—La cocina está allí —señalo la puerta del fondo, sorprendida por lo fácil que lo hace todo Nicky.

—Pues venga, que después de surfear debes estar muerta de hambre.

—No te lo voy a negar —admito siguiéndola como si la dueña de la casa fuese ella.

Nicky despliega un arsenal de bollería sobre la mesa mientras yo exprimo unas naranjas y recuerdo el chiste ridículo de Tyler.

—Bueno, ¿qué tal fue la cena?

Mi amante y posiblemente futura amiga, da un sorbo al zumo que acabo de servirle y después se mete medio donut en la boca de un solo bocado. La miro riendo mientras mastica con esfuerzo y cojo otro para mí.

—Más divertida de lo que esperaba —le explico y ella traga por fin.

—Perdón, a veces soy muy bruta comiendo —se ríe y vuelve a morder el donut, aunque esta vez lo hace de forma más comedida para después chuparse el azúcar de los dedos.

—Me encontré con esa compañera con la que tuve algunos problemas en el pasado y, al final, acabamos fingiendo que éramos pareja porque le daba apuro que todos hubiesen ido acompañados menos nosotras.

—¿En serio? —pregunta Nicky asombrada.

Yo afirmo con la cabeza y ella se ríe antes de inclinarse hacia delante con curiosidad.

—¿Te la tiraste?

Nicky entorna los ojos y su aspecto se vuelve tan malicioso como sensual.

—¿Te molesta? —la reto imitando su mirada.

—En absoluto. Tengo claro que tú y yo no vamos a casarnos. No eres mi tipo, ¿sabes? —pregunta y yo me río, sorprendida y agradecida por su sinceridad.

—Me partes el corazón, pensaba que si había una segunda cita lo siguiente era pedirte matrimonio —bromeo divertida.

—Me lo paso mejor así, con encuentros esporádicos. Esperar algo de alguien es agotador, así que hace tiempo que decidí que solo esperaré cosas de mí misma.

—¿Una mala experiencia? —me intereso poniéndome seria.

—Tampoco diría tanto, simplemente experiencias que me dejaban hueca. Entonces no te la tiraste —dice pensativa, dando por concluida la explicación sobre ella.

—No, pero ahora debo fingir que somos pareja durante toda una semana, y eso sí que me inquieta un poco.

—¿Fingir?

Nicky arquea las cejas exageradamente y durante los siguientes minutos le explico la oferta que Tyler y Rebeca nos hicieron.

—En realidad, la que les interesa es Moira, pero como creen que somos pareja y ella no fue capaz de desmentirlo, se vieron obligados a invitarme a mí también —me río y ella aplaude como si acabase de ver una obra de teatro muy divertida.

—Me parece que me debes una —considera y me mira fijamente—. Gracias a mi insistencia para que asistieses a la cena, te van a pagar una fortuna por pasar una semana en una villa de lujo en la que tú apenas tienes que hacer nada, y encima pillarás cacho con una tía que está tan obsesionada con que parezca que vive una vida perfecta, que tiene que mentirles a los demás y a sí misma.

Bajo la mirada y la clavo en la mesa. No me lo había planteado desde ese punto de vista y, de repente, la vida de Moira me parece mucho peor. ¿Cómo puede vivir así? ¿Disfruta de algo en algún momento?

—¿He dicho algo que no debo? —se preocupa Nicky al verme absorta.

—No, para nada. ¿Te apetece que te enseñe mi sofá? —arqueo una ceja y ella sonríe con gesto travieso—. A mí me parece muy

cómodo —añado poniéndome en pie con aire seductor.

—Si te soy sincera, había pensado follarte aquí mismo, en la cocina.

Mi mirada se oscurece y el pulso se me dispara cuando se palmea las piernas y me pide que me siente sobre ella. Lo hago sin dudarlo, a horcajadas mientras rodeo su cuello con los brazos y ella aparta la goma de mi pantalón e introduce la mano para acariciarme con suavidad al principio y exigencia después. Sus dedos me presionan por dentro, arrancándome un suspiro tras otro mientras muerde mis labios y el orgasmo comienza a formarse en mi interior, tan rápido e intenso como todas esas olas que he cabalgado esta mañana.

Nicky decide marcharse a media tarde, después de que hayamos pasado el día comiendo, follando y viendo una película de la que no recuerdo el título ni la historia porque ella no me ha permitido prestarle mucha atención.

—Si necesitas un respiro cuando estés en esa villa llena de pijos gilipollas con los que no encajas, llámame. Acudiré al rescate como si de tu princesa azul se tratase.

—Es muy probable que lo haga —admito con sinceridad.

—Perfecto. Cuídate, Regan —dice, y me da un beso en los labios antes de salir y cerrar la puerta a sus espaldas.

Vuelvo al salón, lo recojo un poco todo y echo a lavar la funda del sofá para limpiar los restos de nuestro encuentro. Cuando lo tengo todo listo, me siento con el teléfono en la mano y busco el contacto de Moira. Titubeo un par de segundos, pero termino por pulsar el botón de llamada y esperar pacientemente a que conteste durante varios segundos.

—¿Qué quieres? —pregunta con tono irritado, parece que ella no ha tenido un día tan relajante como el mío.

—Mañana es el gran día, ¿no estás contenta? —la provoco apoyando los codos en las rodillas.

—Déjate de tonterías, Regan, no estoy de humor. Lo de mañana es trabajo, nada más, espero que tú también lo veas así o tendremos problemas.

—Trabajo y fingir que nos queremos, que no se te olvide.

Moirá resopla contra el auricular, provocando un sonido incómodo y lleno de interferencias que me hace apartar el teléfono de la oreja.

—¿Me has llamado para eso?

—No. Te he llamado porque digo yo que tendremos que quedar en algún sitio para llegar juntas a la villa, como una pareja feliz y todo eso, ya sabes.

—Un detalle por tu parte, pero no es necesario. Yo iré con Kevin, mi ayudante de cocina. Tengo que llevar parte de mi instrumental para que todo salga como me gusta, y eso lo incluye a él. Llegaremos con la furgoneta de reparto como si viniéramos del Maisy, nadie sospechará nada. Tú puedes llegar cuando te dé la gana, a última hora si quieres. Les diré que tenías que cerrar algunos asuntos —dice tratando de librarse de mi presencia el máximo de tiempo.

Sonríó para mis adentros y niego con la cabeza. Si piensa que se lo voy a poner fácil después de todo lo que pasé por su culpa, lo tiene claro. Tengo intención de hacer que se sienta incómoda las veinticuatro horas del día.

—Te agradezco el detalle, cariño —suelto intencionadamente—, pero estaré allí a primera hora para ayudarte.

—No me llames así —ordena entre dientes antes de colgarme.

Capítulo 7

Moira

—Qué pasada —silva Kevin cuando el portón de hierro se abre para darnos acceso a la villa.

Mi ayudante de cocina conduce la camioneta de reparto por un camino empedrado que serpentea entre árboles, fuentes, farolas, parterres y bancos que adornan una extensión escandalosa de terreno. No puedo negar que todo es espectacular y que la fachada de la enorme villa es impresionante.

Kevin aparca la furgoneta a un lado y cuando nos bajamos, Rebeca y Tyler salen a nuestro encuentro.

—Muchas gracias por venir —me abraza ella y Tyler sonríe como un tonto mientras la mira embobado.

—Él es Kevin, mi ayudante, ya te dije que vendría conmigo.

—Sí, es un placer —le dice tendiéndole la mano—. También le hemos preparado una habitación justo delante de la vuestra.

—Muchas gracias.

Me sorprende que todavía no me hayan preguntado por Regan, pero descubro el motivo cuando la veo salir de la mansión con una sonrisa radiante y una expresión gamberra y burlona que me pone muy nerviosa. Se acerca a nosotros muy despacio, con las manos en los bolsillos y los mechones de su pelo despeinado bailando sobre su rostro, otorgándole un aire seductor que me seca la garganta. Se pone seria cuando pasa por el lado de Rebeca y mi corazón se acelera descontrolado cuando se sitúa frente a mí y, de repente, me pasa un brazo por detrás del cuello y me atrae hacia ella.

—Qué bien que hayas llegado —susurra fingiendo estar contenta por mi presencia.

No me deja contestarle porque cuando abro la boca para hacerlo, me la sella con un beso prolongado que me provoca un repentino

hormigueo en los labios y en la boca del estómago. Cuando se separa nos miramos y, aunque sé que debería decir algo, estoy tan bloqueada que me quedo con la boca abierta. Regan me sonríe y me acaricia el cuello antes de girarse hacia mi compañero y mirarlo de arriba abajo sin ocultar el asombro que le produce su tamaño.

—¡Hola, Regan! Cuántos días sin verte... —exclama Kevin, a quien le he dado algunos detalles para que todo sea más convincente.

Temía que Regan metiese la pata, pero enseguida se lanza a sus brazos como si lo conociera y deja que Kevin estruje su cuerpo.

—Me llamo Kevin —escucho que le susurra él al oído.

Regan se ríe y le da un golpe en el pecho al mismo tiempo que le guiña un ojo.

—Bueno, pues si ya estamos todos, os digo donde podéis aparcar la furgoneta, el personal del servicio os ayudará con lo que necesitéis —dice Tyler.

—Yo me encargo, jefa —se ofrece Kevin y yo tuerzo el gesto horrorizada.

—Sí, dejemos a las chicas, Rebeca les enseñará esto —aplaude Tyler y se marcha con Kevin dejándome sola con Regan y Rebeca.

—Vamos, os haré una breve explicación de todo lo que hay y después os acompaño a la casa de invitados para mostraros vuestra habitación. Ya han llevado allí el equipaje de Regan y ahora llevarán el tuyo —dice antes de comenzar a caminar por un lateral de la finca.

Rebeca nos explica entre sonrisas donde está todo. Nos muestra las pistas de tenis y de pádel, una cancha de baloncesto y un pequeño campo de golf. Después nos lleva a la parte trasera donde hay dos piscinas, la de verano y otra cubierta y climatizada para el invierno. Observo la cara de Regan, que lo mira todo con cierto asombro como si lo ostentoso del lugar le diese repelús a pesar de que ella debe amasar una buena fortuna a estas alturas.

—Y ahora mi sitio favorito —anuncia Rebeca subiéndose la cremallera del plumón hasta el cuello.

Nos guía hacia un estrecho camino de piedra que se esconde entre varios árboles, hasta que estos se dispersan y dejan a la vista

unas escaleras que bajan directamente a una playa privada que me deja con la boca abierta.

—Madre mía —dice Regan a mi lado.

—¿No es una maravilla? —pregunta Rebeca girándose hacia nosotras.

—La verdad es que sí —contesto con la mirada clavada en el yate que flota a varios metros de distancia.

En un extremo de la playa hay un enorme embarcadero que se adentra en el mar decenas de metros. Me pregunto cuánto habrá costado construir eso mientras me fijo en dos pequeñas embarcaciones de recreo que flotan ancladas a este.

—Os llevo a la casa de invitados para que os acomodéis y después podéis venir aquí y bajar la playa si os apetece. Las lanchas pueden utilizarse siempre que no haya mucho oleaje, si no sabéis llevarla, puedo pedirle a alguien del servicio que os haga de chófer.

—No creo que sea necesario —contesto agradecida.

—Claro que sí, yo quiero dar una vuelta —suelta Regan, y cuando me giro hacia ella para fulminarla con la mirada, arquea una ceja y hace una mueca burlona que me deja claro que solo lo hace para fastidiarme.

—¿Cuánto lleváis juntas? —pregunta Rebeca de manera repentina.

El sofocón que me entra debe ser notorio, porque Regan se ríe e interviene antes de que se me caiga la mandíbula. ¿Cómo no se nos ha ocurrido preparar una historia antes?

—Poco más de un año —explica Regan y su mano rodea mi cintura y me pega a su cuerpo aprovechando la ocasión—. Un día iba con una amiga y al pasar por delante del Maisy, vio las pastas del escaparate y se le hizo la boca agua.

Lo explica con tanto convencimiento, que incluso yo me lo estoy creyendo y hasta siento intriga por el resto de la historia.

—El caso es que entramos, yo no sabía que era la pastelería de Moira, y cuando nos vimos, no sé —dice haciendo botar los hombros —, ella se emocionó y salió a recibirme con los brazos abiertos. ¿Recuerdas, cariño? —pregunta mirándome.

Yo contengo la ira que se está desatando en mi cuerpo y afirmo forzando una sonrisa cuando noto que su mano desciende lentamente hasta mi culo y se acomoda sobre él. A pesar del aire gélido de diciembre, noto el calor de su mano abrasarme la piel y me pongo rígida.

—Sí, sí —sonríó aturdida mientras Rebeca nos mira expectante.

—Estuvimos charlando un rato y antes de marcharme, Moira me pidió que nos viésemos fuera de allí. Yo no tenía claro lo que quería, pero insistió tanto que no pude negarme —dice la muy pedante, y cuando la miro para dejarle claro con la mirada que ya es suficiente, me da un apretón en el culo que me hace botar del susto—. En fin, que tuvimos lo que podríamos llamar una primera cita y cuando terminó, Moira me empotró contra la pared y me besó para dejarme claro lo que no había sabido decirme con palabras durante toda la tarde.

—Qué bonito —aplaude Rebeca emocionada por la absurda historia que se ha inventado Regan—. Yo a Tyler lo conocí en una partida de golf a la que acompañé a mi padre. Nos sentamos juntos a esperar y terminamos marchándonos a la cafetería. Bueno, no quiero aburriros con nuestra historia, vamos a la casa de invitados, seguro que estáis cansadas.

Rebeca emprende la marcha y yo me giro bruscamente hacia Regan apartándole de un manotazo la mano que tiene en mi culo.

—Como vuelvas a hacer eso te rompo los dedos, ¿me oyes? —amenazo estirando cada palabra.

—Recuerda que somos pareja y hemos de actuar como tal.

—¿Tocándome el culo delante de la gente? No sé con qué clase de depravadas sales tú, pero yo no iba por ahí tocándole el culo a mi exmarido.

Cuando me doy cuenta de lo que acabo de soltar ya es demasiado tarde, las cejas de Regan casi se están juntando con el nacimiento de su pelo y su mandíbula se ha descolgado.

—¿Estabas casada? —susurra y yo comienzo a caminar.

—Déjame en paz, no vamos a hablar de mi vida.

Regan vuelve a arquear las cejas y alza las manos en son de paz. Rebeca camina unos metros por delante de nosotras, imagino que

para dejarnos algo de intimidad, aunque yo preferiría pisar una mierda de vaca con los dos pies antes que quedarme a solas con Regan. Su presencia me hace recordar cosas, cosas que a su vez me provocan sensaciones que solo sentí con ella, y eso me preocupa.

—Hemos de preparar una historia —le susurro sin dejar de caminar.

Ella me dedica una mirada interrogante y me pregunto si es tonta o solo se lo hace.

—Sobre nosotras, Regan, no podemos improvisar cada vez que nos pregunten algo.

—Pues yo creo que me ha quedado muy bien la historia —contesta y me mira de soslayo con aire burlón.

—Claro, una en la que yo te veo y me muero de amor a primera vista. Solo te faltó decir que me arrastraba y te suplicaba por un beso, y que tú, que eres toda una dama, decidiste dármelo por pena, ¿verdad?

Regan se gira hacia mí de sopetón y me corta el paso. De repente me encuentro con que la tengo demasiado cerca y el aire se vuelve tan pesado a mi alrededor que me cuesta llenar los pulmones cuando me mira directamente a los ojos, con el rostro ensombrecido y sin atisbo de ese aire simpático e innato de su expresión chulesca.

—En otra época me parece recordar que fuiste tú la que me empujó dentro de un baño y me metió la lengua hasta el esófago, o la que me acorraló debajo de las gradas, también en el vestuario, incluso en el patio, detrás de la caseta.

Su reproche me deja inmóvil en el sitio, que recuerde cada lugar donde nos besamos solo hace que me sienta peor por lo que hice. No lo ha olvidado, y su mirada furiosa deja claro que sigue dolida y no me ha perdonado. Yo tampoco me lo he perdonado nunca a mí misma, así que no puedo reprochárselo.

Capítulo 8

Moirá

Hace 13 años

Era la primera fiesta a la que acudía, estábamos a mediados del último curso de la secundaria y los alumnos aprovechaban cualquier excusa para celebrar que aquel año sería el último antes de dar el salto a la universidad.

No me apetecía ir, ya me habían contado cómo eran esas fiestas y me parecían la forma perfecta para acabar con las neuronas de forma lenta y absurda, pero todos iban a ir y si me negaba corría el riesgo de que me hicieran el vacío, y por aquel entonces yo ya estaba obsesionada con las apariencias y hacía todo lo que fuese necesario para encajar en aquel grupo.

Haber salido unos meses con Tyler me había servido para convertirme en una de las chicas más populares y eso me gustaba casi tanto como el hecho de que hubiese sido él quien me dejó después de decidir que la capitana del equipo de animadoras era mucho más fogosa que yo. Todas mis amigas venían a consolarme porque cualquiera de ellas en mi lugar estaría destrozada, y esa era otra de las muchas cosas que me hacían sentirme confundida en aquella época.

Yo no me sentí herida cuando Tyler me dejó, me sentí aliviada y al mismo tiempo libre. Para mí había sido una especie de trámite, estar con él era estar en el centro de todo a cambio de unos cuantos besos y dejar que me metiera mano a pesar de que no sentía nada de lo que mis amigas decían que se debía sentir. Ellas hablaban de fogosidad, de hormigueo, excitación y deseo. Lo único que deseaba yo era que acabara y, lo que me resultaba más contradictorio, después quería que volviese a pasar para ver si aquella era la ocasión en la que por fin iba a sentir algo. Nunca sucedía nada y era frustrante. No entendía por qué estando con el chico más deseado

del colegio, mi cuerpo no reaccionaba del modo que debía y me limitaba a consolarme pensando que simplemente él no era el adecuado para mí y que algún día llegaría otro que me haría vibrar de ese modo que todas describían como delirante.

Llegué a la fiesta nerviosa, según mis amigas aquel sería un buen momento para enrollarme con otro chico y olvidar a Tyler, un Tyler que yo tenía más que olvidado y con el que ahora mantenía una buena relación de amistad.

Reconozco que me lo empecé a pasar bien, animada por ellas me bebí un par de copas que me quitaron la vergüenza y bailé como una loca durante un par de horas. Después se formaron pequeños grupos y bajaron el sonido de la música. Nosotros nos juntamos y decidimos descansar un rato del bullicio y salimos al jardín, donde vi a Regan sentada bajo un árbol con una chica y un chico. No tenía mucha relación con ella porque no pertenecíamos a los mismos círculos. Regan siempre iba con las personas que estaban en aquel momento con ella y me llamaba mucho la atención porque siempre estaban riendo, parecía que se lo pasaban realmente bien entre ellos y, en el fondo, yo sentía envidia porque dentro de mi grupo no existía aquella complicidad que ellos compartían. Todo eran envidias y cotilleos y la gran mayoría de las conversaciones eran sobre chicos, fiestas y ropa cara. Regan y sus amigos parecían ajenos a todo eso y, además, ella tenía algo en su forma de actuar que me magnetizaba tanto que, cuando la veía, solía apartar la mirada porque me ponía muy nerviosa y no podía pensar con claridad.

—¿Podemos? —preguntó Tyler al grupo de tres señalando el suelo.

—Claro —contestó la amiga de Regan.

Nos sentamos con ellos y, a pesar de ser tan diferentes, no se generó ningún conflicto. El amigo de Regan no dejaba de contar chistes y nuestro grupo, la mayoría bastante perjudicados, reía sin parar todas sus gracias. Ellos se reían y yo me quedaba absorta mirando a Regan, me encantaba el sonido de su risa y el modo en que se le cerraban los ojos cuando lo hacía. Me atrapaban sus gestos cuando hablaba y me quedaba sin aliento cada vez que me miraba.

No sabía si me estaba obsesionando o era culpa de las dos copas que me había bebido, pero tenía la sensación de que Regan me prestaba más atención a mí que a los demás, y eso me gustaba del mismo modo que me aceleraba el pulso.

—¿Jugamos a la botella? —propuso Tyler después de dar el último trago a la litrona que él y otros habían compartido.

Yo me tensé, pero cuando todos aplaudieron la idea, sonreí como si también me pareciese una genialidad.

Una de las chicas se levantó corriendo y fue a buscar una libreta y un lápiz. Al volver, se entretuvo en apuntar el nombre de todos los presentes en un pequeño trozo de papel que doblaba y metía en una bolsa.

—Así garantizamos que es al azar, de lo contrario, todas elegirán a Tyler —bromeó y todos se pusieron a reír—. Al que señale la botella, cogerá un papel y tendrá que besar a la persona cuyo nombre esté escrito en él.

Aquello me complicó la vida, porque yo hubiese sido una de las que habría elegido a Tyler porque era la opción más fácil. Habíamos estado juntos y todos pensaban que yo seguía enamorada de él, sin embargo, había algo que me atormentaba desde que habían propuesto el juego, porque me puse a pensar en a quién me gustaría besar en realidad si la botella me señalaba y mis ojos, atraídos por esa fuerza magnética que Regan poseía, siempre acababan posados sobre ella.

El primer turno se eligió al azar y a partir de ahí, seguíamos el sentido de las agujas del reloj. Es el juego más absurdo al que he jugado en mi vida, lo miro en retrospectiva y no tiene ninguna finalidad que no sea otra que generar morbo y hacer que se intercambie saliva con cualquiera, incluso con gente que te puede llegar a repugnar.

—Nada de ser castos —exclamó mi amiga Olivia—. Hay que meter lengua y tiene que durar un mínimo de cinco segundos.

Nadie rebatió la decisión y yo volví a tensarme porque me parecía una barbaridad, pero de nuevo no dije nada y sonreí como si me muriese de ganas de empezar. Nos sentamos en corro y la primera a la que señaló la botella cuando otra chica del grupo la hizo

girar para iniciar el juego, fue a la propia Olivia, a quien le salió el nombre de Eric Tomas. Ella estaba colada por Tyler como la gran mayoría, pero no se quejó y se abalanzó sobre Eric hasta dejarlo sin aliento. Cuando se sació de nuestro amigo, hizo girar la botella y esta apuntó claramente a la amiga de Regan, y el nombre que le salió fue el de su otro amigo. Los dos rieron e hicieron algún comentario sobre algo del destino, y entonces me di cuenta de que estaban liados. Después de un beso bastante más tierno, la joven hizo girar la botella y yo vi aterrorizada cómo se detenía de sopetón y me señalaba. Escuché los silbidos de todos mientras trataba de calmarme. No sabía por qué estaba tan nerviosa si al fin y al cabo solo era un beso. Tyler me puso delante la bolsa con los nombres y metí la mano en ella. Fue algo muy extraño, porque cogí un papel con rapidez para acabar cuanto antes con aquello y al comenzar a sacar la mano noté que me cortaba y lo solté. Saqué la mano sin nada y me chupé el dedo mientras todos se reían.

—No será una excusa para no jugar, ¿verdad? —preguntó Olivia con los labios todavía sonrosados por el beso con Eric.

No contesté nada y volví a meter la mano, esta vez no cogí un papel a la ligera, sino que removí el interior y palpé unos cuantos hasta que me decidí por uno y lo extraje. Me lo quedé mirando unos instantes mientras la mano me temblaba. Ser el centro de atención en aquel momento no estaba siendo agradable, así que, tras la insistencia de todos, desdoblé el papel y la garganta se me secó cuando leí el nombre en voz alta.

—Regan Jensen.

Capítulo 9

Regan

Llegamos a la casa de invitados en un silencio incómodo que incluso Rebeca ha percibido. Nos muestra la cocina por si deseamos algo, también el comedor y después sube por las escaleras y tuerce por el pasillo de la derecha para llegar a nuestra habitación.

—Creo que voy a necesitar un plano para llegar aquí yo sola —comento y le provoco la risa a ambas, lo que reduce la tensión de inmediato.

—La verdad es que no estuvieron muy acertados con la distribución —reconoce Rebeca—. Bueno, ya estamos, esta es la vuestra.

Me sorprende que utilice una llave para abrir la puerta de la habitación, pero al entrar comprendo el motivo, más que una habitación parece un apartamento, es mucho más grande que el que yo tenía en mi época de estudiante. Una inmensa cama preside el centro de la pared de la derecha. Hay dos sofás, un enorme televisor, un amplio escritorio con dos puestos y una terraza impresionante con vistas al mar. El baño es tal y como lo describió Rebeca, con una bañera de hidromasaje a la izquierda y una ducha amplia a la derecha, dejando en el centro dos grifos para que podamos lavarnos los dientes al mismo tiempo. Siempre he odiado los baños así, cualquier cosa que sirva para mantener la distancia con tu pareja no debería estar ahí.

Moir lo observa todo en silencio hasta que sus ojos se detienen en la cama y se queda medio pasmada.

—Os dejo solas, podéis campar por donde queráis, estáis en vuestra casa. Si queréis cenar con nosotros solo tenéis que venir al comedor principal a las ocho o podéis pedir la cena para que os la traigan aquí —dice la novia de Tyler de carrerilla.

—Vaya, es casi mejor que un hotel —reconozco sorprendida.

—Eso no lo dudes.

—¿Dónde está la cocina para que pueda trabajar? —pregunta Moira con aire distraído.

—En el edificio principal, el servicio te acompañará mañana, no te preocupes.

—¿Podrás entregarme la lista de canciones? Así le echo un vistazo y las voy separando en carpetas —le pido a Rebeca imitando la profesionalidad de Moira.

—Claro, mañana mismo te la paso, ahora descansad, y muchas gracias por estar aquí —dice amable nuestra increíble anfitriona.

Rebeca se marcha y yo me giro hacia Moira, que ahora tiene la mirada clavada en la cama.

—Me pido el lado derecho —digo tirándome en plancha.

—Por mí te la puedes quedar entera, yo dormiré en el sofá —contesta al mismo tiempo que se sienta para probarlo.

Por su gesto de desagrado, entiendo que no es muy cómodo para dormir en él, así que le sonrío desde la cama y palmeo a mi lado para que venga.

—Es una cama enorme, no tenemos ni que rozarnos.

—He dicho que no.

—Muy bien, como quieras, pero mañana no te quejes de que te duele la espalda, no pienso hacerte un masaje si es lo que pretendes.

Moira resopla y se pone en pie para acercarse a la cama y sentarse en una esquina.

—Preparemos nuestra historia.

—Algo me dice que no me vas a dejar aportar ningún dato, ¿qué tienes pensado? —digo incorporándome.

—Bueno, gracias a tu increíble imaginación, ahora ya saben cómo nos conocimos. Solo nos hace falta definir dónde vivimos.

—¿Y dónde vivimos? —pregunto haciendo una mueca.

—Está claro que en mi casa de Santa Bárbara, el Maisy está allí. Tú eres DJ y no tienes el trabajo en un lugar fijo, me parece que es lo más lógico.

—Tengo mi estudio en casa —protesto de manera casi infantil.

—Pues has montado otro en la mía —zanja ella.

—¿Kevin es tu exmarido? —pregunto de sopetón, y ella se gira horrorizada.

—Kevin es gay —dispara como si con eso quedase todo aclarado.

—Eso lo he notado, pero no responde a mi pregunta. Debo saber quién es, antes por poco metemos la pata al llegar, suerte que el tío es resuelto y a ambos se nos da bien actuar, si llega a ser por ti, nos descubren el primer día —digo en tono burlón.

—Kevin es mi ayudante de cocina y mi amigo, nada más. Lo conocí en un concurso en el que participé. No necesitas saber más sobre él ni sobre mí.

—Está bien. El pobre me da pena, la verdad, soportarte cada día con ese mal humor tiene que ser agotador.

—Con él no soy así.

—¿Y por qué conmigo sí? —pregunto entornando los ojos.

—Porque no te soporto.

Moira se pone en pie y da un par de vueltas por la habitación como si eso la ayudase a relajarse.

—¿Cuál es tu comida favorita? —pregunta y yo arqueó las cejas descolocada.

—¿Quieres cocinar para mí? Qué detalle...

—Si alguna vez te cocino algo, llevará laxante para que te pases el día en el baño y me dejes tranquila. Todas las parejas saben detalles como ese —aclaró y suspira tan fuerte que por poco se eleva del suelo como un globo.

—No tengo comida favorita, a mí me gusta todo —contesto, y ella arquea las cejas sorprendida.

—Perfecto, la mía son los espaguetis.

—¿Los espaguetis? Qué mona, esa fue la mía hasta los ocho años.

Moira me fulmina con la mirada antes de coger su enorme maleta y dejarla caer sobre la cama para deshacerla.

Decidimos cenar en la casa de invitados y, al bajar al comedor, nos damos cuenta de que los únicos tres comensales, somos Kevin, ella y yo.

—Vaya —dice Moira con las cejas arqueadas.

—¿Sorprendida? —pregunta Kevin mientras yo tomo asiento a su lado.

—¿Tú no?

—Claro que no, todos los invitados de esta boda pertenecen a la alta sociedad, nosotros aquí no encajamos en absoluto. Bueno, quizá Regan —sonríe y me mira divertido.

—No, qué va —sonríe despedazando un trozo de pan mientras Moira me mira horrorizada—, yo a esta gente solo la veo en las fiestas en las que trabajo, el resto del tiempo lo paso con mis amigos en bares normales donde los camareros no nos hacen la pelota.

—Pues yo pensaba que eras de esas —bufa Moira.

—Y yo daba por hecho que tenías una vida perfecta y fíjate, fingiendo estar conmigo para que los demás no piensen que has fracasado —escupo sin poder controlarme.

Moira tuerce el gesto y se centra en la comida de su plato, clavando el tenedor con tanto énfasis que este chirría sobre la porcelana y me entra un escalofrío. Observo la reacción de Kevin, que le dedica miradas de preocupación sin decir nada, y entonces me doy cuenta de que quizá me he pasado un poco.

—¿Vendrás a ayudarnos mañana? —me pregunta Kevin tras unos minutos de incómodo silencio.

—No la necesitamos —ladra Moira antes de que yo pueda abrir la boca.

—En ese caso estaré encantada de pasarme un rato cuando termine de dormir.

Moira pone los ojos en blanco y media hora después, estamos en la habitación. Yo metida en la cama, arropada por un edredón mullido y engullida por el colchón más caro en el que seguramente he estado mientras ella farfulla cosas que no entiendo y da vueltas en el sofá tratando de encontrar una posición un poco cómoda.

Veinte minutos después, la luz se enciende cegándome y Moira se levanta con gesto irritado.

—¿Te importa apagarla? —le pido con los ojos medio cerrados.

Ni siquiera me contesta, coge el almohadón que se ha llevado de la cama y lo coloca en el centro haciendo de barrera entre su cuerpo

y el mío.

—Sabía que no podrías resistirte a mis encantos mucho tiempo — digo solo para molestarla.

—Ni se te ocurra traspasar la barrera —amenaza y me señala con el dedo.

—Pierdes toda la credibilidad con esos pelos de loca.

Moirá se lleva la mano a la cabeza y se palpa como si no tuviese claro donde está todo. Me doy la vuelta, me acomodo de nuevo y, un instante después, la luz se apaga y la escucho suspirar de alivio.

Capítulo 10

Moira

Hace 13 años

Me quedé petrificada escuchando como el corazón me golpeaba el pecho con una furia que no había sentido nunca. Aturdida, volví a doblar el papel con su nombre y me lo guardé en el bolsillo del pantalón sin saber muy bien el motivo de aquel gesto. Por fin me atrevía a alzar la vista y buscar a Regan. Estaba sentada en el otro extremo del círculo y me observaba con mirada desafiante, no movía ni un músculo, esperando que fuese yo la que levantase el culo de su sitio.

Tenía el pulso acelerado y sentía cosas muy extrañas por el cuerpo ante la idea de besarla. No eran cosas malas, al contrario, la sensación era muy agradable y el cosquilleo entre mis piernas era infinitamente mejor que lo que había podido sentir en mi mejor momento con Tyler. No entendía que me sucediese aquello y al mismo tiempo me enfadé conmigo misma al comprender por fin, que yo no era como las demás aunque me esforzase cada día por ocultarlo.

Animada por mis compañeros y ante la insistencia de Tyler, a quien le excitaba mucho la idea de ver a su exnovia besar a otra chica, me puse en pie. Al hacerlo sentí un leve mareo, sin embargo, estaba convencida de que el poco alcohol que había ingerido en la fiesta no era el causante, lo era el vértigo que sentía ante lo que sabía que iba a suceder. Regan esbozó media sonrisa cuando la miré de nuevo y yo sentí que el suelo se tambaleaba bajo mis pies, ¿por qué no pude sentir todo aquello con Tyler? La pregunta me martirizaba mientras observaba a Regan levantarse con parsimonia, como si a ella todo eso no le afectase y el hecho de besar a otra chica fuese algo natural para ella.

—Venga, Moira —me instigó Tyler, y el resto de mis compañeros aplaudieron y vitorearon eufóricos.

Recuerdo que salimos del círculo y nos colocamos frente a frente bajo el árbol donde ella estaba sentada cuando nos unimos a ellos. Yo estaba tan nerviosa que no conseguía reaccionar, y el miedo a que los demás se dieran cuenta me hacía permanecer inmóvil, tanto que ni pestañeaba.

—¿Lista?

Regan entornó los ojos al preguntar y yo sentí como esa caída de pestañas me barría todo el cuerpo de arriba abajo, embriagándolo con un cosquilleo que no me dejaba respirar. Dio un paso hacia mí sin perder esa sonrisa que siempre decoraba su rostro y colocó una mano por detrás de mi cabeza. Me miró a los ojos un instante y dejó de sonreír cuando clavó su mirada en mis labios y los suyos se entreabrieron haciendo que yo comenzase a hiperventilar.

—Recordad que hay que meter lengua.

Ni siquiera sé quién pronunció aquella estúpida frase, estaba tan cegada por lo que tenía delante que de pronto todos desaparecieron para mí y solo nos quedamos Regan y yo. Todavía no sé cómo me atreví a dar el paso, pero fui yo la que terminó de recortar la distancia entre nosotras y también la que se humedeció los labios antes de sellar los suyos y sentir que por fin encajaba en algún sitio, en su boca. Regan siguió el beso y nos acompasamos como si llevásemos mucho tiempo haciéndolo. No podía respirar, la situación me sobrepasaba casi tanto como el torbellino de sensaciones que estaba recorriendo todo mi cuerpo. Entonces abrí la boca y como si lo hubiésemos previsto, ella metió su lengua y acarició la mía. Gemí en su cavidad sin poder controlarme, por suerte el ruido de la gente en el jardín no permitió que nadie más que ella se percatase. Nuestras lenguas jugaron despacio al principio y más furiosas al final, hasta que la cuenta atrás que todos vociferaban llegó a su fin y nos separamos.

Recuerdo que sentí vacío, un vacío devastador. Regan había dejado de besarme y yo tenía la sensación de que se había llevado un trozo de mí que solo podría recuperar con más besos. Nos miramos y me sonrió de un modo distinto, como si para ella todos

los demás tampoco estuvieran allí. Yo estaba sofocada y muy desconcertada, pero le devolví aquella sonrisa de forma natural y después volví renqueante a mi sitio. Jugamos a la botella hasta que todos la hicimos girar. Esperé con paciencia a que llegase su turno mientras rezaba para que fuese mi nombre el que ella cogiese de aquella bolsa, pero el mío salió antes y fue Tyler el que lo leyó en voz alta entre risas.

Besarlo a él fue como perder toda la magia que había sentido con Regan, y ver como después ella besaba a otra chica del grupo, fue como si me clavasen un puñal en el pecho mientras duró aquel beso. No podía apartar la mirada de Regan mientras me preguntaba si ella habría sentido algo parecido a lo que yo había sentido, o si en el caso de hacerlo, también lo estaba sintiendo con aquella otra chica. Me sentía desfallecer, estaba tan confusa que solo quería marcharme de allí, descansar unas horas y olvidarme de aquella noche, pero era imposible, aquel beso de Regan no podía olvidarse tan fácilmente.

Cuando el juego de la botella por fin terminó, todos decidieron volver al interior para seguir con la fiesta, pero yo anuncié mi marcha alegando que estaba muy cansada y que la bebida no me había sentado muy bien.

—Yo la acompaño.

La voz de Regan sonó a mis espaldas y me giré estupefacta. A todos les pareció bien la idea, sin duda nadie quería abandonar la fiesta y, aunque yo no necesitaba que nadie me acompañase a casa, hubiesen quedado muy mal al no ofrecerse.

—No es necesario si no quieres. No vivo lejos y solo necesito que el aire me refresque —dije, aunque he de admitir que ni siquiera a mí me sonaron convincentes mis palabras, deseaba que viniera conmigo.

—No es molestia, yo también estoy cansada —zanjó, y de repente me vi sola con ella caminando por la calle.

Regan se metió las manos en los bolsillos y me miraba divertida sin decir nada. Ella aparentaba una serenidad turbadora y yo me preguntaba por qué demonios tenía que sentirme así, al borde del

infarto. Llegamos a su calle y Regan siguió caminando como si no se hubiese dado cuenta de que su casa estaba allí.

—¿No te quedas? —pregunté un poco sorprendida.

Regan se giró para mirarme y negó con la cabeza de un modo tan seductor, que las piernas me temblaron.

—No tengo sueño, te acompaño hasta la tuya si no te importa.

—Debes pensar que soy imbécil —farfullé tras atragantarme con mi propia saliva.

Esa vez no sonrió, simplemente me acarició la espalda y preguntó si estaba mejor. Toda la calle estaba llena de coches aparcados y en aquel momento, poseída por un deseo que no lograba controlar, la acorralé contra uno de ellos con cierta brusquedad y volví a besarla. Sentía terror ante la idea de que Regan me apartase y me acusase de acosarla, sin embargo, una de sus manos se perdió por mi pelo y la otra aterrizó en mi cintura para pegarme a su cuerpo. Mi lengua bailaba por su boca con la misma rapidez que mi sexo palpitaba y mi corazón me martilleaba hasta en las sienes. Nos detuvimos para respirar y yo agaché la cabeza sonrojada de tal modo que me ardían las orejas. No me atrevía a mirarla, la vergüenza por lo que había hecho me superaba, había besado a Regan porque lo necesitaba, no por un estúpido juego.

—No hacemos nada malo —susurró, y sus dedos acariciaron mi mentón y me alzaron el rostro hasta que conecté mi mirada con la suya.

El reflejo de las farolas brillaba en sus ojos azules como dos faros en medio del mar. Me perdí en ellos y con los labios temblando de deseo, la volví a besar de forma suave y lenta. Los labios me ardían y la lengua me dolía de tanto explorar su boca, pero no me cansaba, tenía un apetito insaciable de ella y solo nos detuvimos cuando escuchamos el ruido del motor de un coche. Me aparté de manera brusca y me llevé las manos a la boca mientras intentaba calmar las pulsaciones.

—No nos han visto, tranquila —dijo ella con esa calma que tanto envidiaba de su carácter.

—¿Haces esto a menudo? Me refiero a besar chicas.

Más que una curiosidad era una necesidad, necesitaba saber la respuesta.

—Si lo que preguntas es si me gustan las chicas, la respuesta es sí —soltó sin inmutarse.

—Pero yo no te he visto nunca...

—No voy por ahí liándome con todas, Moira, solo con chicas que me gustan. Y si soy discreta es porque me gusta salvaguardar mi intimidad, no porque me importe una mierda lo que puedan decir los demás.

Me quedé en silencio, a mí sí que me importaba.

—No lo haremos más si no te sientes cómoda —concluyó y yo sentí que se abría un agujero bajo mis pies.

—Creo que será lo mejor, estamos borrachas y esto está claro que ha sido un error —balbucí nerviosa, sabiendo que no era eso lo que en realidad quería.

—Yo no he bebido —soltó sin anestesia, mirándome con esa serenidad que yo nunca tendría.

—Yo sí —contesté seca—. ¿Te importaría no mencionar esto con nadie? No me gustaría que dijeseis cosa que no son.

—Ya te he dicho que no voy por ahí aireando mis intimidades —respondió cortante.

También me pareció algo ofendida, pero no fui capaz de disculparme, estaba sobrepasada por la situación y por todas esas cosas que pasaban en mi cuerpo cuando la tenía cerca.

—Tu casa está ahí mismo, ve, me espero aquí hasta que entres —dijo con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

Asentí sin saber cómo debía despedirme, así que le dediqué una sonrisa y caminé con rapidez hasta mi casa sin atreverme a volver la vista atrás por miedo a que se hubiese ido. No quería que se marchase, pero abrí la puerta y la crucé con un nudo en el pecho que se acrecentaba a cada paso que daba. Mientras iba de camino a mi habitación, no dejaba de pensar en ese corte que tenía en el dedo, de no habérmelo hecho y soltado el papel que había cogido en ese momento, era muy probable que hubiese terminado leyendo otro nombre. ¿Era el destino o solo una casualidad? Me desnudé para meterme en la cama y al quitarme el pantalón se me cayó del

bolsillo el papel con su nombre. Me senté en la cama y apoyé los codos en las rodillas mientras lo miraba absorta hasta que comencé a llorar y lo guardé en el cajón de la ropa interior. Tenía la intención de buscarle un sitio más apropiado a aquel trozo de papel con su nombre que para mí significaba tanto y que no quería perder.

Capítulo 11

Moir

Me despierta Kevin golpeando la puerta con los nudillos. Me sobresalto de tal modo que me siento en la cama y arrastro el edredón conmigo destapando a Regan hasta la cintura, que se gira ceñuda y me enfoca con cara de haber masticado un limón.

—¿Qué pasa? —pregunta y tira del edredón con fuerza para taparse de nuevo.

—Nada, perdona.

Aprovechando la luz que entra por la ventana, salgo de la cama y me pongo un batín para abrir la puerta.

—Dame diez minutos —le pido a Kevin sin poder contener un bostezo.

—Vale, voy a desayunar —dice mirándome de arriba abajo, sorprendido por el hecho de que nunca llego tarde y hoy ni siquiera me haya levantado de la cama.

Cierro la puerta y me quedo mirando a Regan, que se ha reacomodado y permanece enroscada con el edredón hasta el cuello. Siento cierta envidia por verla tan cómoda, y también un cosquilleo que me alerta de lo peligrosa que es esta situación. No sé por qué he llegado a esto, si contase la verdad, Regan se marcharía y yo respiraría tranquila, pero ella tenía razón, mi vida es un auténtico fracaso y admitirlo no entraba dentro de mis planes inmediatos, al menos hasta que volví a verla.

—¿No vas a darme un beso?

Su pregunta me acelera el pulso y hace que me explote la cabeza con decenas de imágenes de hace varios años, cuando los besos entre nosotras eran inocentes y lo único en lo que podía pensar desde que me levantaba hasta que me acostaba era en darle otro.

Su recuerdo hace que los labios me tiemblen y sienta un leve cosquilleo que me recorre fugaz hasta cortarme la respiración. Sé que su pregunta es sarcástica y solo escupida por su boca para provocarme y recordarme todo lo que hice. A pesar de ello, siento unas repentinas ganas de acercarme, sentarme a su lado y besarla como había hecho tantas veces.

La visión me tensa y me hace darme cuenta de que Regan es un gigante dormido sobre mí, un gigante que se despierta poco a poco, de forma torpe y lenta, pero que cuando lo haga del todo, volverá a ocupar todo ese vacío que lo llena todo en mi vida.

Pensarlo me asusta y hace que me entren ganas de salir corriendo, pero algo que no controlo me retiene, quizá se trate de lo mismo que me hizo aceptar la estúpida proposición de Regan en aquella cena. Cada día me pregunto por qué lo hice, porque si la rechacé en su día delante de todos, acepté mostrarme como su pareja aquella noche. Solo tengo una respuesta y eso también me da pánico. No lo hice para salvaguardar las apariencias como ella se piensa, lo hice para compensarla, para demostrarle que ahora ya estoy lista y que no me importa que me vean a su lado.

Sofocada, me visto y salgo de la habitación sin decirle nada y voy en busca de Kevin, al que encuentro dando buena cuenta de un desayuno digno de un cuerpo tan grande como el suyo. Me dejo caer en una silla frente a él con la fuerza de un meteorito y mi amigo y ayudante me mira como si estuviese trastornada.

—Me parece que tengo un problema —confieso horrorizada por mi repentino descubrimiento.

—¿Cuál? ¿Que sigues pillada por ella después de tantos años?

Kevin da un mordisco a su tostada y mastica lentamente como si lo que ha dicho fuese un secreto a voces.

—¿Eso crees? ¿Esa es la impresión que doy? —pregunto escandalizada.

—Estás aquí con ella, ¿no? Dime una cosa, jefa, ¿qué necesidad tenías de hacer esto? Quiero decir, puedo entender que fingieras ser su pareja aquella noche porque te estalló el cerebro al verla de nuevo y no supiste reaccionar, ¿pero llegar a esto? ¿Estar dispuesta

a fingir durante toda una semana? A mí solo se me ocurre una respuesta.

—¿Y cuál es? —pregunto cada vez más inquieta.

—Que la necesitas cerca, que has visto la oportunidad de demostrarle que te arrepientes, y cómo no tienes ni idea de cómo hacerlo, has permitido todo esto para ganar tiempo.

Lo miro pensativa sin atreverme a contestarle. ¿Es eso? ¿Estoy tratando de redimirme? ¿De encontrar la manera de que Regan me perdone y con suerte demostrarle que ya no soy esa persona horrible, insegura y asustada que le hizo tanto daño?

—Madre mía, Kevin —lamento inclinándome hacia delante—. ¿Y ahora qué hago?

—¿Me lo preguntas a mí? Yo qué sé, intenta ser amable y no ladrar cada vez que te provoca.

—Joder, es que a veces es insoportable —reconozco y él se ríe.

—¿Y cómo serías tú si todo hubiese sucedido del revés?

—¿Y entonces qué hace aquí? Fue ella la que insistió, en parte es culpa suya, yo solo acepté porque ella parecía confabulada con Rebeca para convencerme.

—Lo que yo creo es que, en realidad, las dos sois idiotas —dice con tanta seguridad que por poco me ofendo.

—Qué amable eres.

—Es cierto. Tú estás aquí porque buscas que ella te perdone, y seguramente ella está aquí porque quiere precisamente eso, que la compenses, que le pidas perdón y que reconozcas públicamente que te equivocaste. Al menos es lo que yo querría.

—¿Qué querrías? —pregunta Regan de repente.

Ninguno de los dos la hemos visto llegar. Ha aparecido como un fantasma y ahora se está sentando con su taza de café y unas tostadas. ¿Habrá escuchado algo? Por su expresión relajada no me lo parece.

—Querría que Moira se levantara de una vez a por el desayuno para que no nos pasemos todo el día haciendo tartas, me gustaría terminar pronto para disfrutar un poco de todo esto —contesta Kevin mirándome con premura.

Me levanto de inmediato y vuelvo con un zumo de naranja y unas galletas. Regan sigue absorta, centrada en su desayuno como si necesitase unos minutos más para ser una persona normal.

—¿Por qué te has levantado tan temprano? —pregunto notando como el corazón se me acelera poco a poco.

—Voy a pedirle la música a Rebeca, y después de preparármelo un poco, me pasaré por la cocina para probar la primera tarta. Es lo que haría una buena novia, ¿verdad, Kevin?

El imbécil de mi ayudante se ríe al mismo tiempo que afirma con su enorme cabeza. Maldito Kevin.

—Como quieras, nosotros nos marchamos.

Kevin tuerce el gesto ante mi brusquedad, pero no me siento cómoda. Regan siempre me altera con su actitud despreocupada. Sigue siendo aquella chica a la que parecía que nada le importaba, y eso me desconcierta.

En cuanto ponemos un pie fuera de la casa de invitados, mi amigo me mira desde la altura y cabecea.

—Reconoce que fuiste a la cena porque querías verla —exige entornando los ojos.

—Estaba segura de que no iría, después de cómo me porté con ella, no esperaba que tuviese ganas de verme.

—No seas tan egocéntrica, Moira. ¿Te ha dicho ella que fue para verte a ti?

De repente me siento un poco absurda y el rubor en mis mejillas lo demuestra.

—No esperabas verla, pero fuiste porque deseabas que apareciese, reconócelo y me callaré.

—Está bien, necesitaba verla —admito y caminamos en silencio hasta encontrar a alguien que nos lleve a la cocina.

Capítulo 12

Regan *Hace 13 años*

Cuando me desperté por la mañana lo primero que hice fue llevarme los dedos a los labios y abrir los ojos como platos. Moira Evans, esa chica de la que llevaba dos años enamorada y que parecía inalcanzable para alguien como yo, me había besado. Todavía me costaba entender cómo había sucedido todo, pero los labios me ardían e inexplicablemente sentía el peso de los suyos cada vez que lo recordaba. No estaba angustiada por su posterior rechazo, después de tanto tiempo deseándola había conseguido que me besara de forma apasionada, así que me quedaría con eso.

El lunes siguiente volví al instituto junto a Meva y Lucas. No les mencioné lo que sucedió cuando acompañaba a Moira a su casa, aunque sí que soporté sus bromas y sus preguntas sobre cómo me había sentido al besar a la mujer de mis sueños. No les contesté, pero me puse tan roja que les bastó para morirse de la risa. Busqué con la mirada a Moira por todas partes hasta que di con su grupo. No estaba y sentí cierta decepción, a pesar de saber que no tenía ninguna posibilidad con alguien como ella, tan insegura y preocupada por lo que los demás pensasen de su persona, me apetecía verla.

No la vi hasta que llegué a la primera clase y la encontré sentada en su sitio de siempre. Moira estaba hablando con su amiga Olivia, sin embargo, eso no impidió que me mirase durante una fracción de segundo y contuviera la respiración.

Sabía que le gustaba, quizá no me hubiese quedado claro hasta aquella noche cuando la botella la señaló y leyó aquel papel con mi nombre, pero desde el momento en que nos besamos lo tuve claro, nadie besa con esa efusividad ni esa pasión si no está sintiendo algo intenso.

En la hora de descanso me dirigí con mis amigos hacia las gradas como solíamos hacer siempre. Nos sentábamos en la parte más alta y, mientras unos jugaban y otros se limitaban a animarlos, —Moirá entre ellos— nosotros planeábamos lo que íbamos a hacer aquella tarde.

Estaba a punto de llegar a las escaleras cuando vi que Moira estaba a un lado, sola, mirándome con impaciencia. Me quedé parada, intercambié una mirada con mis compañeros y no me hizo falta decir nada para que ellos continuasen sin mí.

Me acerqué a Moira con recelo porque no tenía claro si era a mí a quien esperaba, pero entonces me cogió de la parte baja de la sudadera y tiró de mí arrastrándome hasta la parte más oculta de las gradas. Allí me guio hasta un recoveco desde el que era imposible que alguien pudiese vernos y sin articular palabra, me acorraló contra una viga de hierro que formaba parte de la estructura y me besó con la misma pasión que lo había hecho aquella noche.

—No puedo dejar de pensar en ti —susurró angustiada contra mi boca.

Los chasquidos de nuestros besos me turbaban tanto la mente que no podía ni contestarle. No sabía lo que significaba su confesión, solo sabía que tenía el cuerpo ardiendo y que necesitaba mucho más. Sus manos resbalaron por mi cuello y yo arqueé la espalda impulsando mi pelvis contra la suya. Suspiró y su cuerpo se tensó de tal manera que se aferró al cuello de mi sudadera y la arrastró hacia abajo hasta dejarla mal puesta.

—Nadie puede saber esto —dijo echando la mirada hacia atrás, temiendo que en cualquier momento alguien descubriera nuestro escondite.

—¿Por qué no? —pregunté turbada.

—Porque no —zanjó.

Yo no estaba de acuerdo, si aquello iba a continuar, yo no quería esconderme. Moira me gustaba lo suficiente como para dejar que todo el mundo lo supiera, pero si aquella era la única manera de estar a su lado, no me quedaba más remedio que aceptarla.

—Está bien —acepté, y ella sonrió aliviada.

Quedamos en que al día siguiente nos veríamos en el mismo sitio y a la misma hora. Yo me pasé toda la noche dándole vueltas a la situación, preguntándome si era aquello lo que quería, si me bastaban diez minutos de besos a escondidas. Tenía claro que no, que necesitaba mucho más de nosotras y lo que fuese que teníamos, pero me engañé pensando que en algún momento Moira no soportaría la situación, que se cansaría de esconderse y se dejaría llevar por la necesidad de que pudiésemos avanzar. No sabía lo equivocada que estaba.

Al día siguiente llegué con los pensamientos absorbidos por Moira y sus besos. No me la podía quitar de la cabeza y miraba el reloj continuamente deseando que los minutos pasasen para verla debajo de aquellas gradas. Aquella mañana no necesité esperar tanto, entré a los baños entre clase y clase y me la encontré saliendo de uno. Una sonrisa amplia y sincera que no pudo controlar adornó su rostro, y después de cerciorarse de que estábamos solas, me arrastró hacia el interior y nos besamos con más ganas que el día anterior.

—Me gustaría verte fuera de aquí —le susurré con su cuerpo acorralado entre mis manos y la pared.

Estaba besando su cuello y ella se retorció de placer y contenía sus jadeos resoplando por la nariz de un modo que me parecía sensual hasta la locura.

—Lo podemos arreglar, quizá podrías venir a estudiar a mi casa, o yo a la tuya.

—Vale —sonreí y la seguí besando.

Cuando nos separamos nos miramos largamente durante varios segundos sin dejar de sonreír, aquella manera de expresarnos sin palabras fue algo que jamás volví a experimentar con ninguna otra persona. Moira me apartó el pelo de la cara y después me estrujó los mofletes con ganas antes de darme otro beso. La notaba contenida, como si su cuerpo le pidiese una cosa y su mente tratase de convencerla de otra. Moira era una bomba de relojería que no era capaz de anteponer lo que deseaba a lo que creía que los demás esperaban de ella, y yo en el fondo lo sabía, pero me negué a verlo.

Capítulo 13

Regan

Después de más de dos horas clasificando canciones de la lista que me ha dado Rebeca, decido tomarme un respiro y voy directa hacia la cocina. Al entrar, nadie repara en mi presencia y me quedo junto a la puerta observando anonada como Moira se desenvuelve con una soltura abrumadora. Una tarta que para ser solo de muestra tiene una dimensión lo suficientemente grande como para que todos los que habitan la villa la prueben, está situada en el centro de una enorme mesa de acero.

Kevin está amasando algo y Moira acaba de coger una especie de aceitera y está vertiendo líneas de lo que me parece chocolate sobre la tarta, con una concentración digna de una pintora de arte.

—No te quedes ahí, Regan, ven a probarla —dice Kevin cuando se gira y se percata de mi existencia.

Moira se sobresalta al sentir mi nombre y un enorme chorro cae por uno de los lados haciendo que ella resople disgustada.

—Mierda...

—No pasa nada, jefa, solo es una muestra —la anima Kevin—. Cuando la prueben dudo mucho que les importe que se haya derramado el caramelo.

Así que es caramelo. Debo tomar nota mental de no escoger esta profesión si algún día me falla la mía.

—Por ahí está un poco chafada —digo situándome al lado de Moira.

Le señalo uno de los laterales y ella observa con ojo clínico hasta que me mira con irritación.

—Era broma.

Solo nos reímos Kevin y yo, Moira parece que tiene un palo metido por el culo, y más cuando hundo un dedo y me llevo un buen trozo hasta la boca.

—¿Estás loca? —ladra y se planta frente a mí.

El corazón se me acelera tanto que sin querer me he mordido el dedo que tenía en la boca.

—Joder —me quejo y lo sacudo en el aire como si así fuese a doler menos.

—Eso ha sido el *karma*, te lo tenías que haber arrancado de cuajo —sigue bufando.

—Eres muy desagradable —digo y vuelvo a hundir el dedo ante su cara de estupefacción—. Yo creo que le falta un poco de azúcar, está sosa.

Me chupeteo el dedo y ella me mira con la boca abierta.

—¿Has metido tu dedo babeado en mi tarta? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Me gustaría más metértelo en la boca para ver si te callas, pero sí, lo he metido.

Moira parpadea varias veces y corta la tarta por la mitad, llevándose a buen recaudo la que todavía no he tocado.

—¿Así es como ayudas? —pregunta cuando vuelve.

—Claro, quién puede ser más sincera que tu novia —digo en voz muy alta para que se empape bien con mis palabras—. Ya te lo he dicho, le falta un poco de dulzura, como a ti.

Kevin no se aguanta la risa y yo vuelvo a meter el dedo y a llevarme otra enorme porción a la boca. La verdad es que la tarta está para morirse, pero no pienso decírselo.

—Para no gustarte no paras de comer —dice ella arqueando una ceja.

—Lo hago por ti, quizá si como un poco más, logro dar con ese ingrediente que le falta y te ahorro el sufrimiento.

—Lárgate de mi cocina, por favor —inquieta señalando la puerta.

—Yo sí que me voy al baño —dice Kevin mientras Moira lo traspasa con la mirada.

Su ayudante desaparece y la situación cambia de golpe cuando me doy cuenta de que estamos solas. No sé por qué motivo me tenso cuando eso pasa, pero Moira parece notarlo y se quita el delantal y se cruza de brazos.

—¿Por qué estás aquí, Regan? ¿Por qué insististe en venir? ¿Fue solo para joderme?

—¿Crees que todo gira en torno a ti? —pregunto a la defensiva —. Me viene bien la pasta, quiero descansar un poco y con lo que me llevo de aquí puedo tirarme una buena temporada de vacaciones. ¿Y tú? ¿Por qué estás tú aquí?

—¿Yo? Por tu culpa, no me diste opción de negarme.

—¿De verdad pretendes que me crea eso? —pregunto ofendida —. Nadie te puso una pistola en la cabeza, pudiste negarte y punto. No necesitabas dar explicaciones.

Moira me mira y llena los pulmones para después soplar el aire lentamente hacia sus pies.

—Siento lo que hice, Regan —dice de repente.

Desde luego no esperaba que dijese algo así. Siempre he tenido mil respuestas en la cabeza por si algún día llegaba este momento, en todas ellas la mandaba a la mierda y le decía el tipo de persona que me parece. Sin embargo, ahora estoy completamente en blanco y eso me enfurece tanto, que soy yo la que esta vez reacciona como una niña.

Movida por la rabia de que todo lo que me hizo pasar se reduzca a algo tan simple como una disculpa, hundo la mano en la tarta, cojo todo lo que puedo y se lo estampo en la cara. Moira abre la boca con sorpresa y separa los brazos del cuerpo mientras se limpia los ojos y los trozos de tarta caen como si fuesen gelatinas contra el suelo.

—Serás... —bufa con incredulidad.

Yo también la observo con estupor los primeros segundos, sorprendida por mi extraña reacción, pero cuando me mira con la cara y el pelo llenos de tarta, me entra un ataque de risa que me impide predecir el momento en el que coge lo que queda de la tarta y me lo estampa en el lado izquierdo de la cara.

—¡Joder! —grito más impresionada que enfadada.

Ahora la que se ríe es Moira y me recuerda aquellas primeras veces cuando me miraba como si me viese por dentro y no dejaba de sonreír. Me quedo inmóvil cuando veo que se acerca, y todavía más quieta cuando deja de reír y me arrastra con su cuerpo

mientras sus labios chocan contra los míos con la misma pasión de entonces. El ardor que siento en todo el cuerpo me impide pensar y reacciono succionando su lengua mientras mis manos se pierden por su espalda. Saboreo la nata de sus labios y dejo que me chupe la barbilla y que arrastre su dedo por mi cara para llevar restos de tarta hasta mi boca. La puerta se abre de repente y Kevin entra absorbo hasta que alza la cabeza y nos encuentra junto a una de las mesas metálicas, a una distancia tan corta que el aliento dulzón de Moira me entra en la boca.

—Vale, ya me voy —dice Kevin sorprendido, y cuando se da la vuelta, se encuentra con que en ese momento vienen Tyler y Rebeca.

Los dos nos miran y ella sonríe como si le encantase vernos tan enamoradas.

—Lo lamento —se disculpa Moira tras sacudirse un poco la ropa.

—Tranquila, a Tyler y a mí también nos gusta jugar con nata.

A Moira se le descompone el rostro y yo no me quedo mucho mejor. Todavía siento el fuego de sus labios en mi boca y la presión de sus caricias en mi espalda. Me aturde tanto que no puedo pensar con claridad.

—Tengo que irme —digo, y esquivo a Moira y Kevin se hace a un lado para no bloquearme el paso cuando salgo por la puerta.

Capítulo 14

Regan *Hace 13 años*

Habían pasado casi tres semanas de encuentros furtivos con intercambios de besos, algunas sonrisas y cada vez más conversación. Comenzaba a conocer a Moira y con ello constataba cada vez más que el alcance de su miedo a ser diferente y no encajar en el grupo era algo que escapaba a su control. A veces tenía la impresión de que le daba pánico quedarse sin amigos, que no estaba preparada para ser una de esas alumnas capaz de desenvolverse en solitario en caso de ser necesario.

Aquella tarde habíamos quedado por primera vez fuera de los muros del instituto. Los padres de Moira no estaban y su hermana pequeña estaría en clases de inglés. Reconozco que estaba nerviosa mientras iba de camino a su casa, sin embargo, cuando abrió la puerta y sonrió se me pasó todo. Subimos a su habitación y nos quedamos frente a frente sin saber qué hacer, con la inocencia de dos adolescentes que se veían a solas por primera vez. Nos sentamos en la cama sin decir nada, dedicándonos miradas furtivas de vez en cuando, sin atrevernos a decir ni una palabra o mover un solo músculo.

No sabía lo que pasaba por su mente en aquel momento, pero sabía lo que pasaba por la mía y de repente tenía pánico de dar un paso que la asustase y la alejase de mí para siempre. Percibía que Moira no estaba preparada para lo que nosotras teníamos, lo había sabido desde que me robó el primer beso. Siempre recelosa, siempre mirando en todas direcciones, sin terminar de relajarse por miedo a que alguien sospechara que le gustaba una chica. Pocas veces se detenía a hablar conmigo en los pasillos, decía que no podía evitar la cara de tonta que se le ponía y que la gente se acabaría dando cuenta. Yo lo aceptaba, debía reconocer que, en

parte, aquel rollo de escondernos me gustaba, pero, sobre todo lo aceptaba porque sabía que si exigía hacerlo público, Moira saldría corriendo.

—¿Tú has hecho esto con otras chicas? —preguntó mientras se frotaba las palmas de las manos sobre el pantalón para llevarse el sudor frío que le provocaban los nervios.

—¿A qué te refieres con esto? —pregunté socarrona y ella me golpeó en el costado.

—Ya lo sabes...

—No tenemos que hacer nada, Moira, no hay prisa, yo solo quería estar contigo a solas sin que estés pendiente de todo menos de mí.

No tenía previsto decirle eso, pero me salió de dentro y ella perdió la sonrisa y agachó la cabeza.

—No pueden saberlo —susurró.

—¿Por qué no? No somos apestadas, Eric es abiertamente gay y todos lo aceptan sin problemas, ¿de qué tienes miedo tú?

—No es lo que se espera de mí —confesó y la miré atónita.

—¿Y qué se espera de ti exactamente?

—Que termine los estudios, que conozca a un buen hombre, me case y tenga hijos.

—Deberías dejar de ver tantas películas, Moira, los tiempos han cambiado.

Sabía que su familia era conservadora, pero tampoco imaginaba a sus padres hostigándolas a ella y a su hermana para que cumpliesen con los estándares arcaicos de la sociedad. Tenía la sensación de que el problema era solo de ella, era Moira la que desde pequeña se había marcado una meta firme en la cabeza y ahora que las cosas no salían como las había previsto, no sabía cómo gestionarse.

—Estoy intentándolo, pero cada vez que pienso en que nos convertiremos en el cotilleo para lo que queda de curso, me cuesta respirar.

—¿Y qué más da? Queda muy poco para acabar y después nos iremos a la universidad. Podemos elegir las que estén cerca —dije

con toda mi inocencia adolescente—. Allí nadie nos conoce y comenzaremos de cero.

Tuve la impresión de que visto así no se le hacía tan cuesta arriba. Yo no me planteaba otra opción que no fuese esa, porque todo lo demás sabía que acababa con ella y yo separadas, y eso era lo que me dificultaba la respiración a mí. Comenzó a besarme despacio, entre risas y los nervios de la primera vez. Me empujó hacia atrás y me dejé caer sobre el colchón con ella tumbada a mi lado. Sus manos me recorrían lentamente mientras mi cuerpo hervía de un modo incontrolable. Yo seguía su ritmo y solo tocaba donde tocaba ella por miedo a que se viera sobrepasada y se sintiese incómoda. Sus dedos acababan de desabrochar mi pantalón cuando se escuchó la puerta de entrada de su casa.

—Mierda, mi madre ha vuelto antes —lamentó con la cara desencajada.

Nos levantamos de un salto sin poder aguantarnos la risa mientras nos recolocábamos la ropa y atusábamos el pelo. Ella le había dicho que habíamos quedado para hacer un trabajo y ni siquiera habíamos sacado un cuaderno. Moira abrió el primer libro que encontró y nos sentamos justo antes de que su madre abriese la puerta y nos saludase con una sonrisa. Cuando volvió a cerrar suspiramos aliviadas y comenzamos a reírnos. Ese fue el último día que fui feliz con ella.

Al día siguiente todo iba como solía hacerlo siempre, puede que incluso mejor, porque nos habíamos encontrado otra vez en los baños. Quizá decir que fue un encuentro al azar era exagerado, porque yo siempre iba entre clase y clase por si volvía a encontrarla. Nos encerramos en uno y comenzamos a besarnos con más ansiedad que nunca, quizá porque el día antes nos habíamos quedado con las ganas de entregarnos al completo. Entonces se escuchó la puerta y las dos reconocimos a su amiga Olivia hablando con otra chica. Moira se tensó y se puso más blanca que la pared. Yo le hice un gesto para decirle que no pasaba nada, que solo teníamos que esperar a que salieran, pero cuando una de ellas llamó a nuestra puerta y yo respondí que estaba ocupado, su piel cambió de

color y se puso roja. Comenzó a sudar y me miró aterrada, y comprendí ahí mismo que Moira no estaba preparada para que hubiese un nosotros, que jamás podría llevar a cabo todo eso que yo ansiaba, algo tan simple como poder pasear con ella de la mano. Comprobé que mi teoría era cierta dos horas más tarde.

Estábamos en el gimnasio y la casualidad hizo que de pronto nos viésemos solas en el vestuario. Ella se había retrasado al salir y yo me había dejado las llaves de mi casa en la taquilla, así que volví y la encontré ahí. Moira miró en todas direcciones con incredulidad y cuando se dio cuenta de que realmente no había nadie, sonrió y me empujó contra una taquilla para besarme. Yo me agarré a su cintura y clavé mi pelvis contra la suya, algo que nos excitó y nos nubló de tal modo, que ninguna de las dos escuchamos que Olivia también había entrado con otra chica.

—Ostras —dijo sorprendida en cuanto nos vio.

Moira se impulsó con los brazos hacia atrás y alternó una mirada de desconcierto entre ellas y yo.

—Te he dicho que no quiero nada contigo, deja de acosarme —escupió y se marchó airada.

Yo no podía ni moverme, sabía que lo nuestro no tenía futuro, pero nunca llegué a imaginarme que haría algo así.

Me quedé quieta, con la espalda pegada a la taquilla al igual que las palmas de las manos. Clavé la mirada en las taquillas que había de frente, aunque en mi mente solo eran una masa azulada y borrosa. Me dolía el pecho al respirar mientras intentaba digerir lo que acababa de pasar.

Nadie te prepara para que la persona por la que respiras cada día te acuse de acosarla. Odié a Moira y quise odiar también a la sociedad, pero esta última no tenía la culpa, nadie la hostigaba ni iba a hacerlo, como mucho hubiésemos soportado algún comentario soez o alguna broma que yo habría cortado de raíz, el problema solo lo tenía ella.

—¿Estás bien, Jensen?

La voz de Olivia me hizo girarme hacia ellas. La reacción de Moira me había bloqueado tanto que ni siquiera reparé en que ellas

seguían allí. Asentí dejando caer la cabeza con pesadez y tomé una gran bocanada de aire que me oxigenó el cerebro.

—Yo no la he acosado —me defendí, irritada por tener que justificarme ante algo que no era cierto.

—A nosotras no tienes que darnos explicaciones, Jensen —contestó encogiendo los hombros.

Abandoné el vestuario y salí de las instalaciones deportivas. Vi a Moira en el otro extremo del recinto, esperando junto a Tyler y el resto de su grupo a que Olivia volviese para marcharse juntos como hacían siempre. Me clavó una mirada descompuesta y se abrazó el cuerpo compungida. Probablemente ya se estaba arrepintiendo de lo que había hecho, pero para mí, dolida hasta lo más hondo a una edad en la que todo se magnifica, no había excusa posible ni pensaba perdonarla.

Durante días esperé llegar a clase y que el rumor sobre que yo era una acosadora se hubiese extendido, pero nunca pasó nada. Olivia y su amiga no comentaron lo que habían visto, no sabía si por voluntad propia o porque Moira se lo había pedido. Aquello solo corroboró que todo estaba en la cabeza de Moira, nuestro centro educativo tenía a muchos gilipollas entre sus muros, aun así, la tolerancia y el respeto por la homosexualidad siempre había estado presente.

Moira trató de hablar conmigo en varias ocasiones, y la evité en todas y cada una de ellas. Me pasé lo que quedaba de curso sin dirigirle la palabra y esquivándola cada vez que intentaba acercarse.

Cuando las clases por fin terminaron, elegí la universidad más alejada de Boston y los meses que faltaban hasta el inicio de las clases me fui a casa de mis tíos en Toronto. No volví a ver a Moira, aunque tardé mucho tiempo en pasar página.

Capítulo 15

Regan

Después del bochornoso episodio de la cocina he vuelto a la habitación, me he duchado con prisas y la he abandonado antes de que Moira volviese para ducharse también. He pedido al servicio de cáterin que me hiciese algo de comida para llevar y he decidido comer en algún lugar recóndito de la finca, que ha resultado ser inmensa.

He pasado más de tres horas recorriéndola, aunque también es justo decir que me he detenido muchas veces en algunos parajes que me han llamado la atención, como un claro en una zona boscosa, la parte trasera de unos jardines japoneses que me han resultado fascinantes o un rincón de la playa donde quedaba protegido del aire y desde el que se podía observar el oleaje.

El recuerdo del beso con Moira ha estado presente en todo momento sin dejarme pensar en otra cosa y poniéndome nerviosa. Ese no ha sido buscado, no lo he hecho para provocarla ni para incomodarla, ha surgido de manera espontánea entre ambas y todavía siento el cosquilleo en la boca del estómago cada vez que pienso en ello. La inquietud no me deja centrarme y que el jodido beso no formase parte de mi plan para hacerla sentir mal por lo que hizo, me hace preguntarme si esto no me estará explotando en la cara. Con un ataque de pánico repentino, saco el teléfono y llamo a Nicky, la culpable de que yo esté aquí.

—Estar aquí es una cagada, y la culpa la tienes tú —suelto en cuanto descuelga.

—¿De qué hablas? ¿Has bebido? —pregunta mientras me imagino su cara de desconcierto.

—No, no he bebido, joder, la he besado.

Me pongo en pie y resoplo contra el aire.

—¿A Moira?

—No, a su madre. Joder, Nicky, claro. ¿A quién coño quieres que bese? —pregunto exasperada.

—Yo qué sé, a mí me besas...

—Bah, déjalo...

—Espera —se ríe—. Solo bromeaba. Venga, cuéntame, ¿qué ha pasado?

—Ya te lo he dicho, la he besado.

—¿Y eso es un problema?

—No lo sé, y que no lo sepa sí que podría serlo.

—Vamos a ver, Regan, que no cunda el pánico —dice con una calma que no logro comprender—. La has besado, ¿y qué? ¿Has sentido cosas?

—Exacto, he notado cosas en el estómago que no debería haber notado. Ha sido un beso espontáneo, no lo tenía previsto y ahora...

—Y ahora te rayas.

Nicky suelta una risotada que le borraría con un buen polvo si la tuviese delante. Quizá sea eso lo que necesito, un encuentro con ella para desconectar un poco.

—Yo no me preocuparía, Regan.

—¿Ah, no? —pregunto descolocada.

—No. Es normal que hayas sentido cosas si no te lo esperabas. Estuviste muy enamorada de ella y esos recuerdos se quedan ahí, que tengas las mismas sensaciones que tuviste en su día, en mi opinión es normal, eso no quiere decir nada.

—¿Estás segura? —dudo, aunque reflexiono su teoría y no me parece tan mala.

Moirá era capaz de provocar huracanes en mi cuerpo cada vez que me rozaba, no es descabellado pensar que ese beso fortuito haya despertado esos recuerdos y simplemente sean eso, recuerdos.

—Claro que estoy segura. Cada vez que me acuesto con mi ex me levanto creyendo que deberíamos darnos otra oportunidad, porque mientras estamos en la cama siento cosas que solo me despierta ella, sin embargo, después desayunamos juntas y las dos nos damos cuenta de que lo único que compartimos es algo profundo que no se va a morir porque el amor se terminase. No sé si me explico.

—Un poco —digo turbada.

—¿Quieres que nos veamos? Podría pasar a recogerte esta noche cuando todos duerman. Podemos aparcar en un mirador y echar un polvo en el coche. Uff, me acabo de excitar solo de pensarlo —se ríe la muy cabrona—. Dime que sí, después te devuelvo al palacio con tu princesa, prometido.

La verdad es que suena muy tentador, y si viene por la noche nadie tiene por qué enterarse. Nicky es justo lo que necesito para calmar la ansiedad que me está entrando, eso o largarme sin más, opción que también comienzo a plantearme.

—Vale, después te lo confirmo.

—¿Si te digo que llevaré un juguete me lo confirmas ahora? —pregunta seductora.

—Joder, Nicky...

Otra llamada entrante me hace separar el móvil de la oreja para ver con asombro que se trata de Rebeca.

—Oye, te tengo que dejar. Después te llamo —digo, y le cuelgo sin darle opción a decir nada.

Pulso el icono verde y Rebeca, pletórica, me dice que vuelva de donde sea que esté, que ella y Tyler nos invitan a cenar en un coqueto restaurante de la zona.

—Es muy romántico, a ti a Moira os encantará, ya verás —explica con una emoción desbordante.

—Uff, no sé, Moira estará cansada después de...

—Ya he hablado con ella y dice que si tú quieres, por ella encantada.

—¿De verdad? —pregunto atónita.

—Por favor, Regan —suplica como una niña caprichosa.

Hora y cuarto más tarde estamos en uno de los restaurantes más selectos de la ciudad. En una terraza climatizada preparados para cenar carne a la brasa con unas especias que no sé pronunciar. Rebeca y Tyler se han vestido como si fuesen a una gala televisiva, Moira y yo vamos más informales, ella con vestido que se ajusta a cada línea de su cuerpo y yo con un traje entallado que, de pura casualidad, hace juego con su vestido.

—¿Vosotras habéis pensado casaros?

La pregunta repentina e inesperada de Rebeca hace atragantarse a Moira con su propia saliva. Yo me quedo quieta como una imbécil, observando cómo mi novia falsa se ahoga sin hacer nada al respecto hasta que al fin se recupera.

—¿Casarnos? —repite Moira con la voz rasposa.

Me mira a mí, no sé si quiere ganar tiempo o que sea yo la que responda. Desde luego esto no lo teníamos previsto cuando nos inventamos nuestra historia.

—La verdad es que no entra dentro de nuestros planes una boda. Moira y yo no creemos en el matrimonio, no os ofendáis —digo al ver la sonrisa divertida que se le ha dibujado a Tyler—. Para nosotras es solo un documento y nada más, y nos queremos lo suficiente como para no necesitarlo.

Miro a Moira buscando que ahora sea ella la que me rescate mientras pienso si lo que he dicho tiene algún sentido o solamente ha sido una estúpida frase que ha servido para esquivar la pregunta. Ella me observa pasmada y, al mismo tiempo, sonrío como lo hacía cuando éramos adolescentes.

—Regan está en lo cierto. Si estamos juntas, nosotras no necesitamos nada más.

Ahora me coge la mano y me da un afectuoso apretón que me pone muy nerviosa, sobre todo porque después no me suelta.

—Qué bonito —dice Rebeca, a la que solo le falta aplaudir nuestra magnífica actuación.

—La verdad es que nunca imaginé que vosotras dos acabaríais juntas —dice Tyler pensativo.

—¿A qué te refieres, amor? —pregunta su novia de manera inoportuna.

—Bueno, todos sabíamos que a ti te gustaba, ya sabes —dice y me señala—, pero Olivia nos explicó que Moira no estaba por la labor, y como dejasteis de hablaros de repente después del conflicto en el vestuario...

Así que Olivia sí que se fue de la lengua, al menos tuvo el detalle de hacerlo solo con la gente de su círculo más íntimo.

—¿Qué conflicto? —quiere saber Rebeca.

—Es mejor que no hablemos de eso ahora, ¿no os parece? —dice Moira con severidad.

—Claro, nena, ya te lo contaré después —le dice Tyler a Rebeca.

—Está bien, y entonces, ¿tampoco pensáis tener hijos?

—Todavía es pronto para hablar de eso —responde Moira secamente.

Tras la cena, que durante varios minutos ha sido tensa para nosotras, terminamos con Tyler y Rebeca en el cine, para ver el último estreno de una película romántica que Rebeca se moría por ver y a la que ninguna de las dos hemos sabido negarnos después de sus súplicas casi infantiles. Moira se pide un bol extragrande de palomitas y no logro ocultar mi sorpresa.

—¿Vas a comerte eso después de todo lo que hemos cenado? —pregunto impresionada ante la risa de Tyler.

—Yo sola no, es para las dos —contesta y pide también un par de botellas de agua.

—¿Quieres que compre una tonelada de chuches? —pregunto entornando los ojos.

Moira me hace una burla y saca su tarjeta para pagarlo todo. Diez minutos después estamos sentadas en una de las últimas filas, la película acaba de comenzar y Moira engulle palomitas mientras observa la pantalla con interés. Yo le robo un buen puñado y me acomodo sumergiéndome en la historia.

Un poco después y por pura casualidad, nuestras manos chocan cuando vamos a coger más palomitas y yo la aparto de inmediato como si me hubiese dado un calambre. Moira me mira y sonríe, nuestras miradas conectan de un modo extraño e intenso y yo me tensó y me muerdo los labios. Ella se pone seria, yo nerviosa, y el chasquido de los besos que se están dando los protagonistas de la película en ese momento no me ayudan. Moira se lleva una palomita a la boca de manera muy lenta, la sujeta con los dientes y ladea la cabeza hacia mí mientras sus ojos devoran mis labios y mi sexo comienza a arder de un modo sofocante y devastador. No me lo pienso, me inclino hacia ella y se la quito dejando que mis labios rocen los suyos antes de masticar la palomita y casi atragantarme con ella. Moira repite el gesto y yo vuelvo a quitarle la palomita de

los labios, solo que esta vez no la mastico, me limito a escupirla hacia un lado para inmediatamente después, dejar que sus manos me atrapen y me atraigan hacia ella para que su boca choque con la mía en un beso mucho más fogoso que el que esos dos mojigatos se están dando. La película pasa a un segundo plano y poco nos importa que a mi lado esté Rebeca entusiasmada comentando cada detalle con Tyler. Las manos de Moira recorren mi cuello y mi cara con deseo y su lengua presiona la mía en un baile ardiente al mismo tiempo que mis manos están aferradas a su ropa, retorciéndola con fuerza mientras intento comprender por qué me siento así, por qué me tiembla todo el cuerpo y me cuesta pensar tanto, pero, sobre todo, lo que necesito comprender con urgencia, es por qué siento ese cosquilleo en el centro del pecho llenándolo todo.

—Quizá deberíamos seguir esto en otra parte —susurra Moira contra mi boca.

Los labios me tiemblan casi tanto como el resto del cuerpo, me siento tan turbada que no puedo pensar de una manera clara y coherente. Apoyo la frente contra la suya y trago saliva, de repente siento pánico y miro hacia la pantalla tratando de encontrar las respuestas en alguna parte.

—Estás temblando, Regan —dice apretándome contra ella—. ¿Estás bien?

—Sí. No sé si esto es buena idea —contesto desconcertada.

—Claro, tienes razón —susurra y me deja un poco de espacio—. ¿Te parece bien que hablemos?

El blanco de sus ojos me deslumbra entre tanta oscuridad y me hipnotiza hasta que consigo calmarme un poco, y al hacerlo no es hablar lo que más me apetece.

—Vámonos —le pido imperativa.

Capítulo 16

Moir

Incluso a mí me ha sonado absurda la excusa que le he dado a Rebeca y a Tyler para abandonar el cine, pero Regan se ha levantado tan impetuosa y decidida que me ha sido imposible elaborar nada más creíble. Hemos pedido un taxi en la salida y no hemos hablado en todo el camino, tampoco nos hemos rozado ni nos hemos mirado, de hecho, el camino de vuelta ha sido un tanto incómodo. No sé qué pasa por su cabeza y desearía poder hablar con ella, pero Regan no está receptiva en ese aspecto, al menos, es la sensación que me ha dado cuando lo he intentado de camino a la habitación.

—Oye, creo que deberíamos sentarnos y hablar de algunas cosas, Regan, te noto muy alterada.

—No quiero hablar de nada —contesta, y abre la puerta de nuestra habitación con tanto ímpetu que temo que haya despertado a todos los huéspedes, incluido a Kevin.

—Vale, no quieres hablar —digo nerviosa, cerrando la puerta a mis espaldas.

Regan enciende la luz de la mesilla de noche y la habitación queda envuelta en medio de una penumbra demasiado romántica. Se gira hacia mí y me mira sin saber muy bien qué hacer. Yo siento que me sobra toda la ropa y una necesidad inaguantable de deshacerme de la suya, pero la noto tan irascible que no sé cómo debo actuar con ella, sobre todo teniendo en cuenta que no tengo derecho a nada después de lo que le hice. Me acerco despacio y ella no me quita la mirada de encima mientras me deshago del abrigo y lo lanzo sobre el sillón con poco acierto, porque se desliza y cae al suelo. Regan se hubiese reído en cualquier otra ocasión, sin embargo, permanece impasible con sus ojos clavados en mi escote y las manos apretadas contra sus piernas.

—¿Quieres que me desnude? —pregunto, y me sorprendo de mí misma por las palabras que acaban de salir de mi boca.

Regan asiente de manera muy lenta y yo noto como la humedad ardiente inunda mi entrepierna de manera sofocante. El cosquilleo en mi vientre y en la boca del estómago, los latidos acelerados de mi corazón, la garganta seca y el hormigueo recorriéndome la columna, todos signos inequívocos de que nunca dejé de estar enamorada de ella, de que todo lo que sentía por Regan ha estado siempre ahí, dormido, esperando a que ella volviera para salir a flote y dejarme claro lo que siempre he sabido y me he negado a ver; que la quiero y la he querido siempre de un modo inexplicable, y que al negarme a aceptarlo e intentar rehacer mi vida una vez tras otra, no he hecho más que equivocarme y hacerle daño a más personas y a mí misma.

Con la visión borrosa por mis propias lágrimas, decido que haré cualquier cosa que me pida hasta que consiga su perdón. Tiro del fino nudo que une las dos partes en mi espalda y dejo que el vestido caiga lentamente hasta mis pies, quedándome en tacones y ropa interior. Regan traga saliva y no se mueve, pero sus labios se separan y se los humedece, así que me lo tomo como una invitación para acercarme y la beso suavemente para dejar que sea ella la que decida el ritmo. Tengo claro que para mí esto no forma parte del pacto, dentro de estas puertas no hay ninguna necesidad de fingir que somos pareja, por lo tanto, esto no tiene que suceder y, aunque estaba dispuesta a no permitir que pasara nada así y ganarme el perdón de Regan demostrándole que soy otra persona a pesar de lo nerviosa que me pone su manera de comportarse y que siempre caigo en sus provocaciones, de repente me siento incapaz de resistirme a la atracción física que también siento por ella. Nunca hice el amor con Regan, nuestros encuentros jamás pasaron de los besos y las caricias furtivas, así que, cuando sus manos se posan sobre mi cintura desprovista de ropa y noto el tacto de su piel sobre la mía en un lugar tan cercano a mi intimidad, siento que las piernas me fallan y que los pulmones se me quedan vacíos.

Su dedo se pasea por la línea de la cinturilla de mis bragas con precaución y la visión se me nubla unos instantes antes de que su lengua entre en mi boca muy despacio. Regan juega conmigo con

timidez, no parece atreverse a ir más allá por miedo a propasarse y que la Moira adolescente que un día la rechazó de aquel modo tan poco acertado, vuelva para hacerle el mismo daño.

Subo mi mano hasta el cuello de su camisa y le desabrocho el primer botón. Regan rompe el beso y mira hacia abajo con los labios temblando de nuevo, como si la situación le causase un trauma al que no sabe cómo enfrentarse. Maldiciéndome a mí misma por todo lo que le hice, desabrocho otro botón y le doy un suave beso en los labios. Lo hago con ternura, quiero que note que la quiero aunque ahora mismo no me atreva a decírselo porque las palabras no me salen y tampoco creo que sea el momento. Regan me mira a los ojos después de ese beso y solo veo más desconcierto del que ya había antes, me parece que me he equivocado, que no estoy haciendo las cosas en el orden correcto, y me doy cuenta del error cuando ella da un paso atrás y baja la cabeza.

—Creo que es mejor que paremos. Esto no hace falta —dice con cierta brusquedad.

De repente me siento un poco violenta, ella está vestida y yo en ropa interior, no estamos en igualdad de condiciones, y me siento muy incómoda cuando sin mirarme, coge su bolso y sale de la habitación.

Capítulo 17

Regan

Salgo de la casa de invitados como si me estuviese persiguiendo una manada de hienas hambrientas y no me detengo hasta que llego a la calle, donde el aire helado se me clava como cuchillos en la piel y me congela los pulmones haciendo que me detenga a recuperar el aliento.

Veo las luces del coche de Tyler dirigirse hacia la casa principal y me hago a un lado para ocultarme entre las sombras mientras saco el móvil y llamo a Nicky, rezando para que lo coja.

—¿A estas horas te acuerdas de mí? ¿En serio? —responde cabreada al otro lado de la línea.

—Tampoco es tan tarde —digo, aunque en realidad, tampoco sé qué hora es.

—¿Qué no es tan tarde? Es más de medianoche, Regan.

Nicky sigue protestando mientras yo hago malabares para lograr abrocharme los dos botones que Moira ha desabrochado de mi camisa, me estoy helando.

—¿Podemos vernos ahora? —pregunto sin haber escuchado nada de lo que ha dicho.

—No puedo, estoy ocupada —resopla indignada.

Siento cierta decepción y me quedo en silencio mientras pienso en alguna escapatoria. De nuevo la idea de largarme de aquí para no volver cobra más peso, sin embargo, ese no es mi estilo, a mí no me gusta salir corriendo por la puerta de atrás, y si tomo esa decisión, antes hablaré con Moira y también con Rebeca y Tyler.

—¿Te da igual?

La voz de Nicky me asusta y me saca de mis cavilaciones.

—¿Qué dices?

—¿Te digo que no puedo y no te importa? ¿No vas a suplicar?

—No estoy para gilipolleces, Nicky, ¿puedes recogerme o no?

—Sí, joder —resopla malhumorada—. ¿Quieres que lleve mi juguete? ¿O tampoco tienes humor para eso?

—Tráelo —le pido furiosa tras reparar en el ardor que tengo entre las piernas gracias a Moira—. Y no tardes, hace frío.

—Pues da saltos, guapa.

Cuelgo la llamada sin decir nada más y camino a paso rápido hacia la salida de la finca, eso me hará entrar en calor. Salgo con sigilo y sigo caminando calle abajo para que Nicky no tenga que llegar a la misma puerta y la graben las cámaras de seguridad. Doy con ella al cabo de quince minutos, cuando ya comenzaba a pensar que me había dejado tirada.

—¿Te llevo a alguna parte? —pregunta burlona tras bajar la ventanilla.

Rodeo el coche sin contestarle y me subo agradeciendo la calefacción, no sé en qué momento ha comenzado a hacer tanto frío, o quizá se deba a que al lado de Moira no lo notaba tanto.

—¿Estás bien? —pregunta Nicky dedicándome una mirada de preocupación.

—No lo sé, conduce.

—¿A dónde exactamente?

—A ese mirador del que hablabas antes.

—¿Sabes de alguno por aquí? No conozco esto —dice, y yo cabeceo y apoyo el codo en la puerta.

Nicky se ríe y da media vuelta en mitad de la calle. Dice que no conoce la zona, pero a mí parece que tiene muy claro hacia dónde vamos y unos veinte minutos después y tras haber subido por una zona montañosa, se desvía hacia la derecha y aparca el coche en un aparcamiento con sitio para no más de tres coches que ofrece vistas de toda la ciudad.

—¡Ostras! —exclamo alucinada por las vistas.

—¿A qué es una pasada?

—Ya lo creo, no tenía ni idea de que este lugar existía.

—Yo acabé aquí una vez de pura casualidad y desde entonces vengo siempre que puedo. Aquí nadie se me resiste —sonríe fanfarrona y me entra la risa—. Espero que tú no seas la primera.

—La verdad es que no tengo intención de serlo.

Estoy demasiado excitada y acumulo mucha tensión por todo lo de Moira como para no dejar que Nicky me ayude con eso. O me calmo o acabaré en urgencias con uno de esos infartos prematuros, y no quiero ser una de esas mujeres jóvenes que engorden esa lista de estadísticas de enfermedades poco probables.

—Genial, porque llevo tu regalo puesto.

Nicky se acaricia la entrepierna y las cejas se me arquean sin que pueda contener la sorpresa.

—¿Llevas un arnés puesto? —pregunto impresionada.

—Ponérmelo aquí iba a ser un poco raro, ¿no crees?

Su risa me contagia y la sigo con la mirada cuando salta al asiento trasero y palmea a su lado para invitarme a pasar. Siento un nudo extraño en la boca del estómago, un cosquilleo de inquietud que me avisa de que ella no es la mujer con la que realmente deseo estar. Ser tan consciente de ello me irrita de un modo delirante y me sobrecoge, porque me hace darme cuenta de que todo esto ha sido un puto error. Jamás debí ir a aquella cena, puede que en su día hubiese superado lo de Moira y haya sido capaz de enamorarme otras veces y ser feliz sin ella, pero mis sentimientos por ella siempre han estado ahí, y verla de nuevo ha hecho que poco a poco hayan ido floreciendo hasta que ese beso inesperado en la cocina lo hizo estallar todo. Y ahora vuelvo a estar como cuando era una cría, con el corazón desbocado cuando la veo, muerta de ganas de besarla, de que me mire, de que me sonría, de rozarla cuando nadie nos mira o de conseguir un minuto a solas con ella, en definitiva, sigo enamorada de Moira como hace trece años, y eso es un problema porque no pienso permitir que vuelva a joderme.

—¿Vienes o no? —pregunta Nicky descolocada.

—Sí —afirmo y salto a su lado.

Dejo que Nicky tome el control absoluto de la situación cuando me hace sentarme de espaldas a ella y me desabrocha el pantalón, bajándomelo hasta los tobillos junto a la ropa interior. Cierro los ojos y no es algo que suceda sin que yo lo controle, es que lo hago a propósito y eso no sé si es incluso peor, pero imagino que son las manos de Moira las que me recorren, los labios de Moira los que me chupan, las piernas de Moira sobre las que me siento dándole la

espalda, los dedos de Moira los que separan mis labios y juegan en mi entrada impidiéndome respirar y también los que apuntan el falo que me penetra hasta el fondo llenándome por completo. Apoyo la espalda sobre el pecho de Nicky imaginando que es el de Moira y dejo que me penetre una y otra vez mientras me agarro donde puedo y gimo con la respiración entrecortada, pensando en el cuerpo desnudo de Moira, en las ganas que tenía de arrancarle la poca ropa que le quedaba puesta y sentirla por primera vez, esa primera vez que no tuvimos porque ella nos lo robó todo a ambas.

Cuando termino de correrme estoy como ida sobre el cuerpo de Nicky, me cuesta pensar y no logro centrarme en nada, ni siquiera en ella cuando me dice que me dé la vuelta y me pregunta qué me pasa.

—No lo sé —cabeceo aturdida.

Nicky me sujeta la cara con ambas manos y me mira fijamente con una sonrisa burlona que me hace fruncir el ceño.

—Yo me hago una idea y creo que es bastante acertada, Regan, igual sí que tienes un problema con Moira. Lo que no entiendo es por qué estás follando conmigo y no con ella.

La miro y los labios me tiemblan otra vez, yo tampoco lo sé, pero me sabe mal decírselo.

—Te llevo a villa pija, ¿de acuerdo?

Asiento como una imbécil, y ella se ríe y pone los ojos en blanco.

Capítulo 18

Moir

No sé exactamente a qué hora llegó Regan a la habitación, pero sí sé que se metió directamente en la ducha y eso me enfureció de un modo que no me dejó dormir el resto de la noche. Cuando me suena el despertador y veo que solo se gira hacia el otro lado y se reacomoda para seguir durmiendo, mi nivel de enfado se dobla y me entran ganas de dar un tirón del edredón y destaparla para que se despierte de golpe. Me da mucho coraje que sea yo la única que tiene que trabajar y que ella cobre lo mismo por no hacer nada. Durante el desayuno con Kevin no hago más que mirar hacia el pasillo esperando verla aparecer en algún momento, pero eso no sucede y nos marchamos hacia la cocina.

—Lo que hiciese no es asunto tuyo —suelta Kevin con parsimonia mientras saca la siguiente tarta del horno y el exquisito aroma lo embriaga todo.

No sé para qué le cuento nada.

—¿Cómo que no es asunto mío? Se supone que somos pareja, ¿no? —expongo en voz baja.

—Tú lo has dicho, se supone, pero no lo sois, por lo tanto, no te debe ninguna explicación.

—Vamos a ver, Kevin —digo irritada—. ¿Tú has escuchado algo de lo que te he dicho? Ya viste lo que pasó aquí en la cocina, y ya te he dicho lo del cine y que estuvimos a punto de..., bueno, ya sabes —digo sintiendo quemazón entre las piernas.

—Eso no quiere decir nada, Moira. Aunque hubieseis acabado en la cama no sería más que eso, un polvo de una noche. Si quieres algo con Regan vas a tener que ser mucho más explícita con ella, y también trabajártelo un poco más. Dices que parecía tener miedo de

hacer algo contigo y desde luego no me extraña después de cómo la trataste en el pasado, yo no me hubiese ni acercado.

Reflexiono sus palabras cruzada de brazos, incapaz de comprender por qué me cuesta tanto admitir ante ella que me equivoqué. Debería cogerla a solas, llevarla a alguno de los muchos lugares bonitos que tiene esta finca y disculparme, aprovechar la magia de este sitio para que me perdone. En su lugar, estoy dejando escapar los días sin hacer otra cosa que discutir con ella y comportarme como una imbécil porque me irrita todas esas veces que parece que las cosas no le afectan. Anoche, cuando parecía tan vulnerable, tuve la ocasión de tomar las riendas y no lo hice porque estaba tan caliente que no podía pensar. La realidad es que soy gilipollas, y ahora estoy tan cabreada porque me dejara allí desnuda para ir a follarse a otra, que sé que, en cuanto la vea, por mucho que desee lo contrario, voy a meter la pata de nuevo.

—Ayúdame, Kevin, no sé cómo hacerlo con ella.

—No es tan difícil, Moira, debes empezar por disculparte por lo que hiciste. El primer paso es ese, lo demás ya se irá viendo, pero si no eres capaz de hacer eso, no tiene sentido pensar en otra cosa. Puede que Regan crea que no necesita esa disculpa porque superó aquello en su día, pero estoy seguro de que agradecerá la disculpa aunque llegue tarde.

—¿Qué quieres decir con que llegue tarde?

—Quiero decir que has de ser realista. No esperes que porque tú sigas enamorada de ella, ella también lo siga de ti.

—Eres un amigo de mierda —rezongo cruzándome de brazos.

—Soy un amigo previsor. Han pasado trece años, la gente cambia mucho en ese tiempo, Moira. La Regan que tú conocías entonces no es la misma que la de ahora, y tú tampoco, por suerte —añade burlón.

—Rectifico, eres un amigo de mierda y un capullo —digo dando un puñetazo en su enorme brazo.

Kevin se mira como si una mosca se hubiera posado sobre él y se ríe justo en el momento que la puerta se abre y entra Regan caminando despacio con las manos en los bolsillos.

—Hola, tío —saluda a Kevin con un movimiento de cabeza.

A mí me hace una mueca que no sé interpretar y me quedo quieta mientras mi amigo le sonríe.

—Oh, qué bien que hayas venido —dice Kevin al verla—, prueba estos canapés, son mi último invento.

Le ofrece una bandeja y Regan los observa hasta que escoge uno relleno de atún. Le da un suave mordisco y coloca la mano bajo su boca cuando un trozo se le cae. Yo la miro embobada, deseando pasar el pulgar por su labio inferior para limpiarle el trocito de masa que se le ha quedado pegado mientras mastica. Ella se lo lame al terminar y afirma mirando a mi compañero con aprobación.

—Está muy bueno, en serio —dice con expresión sincera.

—Lo sabía —sonríe satisfecho—, ahora prueba estos, son de la jefa.

Kevin le ofrece la segunda bandeja. Regan me mira antes de escoger uno y llevárselo a la boca y yo no consigo evitar la punzada de ansiedad. Resulta que su opinión me importa mucho más de lo que me gustaría. De repente se golpea el pecho con el puño como si no pudiese tragar y tose mientras señala la botella de agua que hay sobre una de las mesas. Apurada, corro a cogerla y se la llevo quitando el tapón por el camino cuando la muy imbécil comienza a reírse y Kevin se descojona a su lado. Me quedo boquiabierta ante ambos. Estoy a punto de que me salte el corazón de la boca por el susto y a ellos no parece importarles.

—Claro, muy agradecidos. La próxima vez espero que te ahogues de verdad —digo y me doy la vuelta decidida a abandonar la cocina.

—Eh, jefa, no te enfades —me persigue Kevin—. Era una broma.

—Pues a mí no me ha hecho gracia —me giro furiosa.

Regan me mira con perplejidad parapetada detrás del cuerpo del gigante de mi ayudante, pero no se disculpa y eso me irrita más de lo que estoy. La visita de Rebeca y Tyler para probar la segunda de las tartas los salva de una buena bronca y me hace forzar una sonrisa falsa. Regan, con su aire informal y su sonrisa pícaro que está muy lejos de la Regan asustada y huidiza de anoche, se sienta de un salto sobre una de las mesas y acepta el trozo que Kevin le ofrece tras cortar la tarta y repartir una porción para todos.

Sé que debería fijarme en la cara de Rebeca y Tyler, que es su opinión la que debería importarme, pero de nuevo, es la de Regan la única que acapara mi atención. Es su gesto de deleite el que me interesa, el movimiento de sus labios el que me trastorna, y el movimiento de su lengua al limpiarlos el que me excita.

—Me gusta más que la de ayer —dice Rebeca antes de dar otro mordisco—. Es más suave, ¿verdad, amor? —pregunta a Tyler.

Él asiente, aunque estoy convencida de que también lo haría aunque estuviese masticando un trozo de mierda, solo le interesa contentarla.

—¿Tú qué opinas, Regan? —le pregunta Rebeca después de limpiarse.

Ella es menos fina, y acaba de coger un trozo con los dedos y se lo ha metido en la boca. Kevin se ríe, yo me aguanto las ganas y Regan se limita a alzar el pulgar para aprobar la opinión de Rebeca, que sonrío y me felicita.

—Mañana haré una parecida, pero añadiré una capa de chocolate. Creo que te gustará.

—De acuerdo —aplaude ella—. ¿Qué os parece si lo celebramos con un partido de tenis entre los cuatro?

Miro a Regan, y como ya me temía, vuelve a estar en ese modo pasota de siempre, así que encoge los hombros dejando la pelota en mi tejado.

—Claro —digo ante la sonrisa maquiavélica de Kevin.

Capítulo 19

Regan

Creo que no había vuelto a jugar al tenis desde la época del instituto, nunca ha sido uno de esos deportes que me entusiasmen en exceso a pesar de que ver partidos importantes en la tele de vez en cuando es algo que me gusta y me entretiene.

Moirá no deja de lanzarme miradas asesinas y de resoplar, provocando que cada vez me sienta más incómoda. No sé cómo comportarme con ella después de lo de anoche, me siento muy perdida y ante eso solo me queda actuar según el plan inicial fastidiándola todo lo que pueda, porque si quiere algo, se lo va a tener que trabajar mucho, no le va a bastar con desnudarse y dejarme sin aliento, eso le hubiese servido si no nos conociésemos de antes ni me hubiese roto el corazón en el pasado. Y todo esto es suponiendo que quiera algo, porque como tampoco habla, no sé qué es lo que pretende y si lo de ayer fue fruto de un calentón, de la nostalgia o de que realmente ella también siente cosas. Pensarlo me enfada, porque no soporto la incertidumbre, pero tampoco voy a preguntarle.

—¿Listas? —pregunta Tyler desde el otro lado de la pista mientras él y Rebeca dan pequeños saltos para calentar.

Miro a Moira, que observa la raqueta con cierto repelús, y entonces recuerdo lo poco que le gustaba la clase de educación física.

—Por supuesto —grito sin dejar de mirarla.

Moirá es la que saca y el partido comienza muy suave, si es que se le puede llamar partido, porque se convierte más un peloteo de un lado de la pista a otro que nos sirve para calentar. Ella parece preferir que la bola caiga siempre en mi lado y, cuando cae en el

medio, deja que sea yo la que corra hacia la bola sin ni siquiera moverse.

—Podrías ir a por alguna —reniego devolviendo una pelota casi sin aliento.

—Lo hago por ti, que parece que te sobra energía, ¿verdad? —escupe con maldad, y capto su doble intención de inmediato.

—¿Lo dices por algo en especial?

La pelota vuelve y esta vez cae en su lado, Moira la golpea con una brutalidad que hace que vaya directamente fuera de la pista.

—No lo sé, dímelo tú.

Se gira hacia mí y me mira furiosa, y debo reconocer que me gusta mucho notar que son los celos los que hablan por ella.

—Yo no tengo nada que decir.

La pelota vuelve y cae en el medio, la devuelvo hacia el lado de Rebeca y ella hacia el mío. Peloteamos un par de veces hasta que le cae a Tyler y este la pierde, eso le da unos segundos a Moira para lanzarme otro de sus dardos.

—Claro, supongo que se lo dijiste a otra, ¿no es así?

La miro y la sonrisa se me escapa, no esperaba que fuese tan directa, la pelota llega, esta vez a mi lado, y no tengo tiempo de reaccionar y se me escapa. Tyler alza las cejas incómodo por la interrupción constante del juego, pero no dice nada. Me saco una pelota del bolsillo y hago un nuevo saque, la devuelve Rebeca y cae en el lado de Moira, que vuelve a golpearla con violencia provocando que ellos también aumenten la fuerza con la que golpean.

—¿Desde cuándo te tengo que dar explicaciones, Moira? —pregunto mientras corro.

Ahora soy yo la que golpea con fuerza, me está cabreando.

—Supongo que desde nunca.

Casi no tiene aliento, ahora corre a buscar todas las bolas, lo que sea para quemar energía.

—Pues eso —respondo con soberbia.

—¡Estaba medio desnuda, joder! —grita y se detiene en seco.

Me giro hacia ella y la miro sorprendida por lo mucho que parece haberle afectado. Observo su respiración agitada y su cara de indignación cuando escucho un grito de Rebeca y acto seguido la

pelota impacta en la cara de Moira con una violencia que la hace sacudirse y caer al suelo como un fardo.

—¡Mierda! —grito y corro hacia ella.

Moira está tumbada de lado apretándose la cara con las dos manos mientras se muerde los labios y gimotea para aguantar el dolor.

—Déjame ver —le pido apartando sus manos.

Rebeca y Tyler llegan en ese momento, él disculpándose por el pelotazo, y ella con una sangre fría que me sorprende cuando le vacía media botella de agua en la cara para limpiarle la tierra y le pide al asistente que obviamente tienen que le traiga una bolsa de hielo de la nevera.

—Se me va a hinchar —solloza Moira con el pómulos como un tomate.

—Qué va —digo haciendo una mueca, la verdad es que no tiene buena pinta.

—Esto es culpa tuya —me acusa cuando Tyler la ayuda a sentarse.

Nuestros anfitriones se miran uno al otro con incomodidad y agradecen que el asistente llegue con el hielo para cortar el momento de tensión entre nosotras.

—Póntelo aquí —le dice Rebeca aplastándoselo en la cara—. Con esto evitaremos la inflamación, no te preocupes.

—¿Por qué es culpa mía? —pregunto sentada frente a ella mientras me abrazo las piernas.

—Mejor os dejamos para que habléis de vuestras cosas —dice Tyler—. Estaremos en la pista de pádel si necesitáis algo, está ahí al lado.

Ambos se marchan sin que les prestemos mucha atención y Moira me clava su mirada asesina.

—Me dejaste medio desnuda en la habitación para ir a follarte a otra, ¿sabes cómo me sentí?

La verdad es que no sé qué decirle, en ese momento estaba tan confusa por todo lo que estaba sintiendo que me bloqueé y salí corriendo. Después llamé a Nicky, y esto tampoco sé por qué lo hice.

—Tú me dejaste hace años —suelto sin tenerlo previsto, como si mi yo de hace trece años me hubiese poseído de repente y hubiese tomado el control sobre el de ahora—. ¿Crees que voy a permitir que me pase lo mismo? No soy tu puto juguete, Moira. No voy a dejar que me utilices cuando tienes un calentón o cuando tengas ganas de pasar un buen rato para que después me des una patada o me humilles como hiciste aquella vez.

De repente siento una ansiedad insoportable oprimirme el pecho y no consigo controlar nada de lo que pienso, por lo que lo vomito todo, incluso lo que no quería que supiera.

—Verte ha despertado cosas —digo poniéndome en pie y caminando frente a ella de un lado a otro—, no solo las malas, también las buenas. Se están despertando sentimientos que en su día conseguí que se durmieran —admito y casi me ahogo al decirlo.

Me quedo callada unos segundos mientras ella me observa desde el suelo con la boca abierta y la bolsa de hielo pegada a su cara enrojecida. Me aprieto el puente de la nariz y parpadeo un par de veces tratando de aclararme. Me da rabia haber confesado todo lo que he dicho, pero al menos he sido sincera con ella y conmigo misma, la realidad es esa, y no voy a permitir que vuelva a joderme.

—La verdad es que mi única intención al venir aquí era la de fastidiarte, la de recordarte lo que un día tuvimos, lo que te perdiste por ser una auténtica zorra y una gilipollas egoísta y cobarde. Pero me está saliendo mal, Moira —sonríó agotada—, en tres días ya se ha dado la vuelta a la tortilla y todo me está explotando en la cara. Fue una idea de mierda, como todas las que suelo tener —admito cabreada conmigo misma—, lo mejor es que busquemos alguna excusa y yo me marche. Dejaré preparada una mezcla de canciones para que suenen en cada momento de la boda, cualquiera podrá ponerla.

Moira se levanta de sopetón y se tambalea levemente unos segundos al hacerlo. Me asusto y me acerco a ella temiendo que vaya a caerse de nuevo, pero hace un gesto con la mano y me detiene.

—Estoy bien.

Se quita la bolsa de hielo de la cara y la deja caer en el suelo, después se sacude la tierra de la ropa y se rehace la coleta para recuperar un poco la dignidad que piensa que ha perdido, la verdad es que, incluso hecha un asco, está guapa.

—No te vas a marchar, Regan —dice como si aquí las órdenes las diese ella.

—¿Ah, no? —respondo algo molesta y con cierto aire de provocación.

—No —dice, y alza las manos en son de paz.

De repente suaviza el tono, consciente de lo imperativa que ha sonado, y se acerca despacio hasta situarse a menos de un metro de mí.

—No se me ocurre una manera digna de pedirte perdón por lo que hice aquel día en el vestuario, Regan. Podría decirte que me dominó el miedo, que la aparición de Olivia y de su amiga me bloqueó y mil cosas más, pero nada de eso lo justifica. Debí anteponer todo lo que sentía por ti a todo eso y no lo hice, y nada de lo que te diga es suficiente para conseguir tu perdón —dice, y estoy tan impresionada que la boca se me abre y no consigo cerrarla.

Moira parece dudar sobre si acercarse un poco más o no. Ahora parece que todo ha cambiado entre nosotras y, aunque de cara a los demás somos pareja y eso le otorga derecho a besarme, sabe que ahora ha pasado algo que ha levantado una barrera que la obliga a pedir permiso.

—Yo también siento esas cosas, Regan. No he dejado de sentir las nunca —admite y los ojos se le encharcan cuando la voz se le quiebra—. He tratado de engañarme a mí misma pensando que eras solo algo del pasado, que podía sustituirte y que te acabaría olvidando. Salí con otras personas, siempre hombres —cabecea indignada con ella misma—, empeñada en que tú solo eras un capricho pasajero. Fui una ilusa, Regan, lo he sido toda mi vida. Hasta me casé con un hombre, Jackson, al que me empeñé en amar y le robé tres años de su vida por mi maldito egoísmo, hasta que me di cuenta de que por mucho que lo negase, tú estabas ahí y no te ibas a marchar. No voy a seguir mintiendo más, Regan, ni a los

demás ni a mí misma. Te quiero, y te voy a demostrar que no soy esa persona de mierda que recuerdas —asegura, y para entonces las lágrimas brillan en su cara con más fuerza que el sol.

Yo sigo paralizada sin poder articular palabra. Lo último que esperaba era que admitiese todo lo que ha dicho, pero, sobre todo que nunca haya dejado de quererme. Se acerca y me acaricia la mejilla con la mano temblorosa, mi cuerpo vuelve a tensarse como anoche y de nuevo me bloqueo sin saber cómo debo reaccionar. Son demasiadas cosas, mucha información que asimilar y, sobre todo, querer creer algo de alguien de quien no me fío porque ya me traicionó una vez.

—¿Cómo sé yo que no volverás a hacerlo? —pregunto tragando saliva.

Ella sonríe con tristeza y ladea la cabeza.

—Eso es lo que voy a tener que demostrarte, Regan, solo te pido que me dejes intentarlo.

Capítulo 20

Moirá

Dicen que no hay nada que una buena ducha no pueda arreglar, y lo cierto es que cuando salgo, la cara apenas me duele. El hielo ha logrado contener la inflamación como decía Rebeca, aunque contra el hematoma del color de una berenjena que se está formando sobre mi pómulo no se ha podido hacer nada.

—No tiene tan mala pinta —dice Regan, que me observa situada al lado de la ventana cuando salgo.

Parece que no se atreve a acercarse a mí desde que hemos hablado en la pista de tenis. Tampoco me deja sola, imagino que teme que el golpe me provoque un mareo y me desplome de manera repentina. Debería decirle que me encuentro perfectamente, pero la idea de que esté preocupada por mí, me gusta.

—Va a ser imposible disimularlo —admito situada frente al enorme espejo de pie que hay en una esquina de la habitación.

Me paso dos dedos por encima con cuidado y hago una mueca de dolor, menudo golpe me ha dado.

—¿Por qué piensas que me follé a otra? —pregunta de sopetón, y me giro de forma brusca sin poder evitar que esa quemazón me suba por el pecho.

—Porque no soy estúpida, Regan, nadie se da una ducha a las tres de la mañana en pleno invierno si no viene de echar un polvo —ladro cada vez más irritada.

Odio que haya sacado a relucir el tema, estaba intentando dejarlo ahí, oculto debajo de una manta, aunque quizá sea mejor así. Está claro que las cosas que no se hablan en su momento se quedan ahí, enquistándose y creciendo poco a poco hasta que son tan grandes que revientan cuando ya nadie las recuerda.

—Quizá yo sí —dice aturdida.

En serio que no la entiendo. Parece más perdida que un pez fuera del agua.

—¿Quizá tú sí? ¿En serio, Regan?

—No.

—¿No, qué? —pregunto exasperada.

—No sé, Moira —responde levantando la voz.

—¿Te follaste a otra o no, Regan? —la increpo acercándome demasiado.

—Sí —reconoce mirándome a la cara.

Su respuesta me deja inmóvil y sin palabras. Duele. Duele y molesta como si me hubiese tragado un clavo que ahora baila por mi cuerpo y me rasga allí por donde pasa. Desvío la vista hacia la ventana y suspiro tratando de recobrar la calma y también la compostura, recordando lo que me ha dicho Kevin esta mañana. No tengo ningún derecho a estar cabreada, Regan y yo no somos nada, y, por lo tanto, no me debe ninguna explicación.

—¿Ahora vas a cambiar de opinión? —pregunta, y la miro sin saber a qué se refiere.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que has dicho antes, en la pista, tú y yo...

Regan vuelve a estar asustada, tiene miedo de mí, de lo que siente ella y de lo que yo puedo hacerle, y eso también me duele, me duele incluso más que saber que fue otra la que disfrutó de ella anoche.

—No —aclaro muy segura, y me acerco otra vez a ella hasta que me planto justo delante—. Esto no cambia nada. Me duele, me... —me muerdo los labios y cabeceo en un gesto rabioso que no logro contener—, me jode mucho y no te haces una idea de lo celosa que estoy ahora mismo de esa chica, pero esto no cambia nada de lo que te he dicho antes, Regan. Voy a demostrarte que he cambiado y que soy digna de merecer el cariño que un día tuve de ti.

—Vale —asiente titubeante, y me acerco mostrando una seguridad que me sorprende y le sujeto la cara con las manos.

—Sé que estás acojonada y que no te fías de mí.

—Ni un poco —admite, y aunque me duele me contagio de su sonrisa nerviosa.

—Lo entiendo, yo tampoco lo haría.

Le acaricio la oreja con el dedo y ella se estremece y se pone rígida como un junco haciéndome reír. Me resulta muy chocante verla así de frágil después de estar acostumbrada a ver a esa mujer pasota y tan segura de sí misma que se pasea por la villa como si nada le importase. Ahora hay algo que le importa; yo. Y voy a demostrarle que merece la pena. Le doy un beso en la mejilla que prolongo más de lo que sería habitual, ella se queda quieta y noto como se le acelera la respiración y también el pulso, porque sus latidos golpean contra las yemas de mis dedos. Regan me mira y, de repente, recupera esa seguridad con la que lleva días actuando, ladea la cabeza y sus labios y los míos vuelven a encajar como un tornillo con su tuerca. Mi lengua entra en su boca y siento que me electrocuto cuando ella responde colocando la mano en mi nuca para mantenerme pegada a ella, hasta que alguien llama a la puerta y yo suspiro de desesperación.

—No resoples, tampoco íbamos a acostarnos ahora —dice y se dirige hacia la puerta mientras yo la observo y pongo las manos en la cintura.

—¿Ah, no?

No es que esperase que sucediese, pero que lo dé por hecho con esa determinación debo reconocer que me ofende un poco.

—No.

Regan abre la puerta y al otro lado aparece Kevin, observándome con los ojos como platos.

—Así que es cierto —dice al mismo tiempo que las cejas se le arquean.

—Supongo que ya lo sabe media villa —bufo resignada.

—La villa entera en realidad —se ríe él, y Regan también, claro.

No sé si me conviene que los dos se lleven tan bien, aunque reconozco que me encanta.

—¿Necesitas algo, jefa? ¿Hielo? ¿Maquillaje? ¿Una careta?

Regan estalla en una carcajada y yo camino hacia la puerta y se la cierro a Kevin en las narices.

—¿Cómo se llama? —le pregunto a Regan, que me observa como si estuviese loca.

—¿Quién?

La ceja se le arquea al preguntar, y eso sumado a que todavía se está riendo, le da un aire juvenil que me recuerda a la chiquilla de la que me enamoré.

—La chica de anoche.

—¿Por qué quieres saberlo? —pregunta adoptando una actitud más seria.

—Porque te quiero, ya te lo he dicho, y si ella es un obstáculo quiero saberlo.

Regan titubea un segundo, pero después sonríe de un modo que no me gusta. Tengo la sensación de que disfruta viéndome celosa.

—Se llama Nicky —dice dispuesta a abandonar la habitación.

—¿Estáis juntas?

Bloqueo la puerta con la mano, Regan no va a salir de aquí hasta que yo sepa todo lo que tengo que saber.

—No.

—¿Te has acostado más veces con ella?

—¿Qué más te da, Moira? Tú no estabas —dice y entorna los ojos.

Sí, está claro que le encanta que esté celosa.

—Eso es que sí. ¿Te gusta?

—Somos amigas, Moira, ahora déjame salir —dice y se le escapa la risa.

Me turba tanto su sonrisa que permito que retire mi mano y abra la puerta, sin embargo, en cuanto pone un pie fuera de la habitación, la agarro de la sudadera y tiro de ella hacia dentro pegando su espalda a la pared con una brusquedad que parece gustarle y excitarla.

—No vas a volver a acostarte con ella —la advierto muy cerca de sus labios.

—¿Por qué iba a hacerte caso? Tú y yo no somos nada —me provoca, y le meto la lengua en la boca en un beso fogoso y ardiente que hace que los muslos me ardan hacia arriba.

—Porque te lo estoy pidiendo yo —susurro acariciándole el cuello con los dedos de un modo lento y descendiente, deteniéndome en el centro de su pecho.

—No es suficiente.

Pongo una mano a cada lado de su cabeza y meto mi pierna entre las suyas apretando con la suficiente fuerza como para que ella suelte un gemido de excitación que no puede contener.

—Claro que lo es. Aquí eres mi novia y te vas a comportar como tal, y para cuando nos marchemos de este sitio, te aseguro que también lo vas a ser fuera, así que dile a Nicky que se vaya buscando a otra para calentar su cama, porque la tuya solo la voy a calentar yo.

La dejo ahí y trato de salir todo lo firme que puedo a pesar de que las piernas me tiemblan y estoy tan excitada que no sé ni hacia dónde me dirijo.

Capítulo 21

Moira

Pasar los días con Regan de repente se está convirtiendo en una tortura. Yo me esfuerzo por conquistarla, por demostrarle que me gusta, que voy en serio y que de verdad la quiero y estoy espantosamente arrepentida de lo que hice, pero ella parece dispuesta a ponérmelo difícil. Se comporta como siempre, me busca, me conquista con una de sus sonrisas, me da cuatro besos hasta que me tiene rendida a sus pies y después me deja con un calentón insoportable. Las noches se han convertido en un suplicio. Saber que la tengo justo ahí al lado y que no puedo tocarla es como llevar días sin comer y que te pongan un filete delante al que no puedes llegar porque estás atada de pies y manos. Eso es Regan para mí, un manjar inalcanzable, algo prohibido. Un castigo que me merezco.

—¿Cuánto tiempo crees que va a seguir torturándome? —le pregunto a Kevin en la cocina.

Miro hacia la puerta con cautela, porque para Regan se ha convertido en una costumbre venir a probar todas mis tartas. También viene a fingir que no le gustan o a meterse conmigo, aunque reconozco que también son momentos que me gustan mucho, es auténtica, me gusta verla cuando es ella misma y no finge que está conmigo por un pacto absurdo. Me gusta su risa, y también ver la complicidad que tiene con Kevin, alguien importante en mi vida, el único que conoce todos mis defectos y me quiere igualmente.

—Tiene derecho a hacerlo el tiempo que quiera —dice secándose las manos.

—¿Del lado de quién estás? —pregunto irritada.

—Del lado de la justicia, Moira, no actuaste bien, le rompiste el corazón a una adolescente, eso no se hace —me reprocha como un

padre.

—¿Y qué hay de mí? ¿Acaso crees que no lo pasé mal?

—Claro que lo pasaste mal, pero la culpa fue tuya.

Es como hablar con una pared. No busco que me aplauda, solo que me ayude y que me dé esperanzas, a veces tengo la sensación de que Regan solo juega conmigo y que cuando esto acabe, desaparecerá y no volveré a verla salvo que vaya a una de esas fiestas en las que suele trabajar.

—Me gustaría preparar algo bonito para las dos —pienso en voz alta, lo digo para mí, pero parece que es lo único que llama la atención del grandullón.

—Ahora te escucho, jefa.

—¿Qué quieres decir? —pregunto interesada.

—¿Crees que vas a ganarte a Regan diciéndole lo mucho que te arrepientes y dedicándote a sonreírle? Las cosas hay que demostrarlas. Necesitáis pasar tiempo a solas.

—No me hables de pasar tiempo a solas, que después sale corriendo y acaba en los brazos de otra —rezongo notando la bola de celos dominarme de nuevo.

—No me refiero a ese tipo de tiempo. Por cierto, ¿has visto al nuevo camarero del servicio?

Lo miro descolocada y él carraspea.

—No te desvíes del objetivo, Kevin, primero Regan, después nos encargamos de tu camarero.

—Me parece justo. Lo que digo es que la invites a cenar en algún sitio flipante de los que hay por aquí, a solas, tú y ella, seguro que si se lo pides a Rebeca os organiza lo que queráis, yo puedo haceros de camarero —se ofrece con la mejor de sus sonrisas.

Regan entra justo en ese momento, esta vez lo hace en compañía de los anfitriones. De nuevo camina con las manos metidas en los bolsillos, solo que no aparta su mirada de mí y yo siento que no me salen las palabras cuando Rebeca comienza a preguntarme.

—Hola...

Regan me saluda con un sonoro beso en los labios que termina de distraerme, hasta tal punto de que es Kevin el que responde

todas las preguntas de Rebeca y Tyler. Reparte un trozo de tarta para todos y como era de esperar, Regan la coge con los dedos y se lleva una porción a la boca manchándose como una cría. Esta vez no me reprimo y de manera completamente natural, le paso el pulgar por la comisura de los labios y le limpio los restos de nata.

—Eres un desastre —sonrío y le beso la mejilla.

—Ya, pero me quieres —dice, y le sale de dentro, porque sigue comiendo sin mirarme y yo vuelvo a besarla.

—No sabes hasta qué punto.

—Estoy esperando a qué me lo demuestres.

Esta vez sí que me mira, y yo frunzo el ceño cabreada porque Kevin tiene más capacidad que yo para entender lo que necesita Regan.

—Vale, no hagas planes para esta tarde —le susurro apartándola hacia un lado.

Regan me sigue mientras mastica los últimos trozos de la tarta.

—No iba a decir nada, pero joder, esta está deliciosa —admite chupándose los dedos.

—¿Ah, sí? Yo esperaba que después de atragantarte o darte golpes en el pecho, hoy fingieras una alergia o te desmayases.

Me cruzo de brazos fingiendo estar enfadada y ella se ríe y se sonroja.

—He decidido ser benevolente, por ti y por el pomelo —dice y me acaricia con suavidad el moratón que decora mi cara.

—Vaya, muchas gracias.

—De nada. En fin, ¿debo ponerme guapa para esta tarde? —pregunta arqueando una ceja con cierto aire socarrón.

—No, tú solo vístete como te sientas más cómoda.

—De acuerdo —responde con cierta intriga.

La verdad es que todavía no tengo ni idea de lo que pienso hacer, pero sin duda quiero algo informal donde las dos nos sintamos a gusto.

—Esta —dice Rebeca aplaudiendo feliz—. Queremos esta tarta para nuestra boda.

—¿En serio?

La pregunta la ha hecho Kevin, porque eso significa que si ya la han elegido, mañana tendremos el día libre. Pasado tendremos que trabajar como locos para hacer tartas para trescientos comensales y al día siguiente podremos marcharnos a casa. Eso me deja un sabor agri dulce, porque significa que mi tiempo al lado de Regan se acaba, y si no logro convencerla de lo que siento estando las veinticuatro horas con ella, difícilmente lo lograré cuando nos marchemos.

Capítulo 22

Moira

—¿A dónde vamos? —pregunta Regan con cara de intriga.

—No quieras saberlo todo, Jensen.

La verdad es que si alguien actuase como yo ahora mismo, también me sentiría muy intrigada. Prácticamente la he secuestrado de la habitación, la he sacado a rastras a la calle y la he hecho correr por los caminos iluminados por farolas hasta las escaleras que llevan a la playa. Hemos bajado los peldaños casi de dos en dos, como si nos persiguiese un animal salvaje que lleva una semana sin comer. Yo he fingido que no tenía permiso para hacer lo que sea que estoy haciendo, y ella, lejos de amedrentarse o decirme que estoy loca, me ha seguido el juego entre risas hasta que hemos llegado a la playa.

—Espero que no estés tan trastornada como para que se te haya ocurrido que nos demos un baño desnudas en la playa en pleno mes de diciembre, porque si así es como piensas conquistarme, lo estás haciendo fatal, Evans —dice frotándose los brazos.

—Tranquila, todavía no se me ha ido la cabeza de ese modo. Ven.

La cojo de la mano y tiro de ella caminando hacia el embarcadero mientras recuperamos el aliento por una carrera que, en realidad, no necesitábamos, pero eso Regan no lo sabe y parece que este momento de acción y aventura la está divirtiendo. Yo me voy girando hacia atrás de vez en cuando como si quisiera asegurarme de que nadie nos sigue, y ella me mira a mí y también mira en todas direcciones con un gesto nervioso que me encanta.

—¿Has matado a alguien y quieres que te ayude a deshacerte del cuerpo? —pregunta haciendo una mueca.

—¿Harías eso por mí? —respondo provocándola.

—Me gustas, Moira, pero no como para acabar en la cárcel por ti, yo sería más bien de las que iría a visitarte, no sé si me entiendes —

dice burlona, y sigue caminando sin que yo me aguante la risa.

Llegamos al embarcadero y caminamos por la pasarela de madera hasta el final. En ella hay una pequeña embarcación de recreo motorizada y uno de los trabajadores de la villa haciendo ver que limpia algo.

—Disculpe, ¿podría llevarnos a mi amiga y a mí hasta aquel barco? Solo queremos verlo por dentro, le prometo que será un rato —digo, y le ofrezco unos billetes ante la mirada atónita de Regan, que me coge del brazo y me aparta hacia atrás.

—¿Qué se supone que haces?

—Quiero ir al yate —digo señalando hacia el mar, donde lleva fondeado toda la semana.

—¿Y sobornas a un trabajador? ¿Por qué no le preguntas a Tyler o Rebeca? Seguro que no les importa.

—Porque lo he decidido ahora, Regan. Venga, será un momento, no vamos a romper nada. Creía que te iban las aventuras —digo provocándola.

Ella entorna los ojos y me fulmina con la mirada, pero después asiente y mira hacia la villa intentando ver si alguien nos puede ver a nosotras.

—Bueno, ¿qué me dice? —le digo al hombre extendiéndole de nuevo los billetes.

—Suban —dice quitándomelos de la mano como un auténtico mercenario.

Nos sentamos en la parte trasera y el tipo arranca la pequeña embarcación. Regan cabecea y se muere de la risa cuando escucha el estruendo del motor.

—Cuando pregunten les diré que ha sido idea tuya, que te has vuelto loca y yo solo te he seguido para asegurarme de que lo siguiente que se te ocurría hacer no era saltar por la borda del yate.

—Vale, cobarde, yo asumiré la culpa —contesto entre risas y le cojo la mano.

Hace un frío impresionante, por suerte, apenas tardamos unos pocos minutos en llegar al yate. El trabajador ata un cabo a la escalera y acerca la embarcación para que podamos subir.

—Las espero aquí —dice, y se sienta y saca el móvil para entretenerse.

—¿Sabes que esto se puede considerar allanamiento de propiedad?

—Nadie lo sabrá si tú no te vas de la lengua —digo encendiendo la linterna de mi móvil para movernos por la cubierta—, y como saques la lengua me la como, Regan.

—La verdad es que no te pareces en nada a la Moira asustadiza que recuerdo —dice, y me giro hacia ella para observar su expresión.

Regan me mira como si fuese un caramelo. Uno de los que le gusta, sin duda.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Bueno —afirma contundente.

—Bien, porque ya te he dicho que he cambiado.

Regan sonrío con agrado y mira hacia la villa con gesto divertido.

—Te has convertido en una mala influencia —dice frotándose los brazos.

—Las apariencias engañan, Regan. Vamos dentro antes de que nos congelemos.

Pasamos por la parte cubierta y accedemos por la puerta que previamente Rebeca se ha asegurado de que dejasen abierta. Palpo a tientas la pared hasta que doy con el interruptor y enciendo la luz que ilumina un amplio pasillo con ventanas a la izquierda y puertas a la derecha.

—Si enciendes la luz nos verán desde la villa, pensarán que les están robando el yate y avisarán a las autoridades portuarias. Ya me veo pasando la noche en comisaría por tu culpa —dice en voz baja como si alguien pudiese escucharnos—. ¿Sabes lo fríos que son los catres ahí? Son de cemento puro, con una manta asquerosa que huele a meado.

—El mar no se ve desde la villa, hay que bajar a la playa. ¿De verdad crees que con el frío que hace alguien va a bajar a dar un paseo por la orilla? Relájate, Regan.

—No sé qué me da más miedo, sí que nos pillen o lo poco que te importa que lo hagan.

Me giro hacia ella y la pego a mi cuerpo de manera posesiva. Su sonrisa me indica que le gusta, así que la aprieto más y le doy un beso suave antes de reanudar el paso.

—¿Cuándo has estado tú en un calabozo? Lo has descrito muy bien —pregunto para que se relaje un poco.

—Una vez participé en el rodaje de un videoclip en uno, no preguntes —me pide cuando la miro con las cejas alzadas—. Fue un favor para un amigo.

—Sin preguntas.

Atravesamos el pasillo y llegamos a unas escaleras que se pierden hacia abajo.

—Joder con el barco, es más grande que mi casa —dice Regan sorprendida.

Yo llevo rato pensando lo mismo, aquí podrían vivir perfectamente dos familias sin molestarse. Las escaleras giran hacia la derecha y cuando llegamos al rellano, Regan me detiene en seco.

—Creo que hay alguien —susurra muy pegada a mi cuerpo.

La sensación me gusta y le aprieto la mano con fuerza. En la sala a la que vamos a acceder hay una luz muy tenue que tintinea entre las sombras. Yo sé lo que es y, aun así, no puedo evitar que el corazón se me acelere.

—Tranquila, seguro que es la luz de algún acuario.

Regan no parece muy convencida con mi respuesta, pero mi seguridad la hace seguirme por los escalones que faltan hasta que llegamos a la sala, donde al fondo, se encuentra Kevin vestido con un traje blanco situado al lado de una mesa para dos, presidida por una única vela central.

La mandíbula de Regan se descuelga y Kevin, sin abrir la boca, saca una botella de cava de la cubitera, la descorcha, y sirve dos copas que deja sobre la mesa.

—Joder, Moira —dice Regan aturdida—, casi haces que me cague encima pensando que nos iban a pillar —dice todavía desconcertada.

—¿Te gusta?

No soy capaz de preguntarle nada más, lo único que me interesa ahora mismo es saber si he acertado, porque sorprenderla está claro que es algo que he logrado.

—Sí, claro que me gusta.

Me mira todavía algo confusa pero sin perder su sonrisa, y deja que la arrastre hasta la mesa, donde Kevin, que tiene un carro al lado con nuestra cena, levanta las tapas y comienza a servir el pollo en salsa en los platos.

—Que lo disfruten, señoritas —dice con un gesto galán cuando termina de servirlo todo.

Después se retira escaleras arriba como hemos acordado y me deja a solas con Regan.

—¿Cuándo has organizado todo esto? —pregunta todavía impresionada.

—Esta tarde, la verdad es que he tenido que correr mucho, y Rebeca y Tyler se han portado muy bien.

—¿Y el numerito de sobornar al trabajador? —pregunta al mismo tiempo que me lanza su servilleta.

—Quería darle un poco de emoción, no quería que fuese la típica cena, merecías algo más, Regan.

Me clava sus ojos azules y por un momento me quedo paralizada.

—Pues has logrado sorprenderme, y esto está... Joder, está muy bueno, si encima me dices que lo has cocinado tú, ya me tienes en el bolsillo.

—Lo siento, no me ha dado tiempo para tanto, pero tomo nota, la próxima vez te haré uno de mis platos favoritos, con eso caerás en mis redes y ya no podrás escaparte.

—Me has engañado como a una tonta. He corrido como si huyese de la escena de un crimen, he presenciado como sobornabas a un tipo y hasta he llegado a tragarme que aquí abajo había un puto acuario —dice riendo—. ¿Has pensado en ser guionista de cine si alguna vez te empiezan a salir malas esas tartas deliciosas que haces?

—Así que reconoces que están todas buenas. Te estás volviendo blanda, Regan.

Se encoge de hombros y sigue comiendo.

—¿Crees que falta un poco de música? Según Kevin debería haberla puesto, pero me gusta el sonido del mar y...

—Está todo perfecto, Moira. La cena, el sitio, la poca iluminación y tú.

Capítulo 23

Regan

Me levanto y rodeo la mesa muy despacio hasta llegar al lado de Moira, ella me mira aturdida y deja la servilleta sobre la mesa sin saber muy bien qué hacer. Yo también estoy muy nerviosa y ni siquiera sé de dónde he sacado la determinación para levantarme y venir hasta aquí, pero le pido que retire un poco su silla y termino sentándome en su regazo mientras ella me acoge y me rodea la cintura con un brazo.

—Voy a admitir que no soy muy romántica, Moira —digo mirando a nuestro alrededor—, pero desde luego, esto es una de las cosas más bonitas que alguien ha hecho por mí. Me encanta.

—¿No es la más bonita? —pregunta con una divertida mueca de fastidio.

—Mmm, no, pero está entre las tres mejores. ¿Te vale eso?

—Bueno, colarme en un puesto tan alto nada más empezar, creo que no está nada mal, aunque ten clara una cosa, Regan, algún día conseguiré ese primer puesto, y no pienso tardar mucho —asegura con vehemencia.

—Muy bien, cuando eso suceda, te aseguro que serás la primera en saberlo.

Le doy un beso suave y tímido en los labios y ella acepta con solemnidad que no lo profundice.

—Necesito algo más que una cena, Moira —digo mirándola a los ojos.

—Ya lo sé, Regan —contesta y me hace una caricia en la cara mientras me sonrío con sinceridad—. No he hecho esto esperando que después nos acostemos si es lo que piensas. Solo quiero pasar tiempo contigo, que comiences a verme a mí y no a aquella niñata indecisa que conociste en el instituto. Necesito que apartes a aquella

Moira de tu mente y dejes que sea la de ahora la que entre en tu vida.

—Es difícil, tienes la misma cara, la misma voz —digo y le acaricio ese moratón que tiene en la cara con el dorso de la mano—, la misma mirada, los mismos labios...

Le paso un dedo sobre ellos y Moira me lo besa con suavidad.

—Y las mismas tetas, no te han crecido mucho —bromeo y ella me golpea en la nalga.

—Capulla —se ríe.

—No necesito olvidar a la Moira de antes, eres la misma persona, solo que con una versión mejorada de ti misma. Yo también he madurado y he cambiado en muchos aspectos.

—¿Cómo cuáles? Yo te veo exactamente igual, incluso más descarada que antes en ocasiones.

—Eso es solo fachada, en realidad, sigo siendo bastante tímida, pero si no le echo cara a todo no me como nada con las mujeres y...

Vuelvo a llevarme un cachete en la nalga y Moira entorna los ojos.

—Sigo celosa, ¿sabes? —admite muy seria—. Desde que te vi en la cena fue como si algo se me hubiese activado por dentro. Algo que no podía controlar y que me costaba ver y manejar. Todo ese montón de sentimientos desbordados por mi cuerpo y yo sin terminar de comprender lo que me pasaba hasta que nos besamos aquella mañana en la cocina. Fue como encender la luz en medio de la oscuridad, Regan. Siempre he sabido que una parte de mi corazón te lo habías quedado tú, pero no había sido consciente de que seguía activa. Eras como un volcán inactivo cuyas ascuas comenzaron a encenderse en cuanto te vi. Y aquella noche, cuando volviste y te metiste en la ducha fue como si me hubiese tragado un montón de cristales rotos. Ahí fue cuando comprendí hasta qué punto estoy enamorada de ti.

—No me acosté con ella para hacerte daño, Moira —la interrumpo sobrecogida por su relato.

—Ya lo sé, Regan. No es un reproche —dice y me acaricia—, de hecho, en parte doy gracias de que hubiese sucedido, porque como

te he dicho, me abrió los ojos y me hizo ver que eres demasiado importante para mí como para que no luche hasta el final.

No sé cómo sentirme, y tampoco cómo debo actuar. Quiero a Moira, y la deseo tanto que me está resultando casi insoportable controlarme, sin embargo, todavía no me fío de ella. Después de lo que me hizo no tengo suficiente con una cena o con que me declare su amor de una forma tan sincera, me falta algo más, y cómo no sé qué es, no puedo entregarme con todo. Ella me mira, apoya la espalda en la silla, deja caer la cabeza hacia atrás mientras sus brazos me sujetan por la cintura y me sonrío. Me siento bien y sé que estoy donde debo estar, aunque me falta ese algo que no me deja lanzarme a la piscina.

—No me parece justo estar así —digo y me muerdo los labios.

—¿A qué te refieres?

—A nosotras, Moira. Necesito otra cosa para convencerme de que esta vez sí que vas en serio, algo que no puedo conseguir en una cena, en un paseo o terminando contigo en la cama.

—Es algo volátil —me interrumpe de forma brusca—, algo que te ha de llegar aquí —añade clavando el dedo en el centro de mi pecho.

—Sí, es algo así —confirmo interrogativa.

—Sé a qué te refieres, Regan. Yo también lo siento así, y no quiero que pienses que pretendo conquistarte con una cena y un ramo de flores. Sé que necesito algo mucho más importante que eso, y me parece que acabo de iluminarme y sé cómo hacerlo —afirma sin apartar su mirada de la mía mientras sus manos me acarician la cintura con ternura.

—¿De verdad?

No es una pregunta socarrona ni con segundas intenciones, hablo completamente en serio. Necesito ese algo y lo necesito con urgencia. Siento que cada día que paso sin ello, es uno más que corro el riesgo de que todo sea como la otra vez y Moira desaparezca.

—De verdad. Mañana tengo el día libre y quiero que lo pases conmigo.

—¿No tienes que preparar nada? La boda es pasado mañana... —digo algo confusa.

—Mi jornada de trabajo y la de Kevin comenzará mañana a las doce de la noche.

—¿Vais a trabajar por la noche? —pregunto sorprendida, y coloco mis brazos alrededor de su cuello con las manos entrelazadas.

La complicidad entre nosotras sigue ahí y es incontestable, solo necesito ese algo que ella dice que tiene y que ahora me intriga.

—Toda la noche para ser exactos. Lo primero que haremos serán los bizcochos, mientras se enfrían prepararemos los rellenos y todos los adornos, y a primera hora de la mañana cuando todo esté listo, comenzaremos con el montaje de las tartas. Nadie de esa boda se habrá comido una tarta recién hecha tan exquisita como las que van a probar ese día, eso te lo aseguro.

—¿Y cuándo duermes?

—Me iré a descansar cuando las tenga todas listas. Una vez estén hechas, nuestro trabajo habrá terminado y será el personal de cocina el que se encargue de servirlos.

—¿Me vas a dejar sola con toda esa gente? —pregunto aterrorizada.

—Solo unas pocas horas, después volveré y te rescataré para que empieces el año conmigo y no con ellos. Podemos marcharnos a mi casa o a la tuya, o al sitio que tú elijas, no tenemos por qué estar solas si no quieres.

—¿Y por qué no iba a querer? Según tú, ya has encontrado el modo de demostrarme que has cambiado —protesto como una niña y ella sonríe y el labio se le tuerce de un modo muy sensual que me provoca un ardor sofocante en todo el cuerpo.

—Tienes razón, entonces a un hotel, está más cerca —dice sonriente.

—Está bien —acepto con una mueca de impaciencia y ella pasa el dedo por mis labios antes de besarme.

—Esto sí que podemos hacerlo, ¿verdad? —pregunta seductora, y sus manos se enredan en mi pelo cuando asiento y mi lengua entra en su boca.

Capítulo 24

Moirá

Llevo rato observando a Regan dormir. Envidio la profundidad con la que lo hace y lo poco que tarda en quedarse como un tronco en cuanto cierra los ojos. A mí hay noches que me cuesta mucho y esta ha sido una de ellas. Solo tuvimos un rato más de intimidad para nosotras en el barco, al cabo de unos minutos comenzó a moverse cada vez más y enseguida bajó Kevin para decir que teníamos que volver antes de que llegase la tormenta.

Cuando salimos no llovía todavía, pero hacía mucho aire y una inquietante tormenta eléctrica se acercaba desde la oscuridad del océano. El viaje en la pequeña embarcación motorizada no fue tan agradable como a la ida y el estómago se me revolvió un poco. A Regan no le afectó, de hecho, le pareció toda una aventura y se pasó todo el trayecto sujetando mi mano mientras ella y Kevin discutían la distancia a la que se encontraba la tormenta. Después llegamos aquí, nos tumbamos juntas y Regan me estuvo acariciando el pelo hasta que me relajé y se me pasó el mareo. Ella se quedó dormida y yo me quedé pensando en esa cena, en ese momento íntimo que habíamos compartido en el barco y en lo bien que me había sentido.

Regan se remueve y cuando me quiero dar cuenta se ha girado hacia mí y tiene los ojos abiertos.

—¿Me espías?

—Qué va, solo estás en medio de mi trayectoria visual.

—Ya —sonríe e inmediatamente después bosteza y se estira como una gata.

—Se acabó lo de dormir por hoy —anuncio, después le doy un suave beso en los labios y salgo de la cama con mi pijama de cuadros.

Ella dice que es horrible, pero sé que en el fondo le gusta, igual que mis tartas.

—¿Tienes preparado todo lo que necesitas para poner la música en la boda? —pregunto desde el interior del baño.

—Sí, ayer a primera hora estuve comprobando todo el equipo, y hace un par de días me reuní con Rebeca para que me dijera las canciones que deben sonar en momentos concretos del evento. Lo demás me lo organizo a mi manera.

—¿Entonces estás libre todo el día?

—Mmm sí, me gustaría volver a pasar por el salón del evento para echar un último vistazo al equipo. No quiero sorpresas de última hora, como que alguien de la limpieza haya desenchufado un cable sin querer y cosas así, serán diez minutos, después soy toda tuya.

—Claro. ¿Te parece si nos encontramos en la entrada cuando acabes? Yo iré a ver si está Kevin mientras tanto.

—Perfecto.

—Pensaba que te habrías ido a pasar el día fuera —digo cuando Kevin me abre la puerta de su habitación.

Se nota que también acaba de levantarse, todavía va en pijama y parece que se disponía a ducharse.

—¿Y perderme un día en la gran villa? Ni hablar, voy a dedicarme a explorar todo esto —dice haciendo girar su enorme dedo en el aire mientras yo cierro la puerta—. ¿Qué te trae por aquí, jefa? Todos los pedidos están listos, ayer comprobé el inventario dos veces como a ti te gusta. Las máquinas están preparadas y uno de los ayudantes de cocina trabajará esta noche para ayudarnos.

—No he venido por eso, estoy segura de que lo has dejado todo listo como me gusta, por eso eres la persona en la que más confío. He venido para darte las gracias por hacernos de camarero ayer, estabas muy guapo, por cierto.

—Pues claro que lo estaba —sonríe, pero no logra esconder un cierto aire de timidez.

—También he venido a traerte esto.

Sacudo una servilleta en el aire y Kevin la observa con el ceño fruncido.

—¿Qué es eso? ¿Tengo algo en la comisura de los labios? —pregunta asqueado y se frota mientras yo me río.

—No, tonto. Esto es el teléfono del nuevo camarero del que me hablaste ayer.

Sus ojos se abren de forma exagerada y me arrebató la servilleta de las manos con gesto incrédulo.

—Josh —lee en voz alta y me mira esperando una explicación.

—Me lo encontré cuando fui a hablar con Rebeca, le hablé de ti y le pregunté si le importaba darme su número —aclaro y me encojo de hombros.

—¿Así de fácil? —pregunta sin salir de su asombro.

—A veces las cosas son más fáciles de lo que creemos, Kevin, somos nosotros quienes las complicamos de manera absurda. Disfruta tu día, nos vemos esta noche.

Dejo a Kevin en su habitación y llego a la entrada al mismo tiempo que Regan. Debería estar prohibido que hiciese tanto frío. Me encanta el invierno y también la época navideña, y si las temperaturas fuesen solo un poco más agradables, estoy segura de que me apetecerían más cosas además de acurrucarme junto a la chimenea.

—Ven —digo tras comprobar la hora en el reloj.

Regan me sigue al interior de la casa principal y me detiene cuando estamos al pie de la escalera.

—¿A dónde vamos? —susurra mirando en todas direcciones, como si nouviésemos permiso para estar aquí.

—A hacer algo que debí haber hecho hace tiempo.

Ella pone cara de circunstancias y yo la cojo de la mano y subimos por la escalera para acceder a la primera planta. Después trato de recordar las instrucciones que me dio Tyler y tras equivocarme de puerta un par de veces, por fin damos con una sala enorme donde hay un billar, una mesa grande y rectangular, una estantería con juegos y otra con licores además de tres sofás frente a una chimenea donde se encuentran sentados Rebeca y Tyler disfrutando de un tentempié.

—¿Me explicas qué hacemos aquí? —susurra Regan entre dientes al mismo tiempo que nuestros anfitriones se levantan para saludarnos y nos invitan a tomar asiento frente a ellos.

—¿Qué tal anoche? —se interesa Rebeca—. ¿Disfrutasteis de la cena?

—Muchísimo —contesto agradecida.

Les explico por encima los detalles del pequeño teatro que monté para llevar allí a Regan y por último les hablo del mal tiempo de última hora.

—Normalmente, esas tormentas no suelen llegar a tierra, pero son muy incómodas en el mar —explica Rebeca.

Tras su aportación, se genera un silencio entre los cuatro y noto la incomodidad e incertidumbre de Regan que me mira de reojo mientras se frota las manos sobre las rodillas.

—Veréis —comienzo a decir algo nerviosa.

Me pongo en pie y primero miro a Regan y le guiño un ojo con complicidad para después dirigirme únicamente a Tyler y Rebeca.

—Os he pedido reunirnos porque quería explicaros algo.

Los dos me miran intrigados y asienten sin articular palabra, como si al hacerlo pudiesen interrumpir este momento y correr el riesgo de quedarse sin la noticia. Yo observo a Regan y su cara de no comprender nada, sin embargo, tampoco abre la boca y me mira con expectación y un punto de miedo.

—Regan y yo, en realidad no somos pareja —confieso nerviosa.

Ambos me observan perplejos, aunque no menos que Regan, a quién se le acaban de alzar las cejas. Rebeca la mira esperando que ella desmienta lo que acabo de decirle, pero su gesto de confusión le confirma que no estoy bromeando.

—El día de la cena nos encontramos en la puerta. Yo estaba muy nerviosa, me daba mucho apuro ser la única de toda nuestra promoción que no tenía pareja. Para mí en ese momento era como ser la fracasada del grupo, siempre me han importado mucho las apariencias, tanto que no me han permitido disfrutar de la vida durante mucho tiempo —admito mientras los tres me miran sin parpadear.

Ellos están sorprendidos por conocer esa faceta de mí, Regan porque la esté admitiendo ante Tyler en concreto, el que más me conoce y que con toda probabilidad se lo contará al resto de nuestros compañeros de clase. Así que a partir de ese momento, me dirijo solo a él porque es justo lo que busco, que todos lo sepan.

—Regan se ofreció para fingir ser mi pareja a pesar de lo mal que acabamos ambas en el instituto, pero no únicamente acepté porque prefería inventar una mentira que reconocer que mi vida amorosa era un desastre, también lo hice por otro motivo.

Rebeca tose y la miro un instante, pero inmediatamente después, vuelvo a centrarme en Tyler.

—El otro día mencionaste el incidente del vestuario, Tyler. No fue un incidente, Olivia y su amiga nos pillaron besándonos, pero no fue Regan la que me acosó como yo os hice creer a todos. Fui yo la que la besé a ella —aclaró suspirando, y a Tyler se le descuelga la mandíbula—. Llevábamos varias semanas liadas, para ser exactas, desde el día que jugamos a la botella. Me enamoré de Regan hasta el tuétano, pero me ponía tan nerviosa la idea de que nos señalasen con el dedo o hablasen de nosotras por ser dos chicas, que la obligué a mantenerlo en secreto, y cuando Olivia nos descubrió, mentí y la humillé porque no podía soportar que nadie hablase de aquello.

Las lágrimas ya me están resbalando por el rostro desde que he hablado del momento del vestuario, pero no me las limpio, no quiero esconderme nunca más. Aquello me dolió y todavía me duele, y quiero que todos sepan lo avergonzada que me siento por mi comportamiento.

—Me equivoqué, antepuse la opinión de los demás a lo que yo sentía, y lo peor de todo es que fui una maldita egoísta porque no tuve en cuenta lo que sentía Regan —admito y la miro fijamente.

Regan está pálida, de nuevo arrebujaada sobre sí misma, con las manos en los bolsillos mientras me observa casi sin respirar.

—Cuando vi a Regan en aquella cena todo se me removió por dentro. Los sentimientos que yo creía que tenía controlados y encerrados bajo llave para siempre comenzaron a brotar de un modo

imparable, tanto, que no me ha quedado más remedio que admitirme a mí misma que la quiero y estoy loca por ella.

Rebeca abre la boca emocionada y mira a Regan, aunque esta sigue conmocionada y boquea como un pez incapaz de decir nada.

—Regan ya sabe todo esto, solo os he reunido aquí porque quiero que lo sepáis todos. Merecéis saber la verdad, pero, sobre todo, ella merece que yo cuente esa verdad. Fui mala persona y le hice daño a la única mujer que he querido en mi vida, espero conseguir su perdón, y también el vuestro por haber sido tan falsa.

—¿Y por qué seguir fingiendo aquí? —pregunta Tyler desconcertado—. Quiero decir, no había necesidad, podías habernos contado que no erais pareja y Rebeca os habría contratado a ambas igualmente —dice aturdido.

—Supongo que en el fondo las dos lo deseábamos —interviene Regan por primera vez—, tener una excusa para volver a besarnos.

Se deja caer hacia atrás en el sofá con gesto derrotado, pero sé que agradece lo que acabo de hacer.

—Y entonces, ¿estáis juntas ahora? —pregunta Rebeca que todavía trata de ordenar en su cabeza toda la información.

—Eso es lo que intento. Os he contado esto porque quiero demostrarle que ahora sí que estoy lista, que no me importa lo que los demás piensen y que estoy dispuesta a gritarlo a los cuatro vientos. Haré lo que haga falta, Regan —añado dirigiéndome solo a ella.

—¿Y tú qué sientes, Regan? —se interesa Rebeca.

Es evidente que las dos se cayeron bien desde el primer día y que si Rebeca se ha de poner del lado de alguien, sin duda lo hará del de ella.

—Yo quiero que sea verdad que está lista, y lo que ha hecho ahora es muy importante para mí.

—Deberíais casaros como nosotros —opina Tyler de repente y las tres lo miramos horrorizadas—. Hablo en serio. Yo entiendo a Moira, también me pasé toda mi adolescencia comportándome como un capullo porque creía que eso era lo que se esperaba de mí. El capitán del equipo, el ligón del instituto, el gracioso de la clase y el que saca malas notas y lo suple todo con las buenas del deporte. A

mí me encantaba estudiar, podía sacar notas mucho mejores — reconoce ante nuestra cara de sorpresa—. En fin, yo tuve la suerte de conocer a Rebeca y poder comenzar a ser yo mismo, ahí me di cuenta del tiempo que había perdido intentando contentar a los demás. Moira también perdió el suyo, pero por fin ha abierto los ojos, hacéis buena pareja, Regan, no dejes que toda aquella mierda que os jodió en el pasado os joda también el futuro.

Cuando termina de hablar hay un silencio tranquilo en la sala. Regan está absorta mirando hacia la ventana, yo mirándola a ella, y Rebeca alucinada porque esas palabras hayan salido de la boca de su futuro marido.

—Es lo más bonito que has dicho nunca —dice ella compungida.

Lo cierto es que sí, ha sido un discurso auténtico y, aunque no me alegro de que Tyler pasase por lo mismo que yo, sí que lo hago de que alguien me entienda.

—En fin, gracias por dedicarme este tiempo para escuchar mi discurso —les digo a ambos con sinceridad—. ¿Nos vamos, Regan?

Le tiendo la mano y ella la acepta y se levanta.

—Esperad, no nos habéis dicho si ahora estáis juntas o no — protesta Rebeca desde el sofá.

—Estamos en ello —sonríe Regan, y yo siento que las piernas me flaquean.

Capítulo 25

Moira

Avanzamos por los pasillos de la villa en absoluto silencio. Yo no dejo de observar a Regan de soslayo, su actitud, a veces tan abierta y otras tan introvertida, me desconcierta mucho. Tengo el corazón desbocado y al mismo tiempo siento un sudor frío recorriéndome la espalda. Necesito que me diga algo, que deje de guardar silencio, que me eche a patadas de su vida o que me deje entrar de una vez.

Abro la puerta y el aire casi gélido nos golpea en la cara, eso parece espabilarla porque se estremece y sacude todo el cuerpo como si hubiese venido un enjambre de abejas.

—Dime algo, Regan —exijo girándome de repente.

Mi cuerpo le bloquea el paso y ella me mira de arriba abajo con una expresión tan seria que el corazón deja de latirme de manera repentina, asustada por si ha decidido que no puede perdonarme.

—No esperaba que admitieras eso delante de Tyler —dice turbada.

—¿Te ha molestado? —pregunto más turbada que ella.

—No, ¿cómo va a molestarme, Moira? Es solo eso, que me ha sorprendido tanto que todavía lo estoy procesando. Me hubiera gustado que lo hicieras en su momento, pero más vale tarde que nunca.

—Me ha costado mucha terapia conmigo misma llegar hasta aquí, Regan. Ya lo he dicho, he estado viviendo una mentira tras otra por miedo a admitir algo que en el fondo he sabido siempre.

—Lo sé, no pretendo que sigas repitiendo lo mismo, te creo —dice y se acerca.

Su presencia hace que el aire se caliente a mi alrededor y dejo de sentir frío para notar ese hormigueo por todo el cuerpo y esa sensación de caída al vacío que solo puede provocarte la persona de la que estás enamorada. Cuela sus manos por mi cuello, las tiene

heladas y, sin embargo, a mí me calma el tacto frío de sus dedos cuando resbalan hasta la base de mi nuca y sus labios se acercan a los míos hasta rozarlos con suavidad.

—¿Esto qué significa? —pregunto cuando se aparta.

El corazón me baila por el cuerpo y mis pulmones parece que no quieren trabajar. Miro a Regan con la boca abierta, tratando de aparentar que no estoy al borde del colapso. Cada vez que pienso en todo el tiempo que he perdido con ella siento que se me remueven las entrañas.

—Significa que tienes una oportunidad. Lo de hace un momento ha sido un gran paso, Moira, y reconozco que no esperaba que hicieses algo así. No quiero quitarle mérito a tus esfuerzos, pero esto era algo fácil, Tyler y Rebeca no forman parte de tu vida ni de la mía, cuando nos marchemos de aquí, es probable que no volvamos a verlos y...

—No he terminado —la interrumpo antes de que siga.

—¿No has terminado de qué? —pregunta con una mueca de incertidumbre.

—Te dije que reservases el día entero para mí, esto solo es la primera parte.

—Ah... —dice, y la ceja derecha se le arquea.

—Vamos.

La guío hasta la furgoneta de reparto, no es el vehículo ideal para un recorrido de este tipo, pero es lo que tengo y no quiero que ella tenga que coger su coche.

—¿A dónde vamos? —pregunta Regan con cierto aire de intriga adolescente—. No pretenderás liarme otra vez y fingir que nos persigue alguien antes de llevarme a cenar...

—No —me río—. Te prometo que no haré cosas raras, pero sí que te llevo a comer.

—¿Y no me vas a decir a dónde?

—Pues no, y deja de preguntar —zanjo y ella entorna los ojos al mirarme.

—Muy bien, ¿y hay algo que sí pueda preguntar?

—Lo que quieras, soy un libro abierto para ti.

—Si te pregunto por tu exmarido, ¿también?

Le dedico una mirada rápida, desde luego era lo último que esperaba que le interesase sobre mi vida, pero comprendo de inmediato que para ella puede ser una de las partes más importantes, entender en qué momento me atreví a dar el paso para tener claro que la decisión de cambiar de vida no se ha desatado solo al reencontrarme con ella.

—Lo conocí en un concurso de cocina. Enseguida se fijó en mí, era simpático, atento y detallista, y reconozco que me cautivó y que llegó a gustarme mucho.

—¿Te enamoraste de él?

—Eso era algo sobre lo que yo trataba de convencerme a diario. Estaba cómoda a su lado y el sexo no era malo del todo. Jackson encajaba en ese maldito prototipo de vida ideal que yo había estado diseñando desde los diez años y me empeñé en creer que podía ser feliz, que cuando estuviésemos casados todo cambiaría y encontraría esa chispa que destella en todas las familias felices que nos venden en las películas. Tendríamos una casa grande, al poco tiempo yo me quedaría embarazada y cuando naciese nuestro primer hijo estallarían esos fuegos artificiales que yo no encontraba en ningún sitio.

—¿Y qué pasó? —pregunta sumergida en mi historia mientras yo trato de no distraerme de la carretera.

—Que nos casamos, y después del primer año viviendo juntos comprendí que no iba a suceder nada de lo que yo había planeado. Me di cuenta de que quería ser madre, pero ni quería serlo tan pronto ni quería serlo con él.

—¿Se lo dijiste a él?

—Sí, claro, aunque tardé lo mío, no te creas. Necesité semanas para entender por qué no era capaz de ser feliz teniendo lo que todas desean, mejor dicho, aquello que nos hacen creer que deberíamos desear, hasta que me di cuenta de que había una cosa que siempre había deseado por encima de todo y que jamás iba a tener; a ti.

Regan me observa expectante y yo tomo el desvío que nos lleva a dónde quiero.

—Le pedí el divorcio y me encerré en mí misma durante semanas. A todo el mundo le conté que simplemente me había desenamorado, el único que sabía la verdad era Kevin, y si no hubiera sido por él, me habría hundido.

—¿Te planteaste buscarme alguna vez?

—Muchas, pero sentía que no tenía derecho a hacerlo y decidí que, ya que te había perdido, al menos viviría mi vida conforme a lo que sentía, sin que me importasen las apariencias ni los modelos preestablecidos que nos venden en televisión.

—¿Has estado con alguien?

—¿Una mujer?

La miro ladeando la cabeza un instante y ella me sonríe y hace botar el hombro.

—No, no he estado con ninguna. Decidí tomarme mi tiempo para serenarme, entenderme a mí misma y aceptar quién soy de una vez. Fue un proceso complicado, no te lo voy a negar, pero cuando por fin lo hice me sentí muy bien, y entonces llegó esa invitación para la cena de antiguos alumnos. Kevin decía que era una señal, yo lo que sentía era pánico, sobre todo pánico porque no aparecieses, cosa que hubiera comprendido después de lo que te hice.

—No iba a ir —reconoce—. Sentía que no se me había perdido nada allí.

—¿Y por qué lo hiciste?

—¿Te digo la verdad? —se ríe y el corazón se me acelera.

—Claro.

—Me animó Nicky.

—Ah.

Regan comienza a reírse y al final yo también lo hago, pero sin poder evitar sentir una pequeña punzada de celos otra vez.

—Al final tendré que darle las gracias a esa Nicky —admito entre dientes.

—Pues sí —sonríe de nuevo—. Ella me animó a ir, pero el único motivo que yo tenía para hacerlo eras tú. Si fui era porque en el fondo quería saber cómo estabas, qué había sido de tu vida. Nunca pude olvidarte, así que...

—Me encargaré de que siga siendo así —afirmo con determinación—. Ya hemos llegado —digo haciendo el último giro antes de llegar a la dirección y aparcar.

—Esta era tu casa —dice sorprendida.

—Técnicamente es la de mis padres, pero sí, aquí es donde vivía, tú me acompañaste hasta aquella esquina. ¿Te acuerdas?

—La segunda vez que nos besamos aquella noche —dice con la mirada perdida en el horizonte.

—Así es, aunque el beso auténtico es el que nos dimos aquí.

—Para mí ya lo fue el primero, hacía mucho tiempo que me gustabas.

—Para mí el que nos dimos jugando fue el que me hizo adicta a ti. No esperaba que me llegase a gustar tanto ni me hiciese sentir todo lo que sentí. Me creaste una necesidad, Regan, una necesidad de ti que me va a durar toda la vida.

Me bajo del coche sonriendo por su cara de póker y ella me sigue hasta la entrada, donde no espero ni un segundo y pulso el timbre.

—Espera, ¿está tu madre en casa?

—Claro, aquí es donde vamos a comer.

La puerta se abre sin que Regan pueda interrogarme más. Mi hermana aparece al otro lado y me da un abrazo rápido, porque su mayor interés está en mi acompañante.

—Te recuerdo —dice mi hermana tendiéndole la mano.

Regan se la estrecha un poco cohibida y pasamos al interior.

—Llegáis tarde, hace una hora que me muero de hambre —protesta mi hermana señalando la mesa puesta del salón.

Mi madre sale del baño en ese momento y viene a saludarnos.

—Ella es Regan, mamá, no sé si la recuerdas.

—La hija de los Jensen, claro que me acuerdo. ¿Cómo están tus padres?

—Bien, gracias —responde Regan turbada.

—Me alegro, sentaos, que ya está todo listo.

Mi hermana acompaña a mi madre a la cocina y Regan aprovecha el momento a solas para interrogarme.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Saben que veníamos?

—Claro, no iba a presentarme a comer sin avisar. La llamé ayer y le dije que vendría acompañada de una amiga. Porque eso es lo que somos, ¿no?

—¿Qué?

Mi pregunta la descoloca y su gesto de desconcierto me parece de lo más tierno.

—Relájate, no te van a comer a ti.

—Por supuesto, antes me comerías tú, ¿verdad? —bromea más relajada.

—Verdad.

Durante la comida mi madre somete a Regan a una especie de tercer grado sobre su familia y ella misma. Yo debería echarle un cable y desviar el tema hacia otro lado, pero cada detalle de su vida me fascina y siento que podría pasarme días descubriendo más cosas de ella.

—Bueno, ¿qué es eso que tenías que contarnos, Moira? —pregunta mi madre cuando comenzamos con el postre.

Siento un escalofrío repentino atravesarme la espalda y miro a Regan, cuya cara de sorpresa es digna de ser immortalizada. Estoy nerviosa y jamás pensé que haría esto hasta tener una pareja formal, sin embargo, esta es la prueba definitiva de que estoy lista y voy a por todas, y quiero que Regan lo presencie.

—Estoy enamorada de Regan —digo solemne.

No sabría decir quién se ha sorprendido más, si mi madre y mi hermana, o Regan. Si tuviera que apostar, diría que esta última.

—¿Enamorada? —repite mi madre, atónita.

—Sí, enamorada. Y no es de ahora, lo he estado siempre y no tengo intención de seguir engañándome a mí misma ni a los demás.

Mi hermana esboza una sonrisa y da un mordisco a una rosquilla.

—Pues muy bien, hija —dice mi madre tras unos segundos para digerir la noticia—. ¿Entonces sois pareja?

Mi madre mira a Regan directamente, y cuando yo lo hago, me doy cuenta de que está roja como un tomate.

—No, mamá —contesto por ella, y le cojo la mano y se la aprieto.

Logro que Regan me mire y le hago un gesto para que se tranquilice.

—Es lo que a mí me gustaría, pero metí la pata con Regan hace mucho tiempo y tengo que demostrarle que he cambiado.

—¿La estás conquistando? —pregunta mi hermana como si estuviese viendo una película romántica de las que le gustan a ella.

—No, ya lo ha hecho —responde Regan, y la miro notando como se me seca la garganta.

—Me estoy perdiendo —dice mi madre—. ¿Estáis juntas o no?

—Sí —responde Regan, y dos lagrimones brotan de mis ojos antes de acercarme para besarla.

Capítulo 26

Regan

No sé cómo me siento ahora mismo, quizá la palabra que mejor lo define es desbordada. Si había algo que no esperaba que hiciese Moira, sin duda era esto. Nunca la creí capaz de admitir lo que siente ante las personas que más le importan.

—¿Estás bien? —pregunta tras despedirnos de su madre y de su hermana.

—Estoy alucinada —admito junto al coche, y ella me acorrala contra la puerta y me besa sin que le importe en absoluto que algunos de sus vecinos estén pasando por la calle.

—Debo confesar que pensaba que iba a morir ahí dentro, estaba muy nerviosa.

—Me lo imagino.

—Sí, pero lo de ahora es mucho mejor, Regan. Me siento libre, es como si mi cuerpo levitase —dice eufórica—. Debí haber hecho esto hace tanto tiempo.

—Olvida todo eso, lo importante es que te has dado cuenta y has decidido dejar de vivir en esa burbuja que habías creado.

—Has dicho que estamos juntas —dice y yo me río porque parece una niña cuando le regalan algo que lleva mucho tiempo deseando.

—Sí, lo he dicho, y espero no estar equivocándome, Moira —digo acompañando mis palabras con un profundo suspiro.

—No lo harás.

Entramos en la furgoneta, Moira pone el motor en marcha para que la calefacción trabaje y coloca las manos frente a las rendijas para que se le calienten.

—¿Quieres que conduzca yo?

—No, tranquila, solo tengo las manos frías.

—¿Vas a darme alguna sorpresa más? —pregunto arqueando una ceja.

—Se han terminado por hoy, pero si quieres puedo pensar algo rápido.

—No, por hoy ya vale —me río y miro el reloj.

Son más de las cinco y ya está oscureciendo. Tomamos el camino de regreso y no dejo de darle vueltas al día de mañana. Que ella no esté presente durante la boda es algo con lo que no contaba y me agobia la idea de pensarlo.

Llegamos a la villa y entramos corriendo en la casa de invitados. Moira se detiene en la puerta y lo mira todo a nuestro alrededor. Desde que estamos aquí es como si la casa solo fuese nuestra y de Kevin, los invitados que se alojan aquí solo vienen para dormir, el resto del día lo pasan en la casa principal.

—Deberías descansar un rato antes de la cena, te espera una noche muy larga —le digo sacándola de sus pensamientos.

—Sí, no es mala idea, aunque no tengo mucho sueño.

Le hago un gesto con la mano para que pase delante de mí y la sigo hasta la habitación. Moira entra la primera y enciende la luz dejando el bolso y el abrigo sobre el sillón. Yo cierro la puerta, me deshago también de mi abrigo y voy directa hacia ella para besarla con tanta necesidad, que arroyo su cuerpo y ella cae de espalda sobre la cama, soltando un suave grito por la impresión antes de comenzar a reírse conmigo encima.

—Estás loca —dice entre risas, y yo meto la mano por debajo de su jersey y la respiración se le corta.

—Por ti, Evans —susurro, y mi mano sube hasta su pecho rodeándolo con suavidad.

Moira me quita la parte de arriba hasta dejarme con la ropa interior, después me besa y rodamos por la cama mientras nos vamos desnudando entre besos y miradas de desesperación.

—He pensado que así dormirías más relajada —le susurro cuando mis dedos se pasean por su abdomen de arriba abajo.

—Sí, yo también lo creo —añade ella con sus ojos clavados en mis labios.

De nuevo se gira y ahora es mi espalda la que está pegada sobre el colchón. Moira está sentada sobre mis piernas y me observa sin pestañear, es entonces cuando me fijo en que todo su cuerpo está temblando como una hoja, su abdomen se sacude entre espasmos y no logra controlar el temblor de su mano derecha mientras traza líneas a la altura de mi pubis.

—¿Estás bien? —pregunto acariciando su pierna con suavidad.

—Mejor que nunca —asegura, y me mira exhalando una sonrisa que me hace temblar a mí también.

Me incorporo y la beso mientras ella rodea mi cuello con los brazos.

—Eso no es cierto, te aseguro que todavía puedes estar mejor que ahora —afirmo, y después de acariciar uno de sus pezones, deslizo los dedos por su vientre y descendiendo hasta que ella ahoga un suspiro contra mi boca.

Los ojos de Moira se abren y sus labios tiemblan cuando comienzo a acariciar su sexo.

—Madre mía —dice turbada, y su lengua entra en mi boca al mismo tiempo que mis dedos lo hacen en ella.

Capítulo 27

Regan

Cuando la alarma de mi teléfono suena soy consciente de que Moira ya no está en la habitación, aun así, estiro el brazo en un movimiento nostálgico y palpo su lado de la cama. Frío. Me resulta curioso que en tan pocos días me haya acostumbrado a tenerla a mi lado y que sienta este desasosiego ante su ausencia. Me doy una ducha rápida recordando el montón de cosas que pasaron en esa cama ayer por la tarde y sonrío como una imbécil.

Tras la ducha y arreglarme, dejo mi maleta preparada junto a la de Moira, que ya la tiene casi lista, y en lugar de bajar a desayunar, salgo del edificio y voy directamente a la cocina del principal.

A estas alturas Moira y Kevin ya deben estar a punto de terminar. El trajín de gente me resulta abrumador, tanto fuera como dentro de la casa. Los invitados no dejan de llegar en coches de alta gama y de repente siento unas ganas tremendas de que el día pase rápido para marcharme de aquí con ella.

Al fin cruzo la puerta de la cocina y la veo ahí, de pie frente a varias cámaras frigoríficas acristaladas y llenas de tartas mientras las observa ceñuda.

—¿Puedo probar una? —le susurro situándome detrás de ella.

—¡Madre mía, Regan! —grita botando del susto, y se gira hacia mí con una mano en el pecho.

—Perdona —me disculpo y le doy un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios—. Hola, Kevin —lo saludo al verlo abrir una nevera.

—Vaya susto me has dado —me regaña Moira susurrando y arrastrando mi cuerpo lejos de las tartas.

—Eres irresistible cuando estás tan concentrada, ¿lo sabías? —pregunto seductora y ella alza una ceja y se muerde el labio.

—¿Eso lo dices para volver a llevarme a la cama?

—¿Necesito hacerlo?

Moira enrojece y mira a un lado y a otro como si temiera que alguien nos escuche.

—No, no lo necesitas —reconoce y me golpea el hombro—. ¿Sabes que siento hormigueo por aquí cada vez que pienso en...?

Se frota el vientre justo por encima de su sexo y contiene la respiración.

—Así que estás pensando guarradas mientras trabajas, qué marrana —me río y ella se sofoca.

—Llevo toda la maldita noche deseando abandonar esto y volver a la cama contigo.

Le pongo una mano en la cintura y le doy un beso suave cerca de la oreja.

—Me gusta que pienses en mí a todas horas —susurro y ella cierra los ojos suspirando.

—Deberías marcharte, me desconcentras.

—Pero si ya está todo listo, ¿no? —pregunto mirando las tartas—. Joder, estoy salivando.

—Anda, ven —dice sonriendo—. He hecho una tarta extra para el personal de cocina, te he guardado un trozo.

Moira me lleva hasta una de las neveras donde quedan dos trozos de tarta.

—¿Ya os la habéis zampado? —pregunto asombrada.

—Llevamos toda la noche trabajando, guapa —protesta Kevin bostezando.

Lo ignoro y cojo el trozo con ambas manos antes de llevármelo a la boca y darle un gran mordisco que me mancha la cara.

—Eres peor que una niña —sonríe Moira y me limpia con el trapo que lleva en el bolsillo del delantal.

—¿Cómo te encuentras? Debes estar muy cansada —me intereso apartándole un mechón que escapa por debajo de su gorro.

—La verdad es que me escuecen los ojos de sueño, suerte que en un par de horas acabo, solo tengo que dar algunas instrucciones para que no saquen las tartas de las neveras antes de hora y limpiar todo el equipo para cargarlo en la furgoneta. Kevin se lo llevará, yo me marcharé contigo como hablamos ayer.

—Puedo ayudaros con el equipo, todavía tengo una hora antes de empezar.

—No, que con lo torpe que eres seguro que te manchas, y estás muy guapa. Nosotros nos apañamos bien. Después comeré algo, me daré una ducha y me iré a descansar.

—Está bien, no olvides rescatarme.

—No, claro que no —dice y me besa—, venga, fuera de aquí, ya te he dicho que me distraes.

Me da una torta en el culo y me marchó después de decirle adiós a Kevin con la mano. De la cocina voy directa a la capilla que han montado en el jardín con un montón de carpas climatizadas, la boda está a punto de comenzar y tengo que poner la canción favorita de Rebeca cuando ella entre, y después correr al salón donde se celebra el banquete para dejar lista la que quiere que suene cuando empiecen a llegar los invitados. Me ha dado una lista bastante larga de situaciones que se producirán a lo largo del día, la última será a las cinco de la tarde, a partir de ahí, simplemente dejaré preparada una lista que se irá reproduciendo sola hasta que la fiesta acabe, yo me marcharé con Moira en cuanto venga a buscarme.

Capítulo 28

Moirá

Cuando me despierto son algo más de las cinco de la tarde. No es que haya dormido mucho, tan solo unas cuatro horas, pero es suficiente para sentirme despejada y afrontar lo que queda de la tarde. Me arreglo, termino de recoger mis cosas y cojo mi maleta, la de Regan y las llaves de su coche para llevarlas directamente. De allí voy hacia el salón donde se celebra el banquete, la música se escucha desde fuera y varias personas permanecen en el jardín, fumando a pesar de que está comenzando a nevar.

Al entrar agradezco el calor y lo primero que hago es localizar a Regan, está junto al equipo musical hablando con una chica que no deja de sonreírle, pero cuando me ve, alza la mano y me saluda con entusiasmo. Comprendo de inmediato las ganas que debe tener de marcharse de aquí, así que no pierdo el tiempo y voy hasta ella, que se despide de la chica antes de que yo llegue.

—¿Has dormido? —pregunta después de que la bese.

—Lo suficiente. ¿Qué tal ha ido todo?

—Muy bien, aunque estoy deseando largarme de una vez.

—Pues va.

La cojo de la mano y vamos hasta la mesa de Tyler y Rebeca. Los felicito por la boda y tras darles las gracias por todo, nos despedimos con la promesa de que algún día vendremos a verlos, y puede que lo hagamos.

—Joder, está nevando —lamenta Regan colocando las palmas hacia arriba cuando salimos al jardín.

—Sí, solo espero que la cosa no se ponga fea y nos quedemos tiradas en la carretera.

—No seas gafe, solo hay media hora desde aquí hasta mi casa.

—¿A tu casa? Pensaba que iríamos a un hotel.

—Sí, pero he decidido que quiero la intimidad de un hogar. ¿Te importa?

Sonríó, no se me ocurre un plan mejor.

—En absoluto, pero vamos a la mía, está un poco más cerca. Además, quiero enseñarte algo.

Regan me mira interrogativa, pero no hago caso y me subo al coche. Durante el camino, ella me va explicando todos los detalles de la boda para distraerme, porque está comenzando a nevar con más fuerza y me estoy poniendo muy nerviosa.

—No te agobies, ya no queda mucho —dice poniendo su mano sobre mi pierna.

—No sueltes el volante —exijo con los ojos muy abiertos.

Regan se ríe y cabecea.

—No estoy corriendo, Moira, relájate. ¿Kevin ya se ha ido? —pregunta cambiando de tema.

—Sí, él se ha marchado en cuanto hemos terminado. ¿Sabes que conoció a un camarero en la villa y que esta noche han quedado para cenar?

—Anda —dice contenta.

No respiro tranquila hasta que Regan detiene el coche frente a mi casa. Bajamos con cuidado de no resbalar y cuando abro el maletero para coger mi maleta, me quedo mirando la de Regan.

—Podrías quedarte unos días, podemos ir a desayunar al Maisy y también...

—Vale —dice, y la coge haciéndome reír—, pero no te emociones, si me estreso puedo salir corriendo en mitad de la noche.

—Por supuesto —sonríó y me encojo de hombros.

Al entrar lo primero que hago es encender la calefacción, la casa lleva muchos días cerrada y está congelada.

—Por eso quieres que me quede, para que te caliente la cama, ¿no? —bromea Regan haciendo castañear sus dientes a propósito.

—Espero que me calientes otras cosas, no solo la cama —suelto dejando las maletas al pie de la escalera.

Regan va directa hacia el mueble del salón y yo la sigo con la mirada cuando extiende el brazo y coge algo. Al principio no sé muy

bien qué es lo que observa con tanta intriga, hasta que recuerdo que cuando llegué de la cena de antiguos alumnos, dejé las fotos de las dos que había comprado apoyadas sobre unos libros.

—¿Era esto lo que querías que viera? —pregunta Regan algo emocionada.

Me acerco a ella y le doy un beso en el hombro mientras observo ambas fotos, en la que sostiene en su mano izquierda sonreímos bajo el ridículo arco de flores, en la que tiene en la derecha nos estamos besando.

—Cuando volví aquella noche pensé en guardarlas en algún cajón, pero no pude, necesitaba verlas, así que las coloqué ahí con la intención de comprar un marco —confieso, y ella las deja sobre el mueble y se gira para besarme.

—Está claro que vas en serio —susurra y hace un mohín que me encanta.

—Ya te lo dije. En cualquier caso, no era eso lo que quería que vieses, Regan, es algo que para mí tiene mucho más valor.

—¿Y qué es? —pregunta cada vez más intrigada.

—Acompáñame.

Llevo a Regan hasta el despacho en el que paso horas escribiendo recetas nuevas. Enciendo la luz y me estremezco de frío, debí dejar la calefacción encendida antes de irme. Con ella pegada a mí, voy hasta una de las estanterías y cojo una caja azul de la parte más alta. La coloco sobre la mesa y la abro, en el interior hay un montón de objetos que guardaba en mi época adolescente.

—Guau, ojalá yo tuviese una caja así —dice cogiendo el diploma de un concurso de pasteles que gané con quince años.

—A veces pienso que es una cursilada tener todas estas cosas, pero cuando tengo un día tonto, me siento ahí y me puedo pasar horas observándola, al fin y al cabo, ahí solo guardo objetos que me recuerdan algo importante, algo que en su día, por un motivo o por otro, me hizo feliz.

—Es bonito —opina Regan devolviéndome el diploma.

—Sí. Lo que quiero que veas es esto —digo entregándole un sobre blanco que siempre guardo en la parte más honda para que no se arrugue.

Regan lo abre con curiosidad y la mandíbula se le descuelga cuando extrae lo que hay en el interior.

—Es un papel con mi nombre —dice perpleja.

—Sí, es el papel que extraje de la bolsa el día que jugamos a la botella, el culpable de aquel beso que me volvió adicta a ti.

—¿Y lo has guardado todo este tiempo? —pregunta sobrecogida.

—Te he dicho que en esta caja solo hay cosas que en algún momento me hicieron feliz, Regan, y tú eras una de ellas.

Epílogo

Regan

Cinco meses después

—Estoy muy nerviosa —dice Moira parapetada detrás de la puerta de cristal.

Me giro en redondo y miro a Kevin, que hace un mohín con los labios y pone los ojos en blanco. Los dos miramos hacia todas partes. Estamos en el nuevo local de Moira, la reforma ya está terminada y en dos minutos comienza la inauguración.

—¿Por qué estás nerviosa? Todo está perfecto.

—¿Y si no les gusta venir aquí? —pregunta preocupada.

—No me ofendas —protesta Kevin—, a todo el mundo le gusta el Maisy, y ya que me has otorgado la confianza de estar al frente de este local, te prometo que estarán tan encantados de sentarse en estas mesas como en las del otro.

—¿Y qué haré yo sin ti?

—Aah, ya veo —sonríe divertida y Moira se contagia—, eso es lo que te pasa, que ya no tendrás a Kevin a tu lado y estás cagada de miedo.

Moira me da un empujón suave y Kevin se acerca a ella y los dos se funden en un abrazo.

—Es la hora, Moira, debes abrir —digo mirando el reloj.

Ella mira con los ojos chispeantes de emoción, yo le guiño un ojo y tras un hondo suspiro, Moira gira el cartel que indica que está cerrado y ahora marca que está abierto, después abre la puerta y se viene junto a mí a la espera de que empiece a venir gente a la inauguración.

Las primeras en cruzar la puerta son la madre y la hermana de Moira. Nos saludan entusiasmadas y después de felicitarla, se acercan a una de las mesas para probar alguno de los trozos de tarta y los pastelitos que Moira ha dispuesto para la inauguración. Poco a poco comienza a entrar la gente y todos sonríen y alaban el delicioso saber de lo que comen cuando vemos entrar a Tyler y Rebeca. Ella viene y nos abraza de manera efusiva. No nos hemos vuelto a ver desde su boda, pero no hemos perdido el contacto con Rebeca y cuando les dijimos que Moira inauguraba un nuevo centro, nos aseguraron que no se lo perderían. Detrás de ellos llega Nicky, Moira se empeñó en conocerla para darle las gracias por animarme a ir a aquella cena y para mi sorpresa, se han hecho amigas y de vez en cuando hacemos barbacoas a las que suele venir ella siempre con alguna amiga distinta y también Kevin con Josh, el camarero que conoció en la villa y que será su ayudante en este centro.

—¿Ves cómo les gusta?

Abrazo a Moira por la espalda y apoyo la cabeza en su hombro. Estamos detrás del mostrador después de haber sacado las últimas bandejas. El Maisy 2 está lleno de gente que entra y sale y estoy segura de que tendrá el mismo éxito que el primero. Como toda respuesta, Moira se aferra a mis manos y después se gira sobre su propio eje para buscar mis labios y besarme después de sonreírme. Ella dice que ha cambiado, que ya no es aquella Moira de la que me enamoré en el instituto. Yo insisto en que eso no es cierto, sigue siendo la misma chica de entonces, incluyendo sus inseguridades, con la simple diferencia de que ahora tiene claro lo que necesita para ser feliz y no está dispuesta a renunciar a ello.